

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XI

1º DE JUNIO DE 1902

Nº 251

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LOS DOS HERMANOS. — Cuadro de P. Jazet

LA ÚNA

Brilla en el cielo la luna,
Se extingue el rodar de un coche,
Y en la silenciosa noche,
Suena, pausada, la úna.

La nota en el viento corre,
Y cuando todo enmudece,
La campanada parece,
La lágrima de la torre.

A. FERNANDEZ GARCIA.

Una de la noche — 1902.

TELA LIRICA

(ÁLBUM)

Mira, pobre muchacho, quiero que dulcemente
enhebres una rima de una sutil cadencia,
tal como yo en la rueca con mi santa paciencia
hilo el lino inviolado y el raso transparente.

Como hilos de seda teje muy levemente
los versos, uno á uno. La sutil transparencia
de las telas sagradas mezcla con la inocencia
del encaje flamenco y el jazmín decadente.

Así dijo la anciana; y en mis versos sutiles
imité las tersuras y los tenues perfiles
de las blancas pluviales y los lirios livianos.

Y resultó mi rima tan frágil y tan pura
que (mirando la rueca de la anciana, insegura),
casi inconscientemente la comparé á tus manos.

ALEJANDRO CARIAS.

LA TRISTEZA DEL AGUA

Una estrella muy bella de rubios rizos finos
turba el sueño del agua de la fuente sombría,
en donde el limo, amado de las dárseñas, cría
Sus frágiles tapices de tonos verdeceños.

Y el agua está muy triste.... muy triste, se diría
que tiene alma de monja.

Mis ojos mortecinos
indagan el secreto de su melancolía
por los bordes que tienen reflejos opalinos.

Y al buscar el secreto del pesar de la fuente
pensé y me dije; mi alma es como ella doliente
y será eternamente dolorosa como ella.

Triste agua de la fuente que nunca sonreiste,
mi alma de monje, enferma, como tú, será triste
por más que la enamoren los rizos de una estrella.

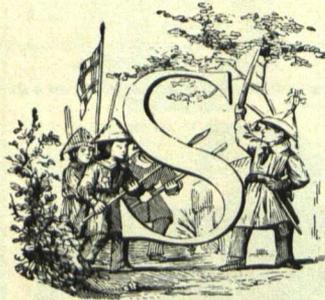
ALEJANDRO CARIAS.

Maracaibo

ENDECHAS

—
PARA EL COJO ILUSTRADO.
—

I



oy cantor discreto de mis propias desventuras, peregrino doliente que da á los aires la voz de sus canciones, al mudo silencio la causa de sus quejas. Llevo de este largo viaje, breve en dicha, destrozados los pies, desalentado el pecho, marchita en mi cabeza la flor de la razón. Exhausto el tesoro de mi juventud, mezcladas con las muertas hojas que arrastra el viento animador, con esta arena que piso, ardiente y dura, aquellas esperanzas é ilusiones, que al partir traía conmigo y que heridas del sol de mi fantasía brillaban en mi seno como claros y perpetuos diamantes; petrificado mi destino, como esos árboles de ramas solitarios y de verdura desnudos, á quien el fuego del cielo apagara en la cima el impetu de su savia, yo miro á lo lejos cómo flotan gallardas y surcan raudas la corriente de la vida las gruesas y pintadas barcas de las ajenas alegrías; cómo besa con su luz la estrella de la ventura la frente de otras tierras, mientras son mis pasos presa mansa de la honda obscuridad.

Roto el escudo de la esperanza, blancas las armas de mis bríos, desmayada la fé en Dios y mi dama, mi corazón es un caballero vencido. Caballero de los nobles ideales, de la blanca divisa de la honra y de la divisa roja del amor, cuya pluma, señera y ondeante, daba sus rizos al viento porque al cielo los enviase ¿por qué acometiste empresas grandes, anheliste triunfos increíbles, ambicionaste glorias ciertas, pobre soñador? Ay!, era fuerza y aun era justicia á tu soberbia y á tu locura remedio, que cayeses, fracasadas las fuerzas de tu cuerpo y de tu espíritu. Si hubiere menester consuelo quien sólo á sus propias culpas debe remitir la causa de sus males, sabe, ¡ó cordial caballero!, que fue tu adversario invencible la fortuna, hada indiferente y ciega, de cuyo filtro amargo Marte se retrae, Hércules se resguarda, la flaqueza se sirve, la maldad se alegra.

Escrita está en lo azul del cielo su victoria, en las estrellas de la noche, en la espuma blanca de la mar; escrita está en las hojas de las rosas, en el abanico de las nómades palomas, en las menudas conchas que cria el beso de las olas; escrita está en la cima de las montañas, en la ardiente lava del volcán, en las arenas infinitas del desierto; escrita está en las notas tristes de la tórtola, en la luz moribunda del crepúsculo, en la nube lejana; escrita está en el duro mármol de su pecho, en el pesado bronce de su indiferencia, en la fría piedra de su olvido; escrita está en la hermosa luz de sus ojos, en la rosa de sus mejillas,

en su sonrisa perfumada; escrita está en su desvío, en su ingratitud, en su crueldad; escrita está en el dulce acento de su voz, en su alba frente, en la huella leve de su paso.

II

Soy proscrito infortunado de un país sobre el sol hermoso, más que la luna melancólico, cuyo suelo feliz bañan y doran los ríos de la ilusión, vistiéndole de perpetuo manto de esperanza y cuyas márgenes se pierden en los espacios del cielo sin haber traspuesto términos ni límites de la tierra. Regocijada música el aire puebla, luminoso y perfumado; manzanas de oro, fruto encantador que allí se cria, cuelgan de las ramas dóciles al viento: perlas son tus arenas, tus moradores felices, el gnomo, la ninfa, el sueño, la quimera. . . . El paraíso perdido es región del pasado obscura é infeliz, el ansiado paraíso es región del porvenir triste y miserable, comparados contigo, oh país sobre el sol hermoso, más que la luna melancólico.

Roto el laúd en mil pedazos, muda la voz en mi garganta, derribado al pie del Olimpo inaccesible, mi corazón es un poeta moribundo. Poeta de los cantos ideales, de las tristes elegías delirantes, de los tiernos madrigales delicados, cuyos versos eran en la voz del viento férvida plegaria, y amoroso concento en los labios de las damas, ¿por qué, ay!, por qué segaste las flores de tu pecho, desviaste hacia el mar de la amargura la dulce corriente de tus ideas y atravesaste con la pluma tu propio corazón para escribir el poema doloroso de un amor sin esperanza, sin correspondencia, sin olvido?

Escrita está en las nubes del cielo mi tristeza, en la negrura de la noche, en la comba plumiza de las olas; escrita está en las rosas deshojadas, en el nido vacío, en la playa que el mar besa y abandona. . . . y aquí en mi corazón!

AMÉRICO LUGO.

Santo Domingo.

NEGATIVO DE AMOR

Dama gentil:

A manera de carta os hago este Negativo de Amor.

Sé que me odiáis y por ello os debo gratitud. De una mujer como vos es siempre más sincero el odio que el amor. Vuestra ilusión fue una antorcha que se extinguió á fuerza de esparcir claridades y ¿vuestro amor? lo sabéis: ha tiempo que á sus reclamos sordo permanece vuestro pecho, con ser el amor linfa prodigiosa en cuyas aguas lustrales las almas torturadas calman la insaciable sed del Ideal!

Una ánfora fue vuestro corazón: ánfora sobre la cual se abrieron muchas flores; por el jardín de vuestros ensueños vagaron muchos aromas: mustias hoy esas flores, extintos esos aromas, de los pétalos marchitos y de los cálices sin vida habéis formado un tósigo, y sonriente, cual si recordárais á la gentil Blanca Capello, la copa trágica habéis tenido la galantería de brindarme. ¡Sea! Con el mismo filtro nos envenenaremos los dos. Pienso que «al corazón de la

mujer debe entrarse por la puerta del amor ó la del odio». En el fondo de las corolas marchitas como en el fondo de los corazones desengañados hay siempre algo muy grave, muy misterioso y muy profundo. Germen de fecundidad ó polvo estéril, es casi siempre el fondo trágico de algo que fue muy romántico.

El odio de una mujer es una consagración cuando no es el tormento. Me creéis el monstruo, es verdad; pero ¿qué importa, si no deseo ser el ángel? Satán habitador de las tinieblas me parece más grande que todos esos arcángeles que se están en la gloria, ofuscados por la luz, rendidos siempre y de rodillas.

Satán, rey de los abismos, es grande. Porque en el fondo de todo orgullo hay una auto-adoración salvadora!

En tanto, sufris porque no podéis echarme de vuestra memoria: es una nueva forma de la preocupación; una nueva faz del insomnio. Si amásteis mucho sabréis cuán larga es una noche sin sueño. Empero, el insomnio, por el amor deleita; este otro insomnio mata.

Ser estrella para quien aborrece la luz, ó abismo para quien ama las estrellas: todo es lo mismo. La estrella deslumbra, el abismo desvanece.

No fui el astro que encegueció vuestra pupila, pero soy la tiniebla flotando ante vuestros ojos. El odio es el revés del amor como el abismo es el revés del Cielo.

De esta manera soy todo, cuando deseariais fuera nada. Alegre y triunfadora va la multitud: vos la contempláis: son rostros famélicos que inspiran compasión si no desprecio; almas mortificadas que blasfeman, miran al Cielo, ó á la tierra dan sus lágrimas; son rostros histriónicos que ríen con estridente carcajada: inicuos os parecen los unos, cobardes los otros, soberanamente ridículos los más: sólo para mí reserváis lo que aún es fuego en vuestra alma; sólo á mí rendis obediencia, y el mohín clásico de vuestro rostro me hace ver que os conturbo, cuando todos os son indiferentes.

Conociáis mis teorías sobre el amor. Vástago de la ya por el mundo escasa secta estoica no ignorábais que de nosotros había dicho el filósofo: «si los ejes del universo se desquiciaran en un momento dado y el mundo rodara hecho pedazos, el estoico asistiría impávido á la destrucción del Universo». Tampoco desconociáis que uno de nuestros antepasados, por probar valor, tendió la mano á un brasero cual si fuera á una gentil dama. Comprendisteis que por el amor jamás podríais vencerme, y entonces me odiásteis. Mejor: así os enaltecisteis. El amor enerva; como el hachich oriental, deleita, envenenando; no hay en el amor sino espejismos vanos, vagas somnolencias, la vida cruzando ante el alma en una delectación cosmorámica. El espectáculo del odio es siempre soberbio: esas tempestades que rugen bajo el sol no son tan conmovedoras como estas otras tempestades que se resuelven dentro el alma!

El odio trae la lucha y la lucha es la Gloria, cuando no es la Fortuna. El amor produce la felicidad y la felicidad es la muerte. Ningún estado más negativo del ser. Un hombre feliz es uno que ha dejado de ser hombre para constituirse en un niño. Semejante estado no puede perdurar. El mundo se convertiría



"COTIN MITAD"

en una mansión de alelados...! sombrío paréntesis de la vida, adormecimiento engañador!

¿Vuestro amor? ya lo véis: se hubiera disuelto como un florón de nieve, como un copo de espuma; después, tras el amor extinto habría venido la triste recordación de los días que adorásteis por felices: toda una cromática escala de tristeza. El odio no da lugar ni al desengaño ni al llanto. Es un fortificante para las magnas almas, porque en el odio cabe todo, desde lo más menguado hasta lo más olímpico. Esos dioses paganos que, desde las cumbres del Olimpo dictaban las leyes de lo bello, é injurias de

amor vengaban cual injurias de honor, eran unos magnos dioses. El odio—si del hombre algunas veces despreciable, porque significa envidia—cuando viene de una mujer hay que venerarlo como un culto: ese odio es sagrado.

*
*

Después de todo, permitidme que os manifieste algo que en mi cerebro pugna por surgir: es una confesión y es una creencia. Óidla: la intensa luz que de vuestras pupilas irradia—luz extraña, luz magnética, luz negra—me acusa que algo muy ponderoso y terrible se oculta en vuestra alma: una misteriosa sensua-

lidad recorre todo vuestro cuerpo, y el círculo violáceo que circunda vuestros ojos me hace ver que sois viajera por el grande y largo país de la Neurosis. Estáis atacada de una enfermedad incurable, padecéis de raros caprichos, y soñáis con hacer tangible lo irreal. ¿Quién me dice que vuestro desdén no sea artificio, y que en el fondo de vuestro odio haya mucho de amor?... Sería algo muy sublime de vuestra alma si odiárdome probáseis amarme.

¿El amor? También lo sabéis: eso que un tiempo fuera regocijo de espíritus superiores es hoy cosa que se apunta, como un lujo ordinario, en el *carnet*

de viaje. Todos sienten amor, dicen amor, fingen amor. Del amor de las mujeres ya todo se sabe, y á veces queremos una mujer que brinde sensaciones nuevas; una mujer que odie.

Podéis hacer todo eso, porque sois bonita, y las bonitas tienen derecho á todo. La belleza en la mujer es una inmunidad. Las feas no tienen sexo: son una equivocación de la naturaleza: empiezan por no ser hombres y terminan por no comprender ellas mismas si es verdad que son mujeres. Flores tísicas en el inmenso jardín de la vida; cuerda sin sonido en la inmensa vibración del universo. ¿Cuál su sino? Pobres almas de sacrificio, condenadas á vivir constantemente en la contemplación de un ideal, en amores con Dios, con la luna, ó las estrellas: perpetua es su orfandad!

Sois admirable; el idilio eterno os pareció desabrido: ¡jilgueros que cantan junto á un nido, mariposas que mueren embriagadas de amor sobre el entreabierto cáliz de las rosas, suaves perfumes, músicas bellas, todo eso os parecióroso y muy viejo. Y preferisteis ser águila, porque en el águila hay epopeya de alas y de garras!

Y puesto que habéis querido desplegar sobre mí todas las magnificencias de ese pajarraco montaráz é indomable:

¡Sea!

JUAN LISCANO.

Caracas.

LA HERENCIA DE SANCHO PANZA



SANCHO Panza se sentía morir. Grises, languidos, monótonos, sin la perla de una lágrima, sin la flor de una sonrisa, pasaban los días, unos tras otros, empujándolo á la tumba.

Libre de faenas y aventuras, lo mataba la vida perezosa. La melancolía, como la carcoma, le roía el alma en silencio. Sólo durante el sueño era completamente dichoso; porque su sueño estaba poblado de ensueños. Dormido, miraba á Don Quijote, pero no ya en la tierra, oscura y miserable, sino en los florecidos y milagrosos campos del cielo. Deslumbrante sobre su enjaezado palafren, Don Quijote cabalgaba á todo correr por la vía-láctea. Su lanza resplandecía como hecha de un solo imponderable, inaudito diamante; en las manos, las riendas le brillaban cual si fuesen tejidas de finos y rubios cabellos. El mismo Rocinante estaba desconocido. Era todo un blanco jazmín. Sus crines eran largas, sedeñas y luminosas, sus ojos cual dos azules zafiros, sus cascos de oro; y á cada golpe de sus cascos de oro, contra las piedras de la ruta celeste, brotaba una chispa radiante, que caía en el espacio como una estrella, igual á esas que, incendiando por un minuto el cielo, van á ahogarse en el fondo del mar, como lirios de fuego fulgurantes y efímeros...

Pero de estos sueños y de estas quimeras, volvía Sancho á la realidad, más triste y más apesarado que nunca! Un día, sintiendo más próxima la hora de su muerte, reunió al rededor de su lecho, sus cuatro hijos varones, para hacerles el legado de su escasa fortuna. Sus bienes eran flacos y escueros, y no tardó, entre consejo y consejo, en repartirlos justamente. Sin embargo, algo faltaba á Sancho Panza que legar.

Allá en el fondo del granero, dentro de un arcón vetusto, dormían siglos há, en el abandono y en la inercia, cuatro chismes hasta entonces inútiles, cuatro joyas milagrosas de un poder sobrehumano é inmortal. Con ellas era fácil encantar, dominar, esclavizar el mundo. A su influjo poderoso se destumbrarían los mortales. Y dominarían la tierra encantándola. Las almas se sentirían atadas á su dominio con cadenas formidables, y las cadenas serían cadenas de flores. Sólo faltaba la mano generosa de cuatro paladines que las llevaran al combate y á la gloria.

Y Sancho Panza, seguido de sus hijos, subió al destartado granero en donde yacían, sepultadas bajo el polvo, las cuatro joyas prodigiosas y sublimes. No es posible adivinar por qué manera habían caído en manos tan palurdas aquellas líricas joyas. Y las cuatro joyas eran un laúd, una paleta, un cincel y una pluma.

El laúd, era un viejo laúd de ébano incrustado de nácares. Debía haber pertenecido á manos muy ilustres, porque era de una fabulosa riqueza. De alguna reina romántica ó de algún príncipe trovador. Viéndolo se creería que por sobre sus cuerdas sonoras, erraba todavía la mano cándida, ligera y fina como un jazmín, que sabía arrancar de su vientre sonoro la sollozante, dolorosa, cristalina perla de la música. Y en el fondo del viejo laúd debían vivir todavía muchas infinitas perlas. Y el laúd esperaba la mano reveladora y sabia para desatarse en trinos y en perlas y en flores...

Y la paleta, era una vieja paleta de marfil. En ella reían á la luz todos los colores del iris. El rojo, el verde, el blanco, el negro, el amarillo, el azul, mezclados, confundidos, aprisionaban los futuros lienzos milagrosos. Allí dormían los dulces retratos de las mujeres, el violeta de las tristes miradas, el rosado de las mejillas, el negro de las pestañas, el oro de los cabellos, y los paisajes todos del cielo y del agua, los crepúsculos sangrientos, y los lívidos claros de luna; los árboles y las praderas; las rocas y las selvas; los ríos y las mariposas; y las flores y el claro espejo de los lagos.

Mirando la paleta se adivinaba la mano febril del pintor que fue su dueño, cuando en horas de inspiración trasladaba al lienzo el encanto de sus creaciones; y el rayo de sus miradas llameantes á cada golpe feliz, á cada toque maestro, mientras sus profundas ojeras se iban haciendo cada vez más tristes y negras, y en sus pulmones heridos de muerte hundía sus uñas heladas y filosas el monstruo de la tisis.

Y el cincel era un cincel de oro. A su golpe fecundo habían surgido del bloque de mármol informe los contornos de cien cuerpos desnudos. El mila-

gro de los senos, finos como flores, las amplias curvas radiosas y jocundas, las piernas gráciles de las ninfas y el pecho lacertoso de los faunos.

Todas las posturas, todos los esguinces de los bellos cuerpos desnudos, habían despertado á la vida en la tosca y dura piedra brutal; todas las actitudes habían brotado al golpe luminoso del cincel. Bajo su caricia el mármol había templado de amor. A su beso había nacido Venus, y á uno de sus golpes, un día de primavera, Eros, su flor, su joya, su baratija diminuta y alada.

Y la pluma era una pluma de cisne.

Era sedosa y alba. Con ella se había escrito porque estaba manchada de tinta. Y no era difícil de imaginar lo que con ella se había escrito. Con ella se había debido escribir algo muy frágil y muy radiante, muy efímero y muy doliente. La canción de la estrella y el elogio del ruseñor. Una oda á las rosas y otra á las perlas.

Los madrigales de seda, los rondeles de oro, las rimas azules, se deslizaron un día de aquella blanca pluma afortunada. Todo un torrente de poesía surgió de ella, y cantó á los labios de coral y á los ojos de carbón. Alabó la belleza de la lágrima y de la sonrisa, ambas hermanas; y encarceló en un verso un rayo de luna, y en otro verso un rayo de sol, uniendo así, en una misma estrofa, la plata con el oro. Con dos pétalos de rosa y una gota de miel, hizo una estrofa como una abeja de oro y la echó á volar por el jardín del mundo, tal como lo hubiera hecho Anacreonte. Y el cuello de un cisne le inspiró un verso, y otro verso le inspiró la cancerosa lepra de un mendigo.

Y Sancho Panza, luego de haber sacado las joyas del arcón, llamó á sus cuatro hijos y dio al primero el laúd, y le dijo:

—Toma tú el laúd. En su fondo hay muchos ruseñores dormidos. Despiértalos! Regala el oído de los hombres con el mágico sortilegio de la música.

Y dio al segundo la paleta de marfil y le dijo:

—Aquí sobre esta paleta se encuentran aprisionados los más gallardos y deslumbradores lienzos. Evócalos!

Y al tercero regaló el cincel de oro.

—En este cincel—exclamó—palpita la maravilla de los radiosos cuerpos desnudos. Haz que en el mármol viva una belleza inmortal.

Y dio al último la pluma del cisne, diciéndole:

—A ti te doy la menos rica de las joyas, pero en cambio con ella puedes imitar la música del laúd, el colorido de la paleta y las líneas del cincel. Con ella puedes hacer melodías, lienzos y estatuas, superando los más sonoros laudes, las más divinas paletas, y los cincelos más prestigiosos.

Y á los pocos días, después de estas razones, Sancho Panza dejó de existir, y sus cuatro hijos, siguiendo sus consejos, partieron á recorrer la tierra, tomando cada uno su camino, armados de los cuatro instrumentos.

Pero el que portaba el laúd no hallaba la forma ni la manera de despertar los ruseñores que dormían en el vientre armonioso del instrumento. En vez de dulces y perladas canciones, en lugar de



EL HOGAR

trinos y gorgoros, surgían del laúd, al ser pulsado por sus manos vulgares, gritos, carcajadas y ladridos. Por lo cual resolvió vender el instrumento inútil en la primera ciudad á que llegase.

Y el que portaba la paleta en vano quiso sorprender el secreto escondido en los colores. Y los lienzos milagrosos y los dulces perfiles de las mujeres no surgieron á su evocación. Viendo perdido su esfuerzo, resolvió vender aquella joya inútil en sus manos, á un traficante judío que hacía su mismo camino.

El más feliz y afortunado de todos fue el portador del áureo cincel. No se molestó en ensayar sus cualidades de artista. El cincel era de oro. Bien pronto lo convirtió en monedas que resonaron en sus bolsillos con alegres y argentinas carcajadas. Todos por fortuna se despojaron de las líricas joyas, las cuales infamaban con el torpe contacto de sus dedos impuros.

Pero ¡ay! el que se había hecho poseedor de la pluma de cisne fue el único que no pudo desprenderse de su legado. ¿Quién le daría la más miserable moneda por aquella vieja pluma de cisne manchada de tinta? Sus hermanos habían sido más afortunados. El laúd era de ébano, la paleta era de

marfil, el cincel de oro. Todo se podía llevar al mercado y traficar con ello. Pero su vieja y amarilla pluma de cisne, ¿para qué servía? ¡Oh, qué desgraciado se sentía! En vano había ensayado escribir con ella. El miserable no sabía.

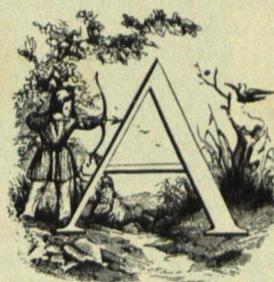
En un recodo del camino se detuvo. Junto á él había un barranco profundo en cuyo fondo bramaba un torrente. Y con la pluma en la mano y el odio y la rabia en el corazón, bajo el cielo irónico, se sintió en el más espantoso ridículo. ¿Qué hacer con aquella vieja pluma de cisne con la cual ni siquiera sabía trazar la más insignificante letra? Por un momento quiso arrojarla al abismo. Pero de improviso tuvo un remordimiento. Aquella pluma era regalo de su padre. A sus ojos acudió una lágrima. Y desde el fondo del abismo, por sobre la voz del torrente, creyó escuchar la propia voz de su ilustre padre, la propia voz de Sancho Panza, que profunda, solemne, formidable, desde la eternidad y desde la tumba le gritaba:

—Hijo mío, hazte poeta!
Y se hizo poeta...

A. FERNANDEZ GARCIA.

1902.

PIEDRAS PRECIOSAS



ni estaba en la tiendecita de Bassot, rue de la Paix, deleitando los ojos con el brillo de las piedras aglomeradas sobre el vidrio del mostrador por las manos

del aristocrático joyero.

Del gran Balzac cuentan que enamorado de los visos rosados de dos perlas gemelas, trabajó un año para adquirirlas; de Richelieu moribundo que hundía las flacas manos en el cofre rebosante de pedrerías y que al hacerlas brillar se le iluminaban los apagados ojos. Sirvanme conmigo mismo de excusa tan ilustres ejemplos para disculpar mi pasión, superior á la de ellos por vosotros, misteriosos minerales más sólidos que el mármol, más duros que el metal, más durables que las humanas construcciones, más radiosas que la luz que reflejáis centuplicándola y colorándola con los matices de vuestra esencia, oh! piedras

rutilantes, espléndidas é invulnerables, vívidas gemas que dormisteis por siglos enteros en las entrañas del planeta, delicia del ojo, símbolo y resumen de la riqueza humana!

Los diamantes se irisan y brillan como gotas de luz; semejan pedazos del cielo del trópico en las noches consteladas los oscuros zafiros; tú, rubí, ardes como una cristalización de sangre; la esmeralda ostenta en sus cristales luminosos los verdes diáfanos de los bosques de mi tierra; tenéis vosotros, topacios y amatistas que ornamentáis los gruesos anillos episcopales, coloraciones suaves del cielo en las mañanas de primavera; son azulinas, sonrosadas y verde pálidas las llamas que arden entre su leche luminosa, ópalo cambiante de áureo brillo como los ojos fosforescentes de los gatos; y quién dirá la delicia que procuraréis á quien os mira, oh perlas! más discretas en vuestro brillo que las gemas radiantes, perlas que os formáis en el fondo glauco de los mares, perlas blancas de suavísimo oriente, perlas rosadas de Visapour y de Golconda, fantásticas perlas negras de Veraguas y de Chiriquí, perlas que adornáis las coronas de los reyes, que tembláis en los lóbulos de las orejas sonrosadas y pequenuelas y os posáis como un beso sobre la frescura palpitante de los senos desnudos.

La humanidad de otros tiempos, más artista y más crédula, os revisió con el sagrado carácter de amuletos y mezcló á la sensual delicia que esparcen vuestras luces la veneración por vuestros mágicos poderes, diamante conjurador de las maldiciones y de los venenos, zafiro que preservas de los naufragios, esmeralda que suavizas las concepciones dolorosas, rubí que das la castidad, amatista que cortas la embriaguez, ópalo que te empalideces si la Idolatrada nos olvida! Oh piedras rutilantes, espléndidas é invulnerables, vívidas gemas que dormisteis por varios siglos en las entrañas del planeta, delicia del ojo, símbolo y resumen de las riquezas humanas!

JOSÉ A. SILVA.

CIGARRONES DEL ÁVILA

De la novela inédita *En este país*.



RASE una cocina de las de campana y horno, en donde cinco hornillas y cuatro anafes apenas daban abasto en aquel día de trajín. Humeara el horno atestado de

leña, chisporroteaban las hornillas al sopla que sopla de la fregona, retaca, melindrosa y suelta de lengua. La cual, traía el desjaretado túnico rodado sobre los hombros, luciendo las redondas espaldas carnosas, morenas, como el barro de los budares. El fusán, pringoso como el de todas las del oficio, llevábalo arremangado á la cintura, á manera de rollo, merced á lo cual podían apreciarse las graciosas curvas de sus pantorrietas. Los pies, tráfalos metidos en chancletas que al caminar denunciábanla con su repiqueteo. Y para adorno y complemento de su traje, traía tanto atado á la cabeza

para evitar la ceniza, como á guisa de buche para resguardo del movable seno, sendos pañuelos de los de Madras de alegres y vistosos matices, como gayo plumón de guaca.

En abrigo, hurtándose á la humareda, entre la mesa de fregar y el coquero, se hallaba cómodamente instalada en un butacón de baqueta, el ama, misia Carmen Perules de Macapo, con las mangas de su atufada bata remangadas más arriba de los codos; con una blanquísima toalla á guisa de delantal sujeta al cuello papujado y corto, desplumando en compañía de doña Epifanía de Pichirre, las gallinas para el sancocho y el pacho para el horno.

—¿Conque mañana estamos de jolgorio todo el bendito día?—manifestó la ciega en medio de un prolongadísimo bostezo sin dar descanso á la mano conque maquinalemente arrancaba las recias plumas de una gallina grifa.

—Si Dios no dispone otra cosa, doña Epifanía.

—¿Muchos serán los convidados, pues con esta bruja pasan de seis las gallinas desplumadas?

—Esperamos algunas personas. Entre ellas á las Rochela, de la ciudad de Petare; á Chavaló Monifato, de los Monifatos de Caracas; á los padres que vienen á celebrar la fiesta, si á bien lo tuviesen; y á tantas otras personas, que, como usted sabe, se van presentando en estos casos.

—¡Válgame Dios! la casa se les va á llenar de gente.

—¡Y qué se va hacer! Uno no puede prescindir de la sociedad en que se ha criado y mucho menos cuando se tienen hijas casaderas y se llama usted Macapo.

—Eso mismito me rezaba mi madre: cuando se tienen hijas, se hace cualquier sacrificio, aunque cueste un ojo!

¡Por ahí me ahorquen! mis hijas primero que todo. Yo puedo vivir entre cuatro paredes, pero mis hijas codeándose con lo mejor, con lo que se merecen.

Charlandito las señoras ya llevaban desplumado medio corral, cuando la muy atareada de la fregona, con un brazo en jarra, sin dejar de soplar las hornillas, interrumpiendo la canturria conque dulcificaba su tarea, gritó:

—Misia Carmen, ya está el agua hirviendo para el cochino!

Y como si aquel grito avivara su amor al canto, prosiguió su interrumpida canción con más brío, acompañando con el soplador su letrilla.

—Aviselo á Magalo y no cante más, que entre la humareda y su canción vamos á perder el juicio—contestóle misia Carmen á la fregona, agregando por lo bajo: ¡Esto es inaguantable! Ah! Monagas! Dios te tenga en la última paila, malvado!

Magalo, prevenido para el caso, en su eterna escasez de tela los calzones y sobra de faldas la camisola, se presentó trayendo á rastra un encharcado marrano, que rosaba como un bendito. Sujetándole con recias ligaduras á un pilar de la cocina, tomó una mano de pilón y dándole volteretas en los aires la dejó caer de lleno sobre la estrecha frente del pobrecito animal, que tras violentas convulsiones y desaforados chillidos se estiró. Pero Magalo, diligente, con mano briosa, ajeno á los agudísimos quejidos de la víctima, sin remordimientos ante el asombro de aquellos ojos pequenuelos que el dolor humanizaba, le sepultó en el fofu cuello, íntegra, la hoja de su cachá—blanca, buscándole como á tientas el corazón. Desangrándose que se hubo el marrano, Magalo lo echó sobre una mesa, que de ante mano había sacado fuera, al centro del patio; y con todo el arte del caso, comenzó rabón en mano, no antes de humedecerlo con agua hirviendo, por raparle

la cabeza, por donde diz se conocen los diestros en el oficio, quedando en breve tiempo limpio de cerdas, más blanco y regordete que un niño de ocho meses criado á pura leche.

En tal día, la casa era una baraunda de la cocina á la sala. Por doquiera se veían las señales de unas manos primorosas, que armadas de plumeros y trapajos, habían pasado sacudiendo por aquí y defendidos restregando más allá; manos, que bien conocidas debían de tener los pulidos muebles, los jarros, floreros, y cuanto de ligero, delicado, frágil, sostuviesen los aparadores y rinconeras; manos hechas á enhebrar la delgada aguja, á manejar el labrado dedal, el canastillo de los estambres, los varios reparatimientos del viejo cofre, donde á la par de los enseres de costura, yacían los secretillos de su alma, albos, porque una niña de quince años es un lirio en la pureza de sus ensueños. Manecitas adorables, conocidas de todas las flores del jardín, de todas las frutas del cercado, y, más que de todas esas cosas juntas, de Paulo, quien con sólo sentir las una mañanita sobre sus hombros, á punto estuvo de enloquecer. Y ahora era de ver con qué destreza, aquellas manos obedecían á su dueño en la confección de la masa del ponqué y de la pasta de arena, en sacar la jalea de los moldes, en tornar el perdido brillo á los trinchetes dorados y plateados que enmoheció el desuso. Con tal gentileza y cuidado ejecutaban aquellas menudas, suaves manos tan prosaicos oficios, que enamoraban. Nada, nada en aquel día dejó de ser acariciado de ellas ni el más mínimo de los enseres precisos á una comilona digna de tan sonadas y rumbosas vísperas.

Si atareadita se veía la prenda de la casa, el espejo de los padres, ¿cómo se las habrían los criados con el rejo de misia Carmen y el ojo avisador de don Modesto en semejante ocasión, con toda una casa vuelta al revés y puesta al sol, donde hasta el mismísimo empingorotado don Modesto, la dio en destaponar los frascos de aceituna y los de frutas en su jugo, en poner vino en las licoreras, sin olvidar el pluscafé, ni los cigarros y cigarrillos?

Así como en este hogar, de los Macapos ilustres, gente de copete y dineros, donde todo holgaba se hallaban entregados á tales afanes, en otros de menos posibles, de rústicos, acaecía lo mismo, recortando cada cual del paño de sus ahorros según sus alcances, para ver de salir del modo más decente y galano de aquella festividad, gloria y orgullo de la humilde aldehueta. Sí, señor, no había vecino por pobretón que fuese que no metiese la mano en aquella fiesta: quien nó contribuía con la música daba para los cohetes y triquitraques; tal cuál se desvivía por regalar á los sobrios sacerdotes con sustancioso y oliente sancocho, mientras que aquel otro sin ostentación de largueza, los pagaba no olvidando los acólitos; si este adornaba la fachada de la Ermita, el de acá presuroso hermozeaba la plazuela, todos de consuno, en familia, locos de contento.

Cuando el sol muriente, majestuoso, como quien sabe embellecerse para morir, se ocultaba tras las lejanas lomas, arrojando sobre los picachos de la sierra rojizos manchones, se presentó Paulo á la estancia, estropeado y sudoroso de retorno de la montaña, á donde había ido por palma real para las arcadas del camino. En su desasociado, en su mirada recelosa, en sus idas y venidas, en su rondar pensativo en torno á Josefina, se traslucía su afán por toparse á solas con la hacendosa niña. Lo que al fin pudo lograr, diciéndola, quedo, amorosamente, como el susurro de la brisa entre las altas cañas:

—Mira! para que se lo pongas á la Virgen á ver si sanas ligerito.

Y cuando así le decía la mostraba un ra-



EN EL JARDIN

millete de cigarrones, bella, perfumada orquídea abierta en los oscuros barrancones del Avila, donde prospera abrazada dulcemente á los esqueletos de los viejos árboles, revestidos de esmeralda por el musgo, bajo la ajena pompa de las volubles trepadoras, que alegres y risueñas como un canto de amor, los circundan y se cuelgan de sus escuetos brazos, en alto, como apuntalando los cielos, en su eterna desolación.

—Se lo llevaré á la Virgen en tu nombre—le contestó la niña, bajito, muy bajo. Y remirando los cigarrones, agregó:

—Qué lindos, Paulo; si parecen que vuelan y que pican!

—Sí, son unos mismos cigarrones, Josefina—le objetó Paulo, y continuó diciendo:

—Míralos bien, mírales los ojastos negros, brotados como dos menudas paraparas.

Y en su lenguaje rudo comenzó el mozo á describir la extraña flor, comparándola con el insecto que le prestaba su nombre, deteniéndose en cada detalle para hacer constar más la semejanza: Ya era el cráneo y las gruesas mandíbulas, rojos como el cobre de las pailas del trapiche; ora el coselete y las grandes alas de un pálido amarillo verdoso como el fruto de los jobos en plena madurez, en tanto que en las pequeñas alas, estriadas, risadas en los contornos como flores de porcelana, aparecía de nuevo el matiz de las pailas, pero más tenue y delicado; y contrastaba con la blancura mate del vientre, como brumas intocadas,

el pálido anaranjado constelado de gotitas de sangre de la interna coloración del coselete y de las grandes alas.

Se extasiaba Josefina, contemplando la flor, haciéndola tomar su posición habitual de racimo, pendiendo de sus luengos tallos frágiles, temblequeando de continuo en el aire; aspiraba su aroma sutil, penetrante, raro, como que sólo lo conocen las ericas de la montaña, hasta que, en un arranque de inocente coquetería, la colocó sobre su pecho, sin dejar la orquídea de temblequear al rítmico vaivén de su respiración, semejando en verdad enjambre de vistosos, lascivos cigarrones adormitados en la flor de sus senos.

Josefina, que hasta entonces no había hecho otra cosa sino acariciar la extraña flor,

detuvo sus ojos en Paulo, envolviéndole en una de esas miradas fugaces, pero escudriñadoras, capaces de deshelar los más duros hielos del alma; y reparando en el desgarrado traje del mozo, en las manos que le sangraban, inquirió, temerosa, la causa, con un hablar trémulo:

—¿Por qué estás así, Paulo?

—Por traértelos, Josefina; los vi tan inquietos, allá arriba en los copitos de un Copey, que moné el palo, pero los ramos secos se astillaron, y me dejé rodar como una pereza yugrumo abajo cuando se le acaba su abasto de hojas.

—¿Por mí no lo vuelvas á hacer!

—Por tí, aunque estuvieran en los mismos cielos, los cojería!

Abajó la niña la cabeza, como se pliega sobre sí la sensitiva, mientras que Paulo, casi al oído, con una voz blanda y quejumbrosa, la continuó diciendo:

—Por verte sanita, tú no sabes lo que yo haría! Ah! tú no lo sabes: de rodillas iría de aquí á la Ermita besando los suelos. Y si no sanaras, por las picas del cerro contigo á cuestras iría á Naiguatá, cuando allá, en el pueblo, se estén celebrando las fiestas de Nuestra Señora de la Comoto, y la ofrecería más milagros á la Virgen que peces tiene la mar, aunque para pagárselos estuviese trabajando día y noche, toda la vida. Y si aún no te dejara el mal, ni te volviera la color, yo, Josefina, te llevaría muy lejos de por estos lugares, á los pozos milagrosos de la quebrada de Purgüey. Hay pozos para todos los males en aquella quebrada, de aguas hirviendo, de aguas heladas, de aguas sulfurosas. Yo con mis propios ojos los he visto, que allí estuve con mi padre, cuando se le tulleron las piernas un año antes de morir, y en aquel entonces á muchos vi sanar de las trañas y de los miembros. Es un sitio montafioso, sin casas y sin gentes; la quebrada viene de la montaña adentro corriendo entre peñascos. Un peñón hay, que recuerdo, tan alto como una torre, donde apuntan sus nombres los que visitan aquellos lugares. A esos pozos te llevaría á ver si se despiden tus males, tomando las aguas del Santo Niño, cuya imagen apareció grabada en la piedra. Allí fabricaría tu rancho de menudos carricillos, cobijadito de prapas, para estarnos tantos días, cuantos fuesen necesarios á tu salud, aunque los días fuesen años. Ah! tú no sabes lo que me duelen tus males, en mis adentros lo siento como una llaga de fuego.

Oía Josefina todas aquellas cosas haciéndose la indiferente, aunque plácidamente le sonaban en los oídos, sin volverse siquiera al mozo, que corrido por su sequedad, se alejaba con cara de pesadumbre, sin atreverse á agregar palabra alguna, temeroso de desagradarla.

Oh! alma de mujer! Oh! alma cruel, que aún muriéndote de amor, eres un tormento para el simplecillo que se va tras tí como nocturno tábano ansioso de la luz que arde en la bujía! Como acontecía á Paulo con Josefina, que mientras más la amaba, la cruel con su fingido desamor obligábalo á ir tras ella torturado y rendido. Mas, cuando el amor se está en el alma como una quemadura, de nada valen, para ocultarle, artificiosas palabras y maneras. Denuncian los ojos, el temblor de los labios, la suavidad de las palabras, el temor y el continuo deseo, la frialdad de los extremos, y á veces ¡ay! la aspereza para aquel, que si os ve os quema, que si os habla os hace enmudecer, que si os acerca os sufoca y abrasa, y si se aleja os deja muriendo con la más dura de las muertes.

Esforzábase Josefina en hacer ver á Paulo que recibía sus cortejos por pura broma; que aquella ardiente y constante declaración de su amor, su querella continuo,

sólo eran majaderías que su mucha bondad le excusaban. Pero ido el mozo, la fingida indiferencia trocábase en angustia; la desventurada gemía y lloraba sin nunca acabar, que era su corazón acerico con mil prendidos alfileres. En vano aquella pobre alma hacía por deshacerse de aquel amor, que los prejuicios sociales la afeaban y que la vanidad de sus padres jamás consentiría.

Lucha sorda, ruda, se libraba en lo íntimo de su sér, entre los prejuicios sociales y sus naturales inclinaciones que le llevaban como el torrente al mar. Porque no era la imaginación, ni los sentidos, sino el corazón lo que la obligaba á amar. Amar como se ama en la tórrida, á los quince años, ardiente, sincera y desesperadamente. Amar con el corazón que tempranico se despierta en medio de nuestra naturaleza salvaje y bravía, como tempranicos son los frutos y tempranica la muerte.

Lucha tanto más dolorosa sostenía aquella acongojada niña, cuanto más honrada era su alma é intenso su amor. Porque no era Josefina estatua de barro mal cocido, sino piedra preciosa, falta de las caricias del cincel, de una sana y robusta educación, que puliendo lo áspero, y fortaleciendo lo frágil, la diera toda la belleza de que es capaz el bloque humano.

Vida de tormento era la suya, con aquel eterno torcedor en su alma, ocultándole á Paulo que lo amaba y sintiéndose morir. Pobre rosál hambriento de rocío, lánguida palma sedienta en la llanura abrasada.

Con frecuencia se veía á Josefina entregada á tristes cavilaciones, pues encontraba placer en dar vueltas á aquel cedal de sus desdichas, pero sin tener en cuenta que manoseando la herida se agravaba su mal. Como todos los seres que padecen, como todas las almas que besa el dolor, buscaba la soledad, los lugares sombríos bajo los altos y copudos árboles, donde forjaba en su imaginación sobreexaltada modos peregrinos para estirpar de una vez y para siempre su honda pena; pero los tales modos se deshacían con la misma facilidad conque habían surgido de su alma enferma como garfús de marzo al dardeo solar.

Tales eran los bellos días de amor de la desventurada niña. Uraña y esquivia, se la veía bajo las tupidas frondas, como ave viuda entre el ramaje, alejándose si alguien venía en su busca, no dejando tras sí sino el crujir de las hojas secas y el aroma suave de los lirios conque rosaban sus faldas en su precipitada fuga.

L. M. URBANEJA ACHELPOHL.

ANTIGUOS SAQUEOS DE CORO

La ciudad de Ampíes, la vieja capital de Venezuela, por su situación á dos leguas apenas de la costa, por lo abierto y llano de sus terrenos circundantes, y su completa carencia de obras de defensa, tenía que ser, durante los primeros siglos de fundada, fácil presa de los filibusteros que en aquellos tormentosos tiempos infestaban el mar antillano.

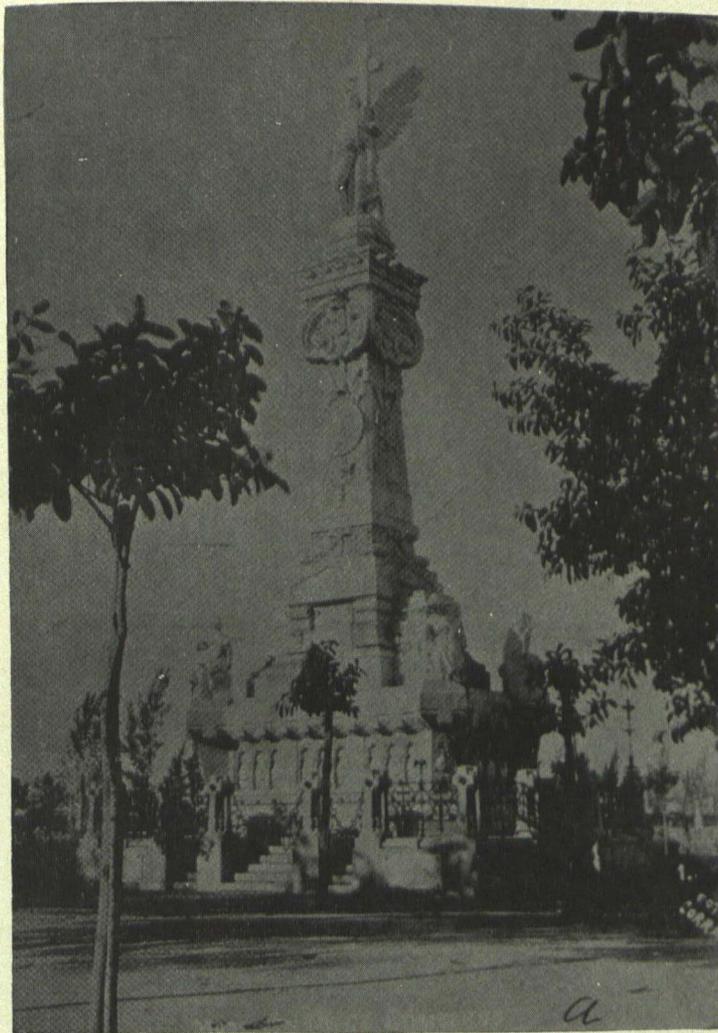
Lo único que contribuía á evitarle en algo la frecuencia de tan desagradables sucesos, era que más que fama de ser población opulenta tenía de ser vecindario pobre y menguado; de allí que mejor que perder el tiempo en estas comarcas, preferían los piratas lanzarse contra otras ciudades en empresas si más arriesgadas también más prometedoras de pingües resultados.

Sin embargo de esta consideración, de varias invasiones filibusteras, fue víctima Coro: unas se mencionan en la historia y el recuerdo de otras solo se guarda en viejos manuscritos.

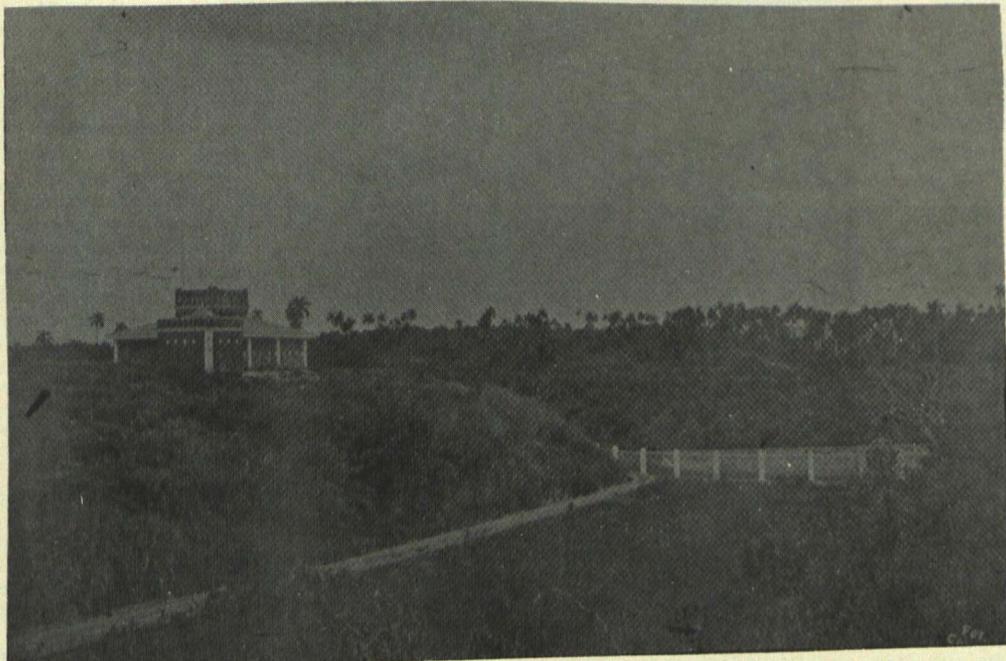
De todos los acontecimientos de esta clase, que hemos podido averiguar en libros y archivos, nos proponemos tratar en este ligero estudio.

El primero ocurrió en 1567. Oigamos al Padre Simón: «No ha venido—dice—á mis manos cosa en que pueda detenerse la historia en el tiempo de este Gobernador, desde lo dicho hasta lo que «sucedió el año de mil quinientos sesenta y siete, día de Nuestra Señora, de setiembre, en la ciudad de Coro, donde «llegaron en este día ciertos navios franceses y escoceses, corsarios de aquella «costa, y habiendo surgido de noche á la «sorda en uno de aquellos puertos, dieron tan de repente sobre la ciudad, que «tasadamente tuvieron lugar algunos para «escaparse, huyendo con sus mujeres é «hijos, que no pudiendo ser todos, hubieron á las manos á otros, y todo lo que «puedieron haber del pueblo, en el cual «estaban también á la sazón el Gobernador don Pedro Ponce de León, y el «Obispo don Fray Pedro de Agreda, que «también tuvieron lugar aunque con harta prisa de subir á caballo y escaparse «de la rabia de estos salteadores, que no «tenían otro hipo mayor que haber á las «manos á los dos, más por vengar su herético coraje en sus personas que en sus riquezas, si bien no lo ejecutaron con poca crueldad en la iglesia Catedral, que «no había otra, donde hicieron tan grandes estragos en las imágenes y cuanto «pertenece al culto divino, como en todas partes que pueden lo hacen los herejes luteranos, como lo eran, á lo menos, los escoceses, si bien los franceses «no me atreveré tampoco á asegurar que «daron limpios en esas maldades, que «pasando con ellas adelante, intentaron «asolar del todo la ciudad, matar los pequeños y llevarse los mayores que habían cautivado, como lo hicieron, si no les dieran por el rescate de todo dos ó tres mil pesos, en que se concertaron, «conque dejando el pueblo hecho un hospital, y con no pocos despojos, por «entonces la tierra bien reparada, se «volvieron á embarcar sin haberles sucedido cosa adversa, por ser la vecindad «poca y menor la defensa, en especial «para tantos enemigos como eran éstos. «Fue tal estrago con que quedó la tierra «en esta ocasión, que hoy no ha podido «calzar cabeza y así los que lo son en lo «espiritual y temporal por esta ocasión, «y asegurarse de las que se le pueden «ofrecer semejantes, no es su habitación «ordinaria en esta ciudad [aunque es la «más antigua y cabeza, como hemos visto de esta Gobernación] sino en la de «Santiago de León....» (Simón—Noticias históricas, parte primera; edición de Bogotá, página 348.)

Después fue incendiada la ciudad en 1595. Sobre esto dice el doctor Aristides Rojas que de las relaciones de Hakluyt (*History of the West Indies 1612*) y de Southey (*Chronological history of the West Indies, 1642*) resulta: que después de robar á Caracas el capitán Amyas Preston, acompañado de George Sommers, Wallace, Jones y Prouse, se dió á la vela el día cinco de junio del año indicado «siguiendo el rumbo de las costas de Coro, en las cuales incendió algunas chozas y «tres buques españoles y el 9 desembarcó «á dos leguas al Este de Coro, donde «murió el capitán Prouse. El 10 entró la «flota en la bahía y desembarcando de «noche los hombres marcharon estos so-



Monumento de Alvear, el célebre Ingeniero que llevó á cabo la obra del Acueducto de la Habana



Acueducto de "Alvear" Habana

«bre la ciudad. El 11 tomaron por asalto «una barricada y al siguiente día entraron «en la ciudad; pero no encontrando qué «saquear, la quemaron y regresaron á sus «bajales. El 16 se dirigieron á la Española. . . .» (Rojas.—Leyendas Históricas. 1ª serie—página 300.)

Luégo, en 1659 sobrevino á la malaventurada Coro otra calamidad semejante á las descritas. Esta última no la refiere, que sepamos, ningún libro de historia, pero su horror fue tal que por luegos años guardaron su triste memoria los atribulados corianos.

Sobre este suceso tenemos los siguientes datos:

Don Juan de Gauna y Salinas, vecino principal de Coro durante el siglo XVII, dice en una de las cláusulas de su testamento, otorgado en 1692, lo que á la letra copiamos: «Item declaro que el día «veinte y uno de abril del año desinquenta y nueve entró el enemigo Inglés en «dicha ciudad de Coro y la quemó, saqueó, y profanó sus templos y en dicha «ocasión me lastimó en más de seis mil «pesos en casas, ó menajes, vestidos, «mercaderías, oro y plata, y así lo declaro para que conste.»

Don Cristóbal Davalos y Chirino pidió en 1719 al Juez Subdelegado para la data y composición de tierras en Coro, Don Juan Damián Pérez de Medina, nuevo título de sus terrenos de Arroyo del Frayle, por haberse perdido el que, de concesión de los mismos, había despachado á sus causantes el Gobernador Don Diego Osorio «cuyo título—dice—se extinguió «en la imbabación que el enemigo Inglés «hizo en esta ciudad el año pasado de «mil seiscientos y sinquenta y nuebe que «la quemó y saqueo como es notorio.»

En sobresalto se vivía en aquella época. Velábase en las costas, para si llegaba el caso, dar la voz de alarma, por la presencia de buques enemigos; por eso el nombre de *La Vela*, de nuestro puerto principal. También, por igual razón, se llamaba al fondeadero de Los Taques, en Paraganá, *La Vela de los Taques*. El servicio de *vela* lo hacían los vecinos de los pueblos costaneros.

Cuando á la capital llegaba la noticia de estar fondeadas ó á la vista, en algún punto del litoral coriano, naves sospechosas, congregábase la ciudadanía para la resolución de las medidas convenientes. Los vecinos de cuenta concurrían con sus armas y caballo, y de su exactitud en llenar el patriótico deber hacían punto de honor.

En efecto, era frecuente arribar á las costas buques piratas; los más se limitaban á hacer agua ó tomar provisiones en los vecindarios de la playa, continuando su viaje con rumbo á otras partes, pero era natural que los habitantes de la ciudad se alarmaran, creyendo que se trataba de invasiones formales contra su misma capital.

SOLILOQUIO

Á J. I. VARGAS VILA.

¿Qué fuerza interior, abrumadora y extraña impulsaba sus sentimientos?

La noche la había pasado en vela; por compañero único aquella sombría y dolorosa novela de Paul Bourget: *El Fantasma*.

En la primera página el autógrafo de su novio con una sentida y fraternal dedicación en que la hablaba tiernamente, apasionadamente, como si el alma del libro hubiese saturado de melancolía su pensamiento!

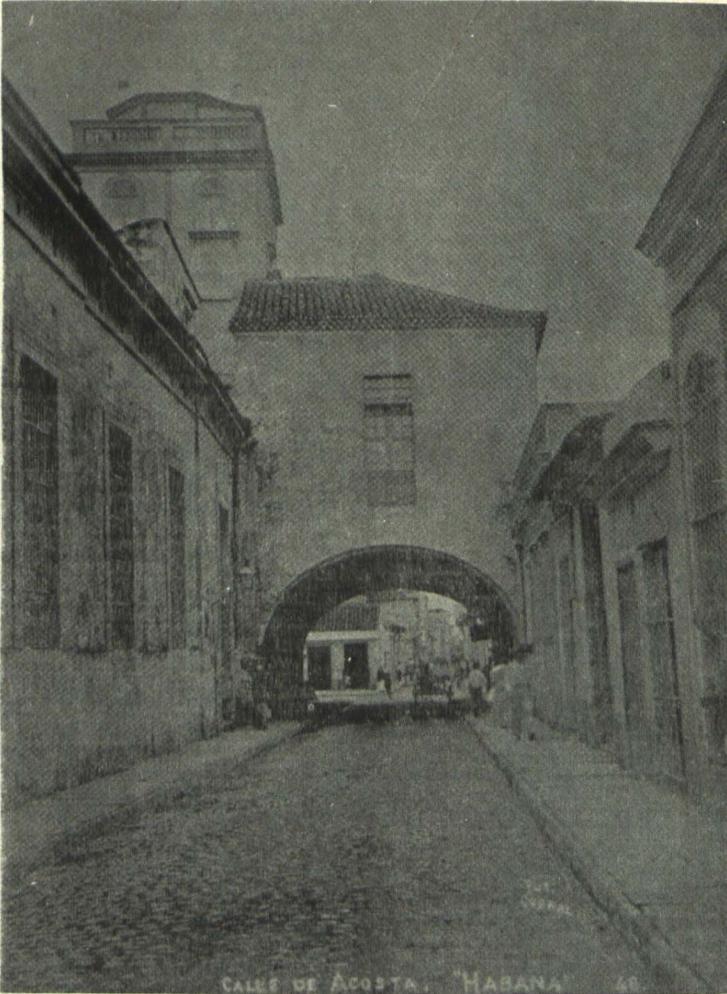
Y en aquella mañana nebulosa y fría de invierno, por la entreabierta ventana de la hermosa penetraba un aliento balsámico, como si mil ondas odorantes y exóticas vagasen en el ambiente, y de los tilos cargados de esencia surgiese el alma de un perfume embriagador.

Amor que fue para otras una memoria dulce, constituía para ella una sombría página negra; tal vez la más negra de su languideciente juventud!

Pintábase en su rostro algo de esa tristeza que sonríe voluptuosamente en las imágenes de los templos. Tristeza hecha de ensueños y de ilusiones y de un amor muerto fatalmente de hastío, después del beso iniciador: amor que en su pecho sembró un raro jardín malévolo donde flores enfermas abrían en lujurante floración.....

El invierno, tanto tiempo esperado, al fin descolgaba su clámide de nieblas sobre los altos techos y las góticas torres.... y en el cristal de su ventana la lluvia inclemente preludiaba la más fúnebre de las sonatas; mientras en el piano un extraño canto dormía, el poema del infortunio empezaba para tí—oh triste y enferma alma que presenciaste la agonía de tu amor; el único idilio sentimental de tu vida! en la misma época en que las rosas agonizaban y por los canales la lluvia entonaba la más fúnebre de las sonatas.....

—Oh! se decía ella, esas novelas modernas enferman de tristeza incurable la hu-



Calle Acosta, y Observatorio del Colegio de Belón — Habana

Otras veces venían los filibusteros á robar sal en nuestras abundantes salinas. Así sucedió, por ejemplo, en marzo de 1652, con un buque que arribó á las costas de Paraganá, á surtirse de sal del Guaranaro. Gobernaba en Coro Don Melchor Sánchez de Agreda; al aviso de lo que ocurría mandó á practicar un reconocimiento al capitán Pedro González de Golpellores, con algunos indios. Fue puesto en fuga por los filibusteros y tuvieron luégo que salir en su auxilio el capitán Esteban Lorenzo de Contreras y el mismo Gobernador Sánchez de Agreda. Todos reunidos y con ayuda de una «nao amiga que iba de la Punta de Caradón, á hacer agua al jagüey de don Diego Perozo,» lograron hacer retirar al buque pirata.

Durante el siglo XVIII, concluidos ya los bucaneros, poco tenían que temer estos lugares, pues si bien en esa centuria sostuvo España varias guerras contra otras naciones europeas, no era presumible que éstas distrajesen sus fuerzas en expediciones hacia acá, cuando entre las colonias españolas había otras bajo muchos respectos mas apetecibles. Y efectivamente, ninguna nueva invasión ocurrió.

PEDRO M. ARCOYA



Puerto Rico: Hacienda Borinquen, propiedad del señor Don Juan Montes



M. Louis Bouwmeester (artista francés) en "Le Marchand de Venise"

manidad. Es la hora del sufrimiento, amarga hora para las almas tocadas del amor. Todo gime á la llegada del invierno.....

De mi alma, como de un filtro, se escapa la última gota de ventura: ese libro la absorbió..... y veía, con aquellos ojos de miradas pensativas, el libro rojo, como un puñal, sobre el cómodo velador.

Su traje de vaporosa muselina, que exhalaba aún una suave corriente perfumada, permanecía sobre el diván: sus flores predilectas dormían sobre el jarrón de porcelana china el sueño de las flores que languidecen. El frágil peinador azul-celeste, como una sombra destacaba su silueta fantástica.....

Sobre la mesa el libro de oraciones, junto con los guantes tibios aún por el tierno contacto de las manos.....

Por la alcoba vibraba la música de sus gemidos y la aljofaina de porcelana, junto al fragante jabón en espera de los lirios de las manos y de la suave esplendidez turbadora de los brazos.

El libro la había herido en el corazón. Cuántas protestas mudas, llenas de íntima indignación, había lanzado. Bourget, con su figura de Cristo, destacábase en la primera página; y ella habría querido herir á aquel hombre con la misma sombría y

punzante herida que abrió en su alma la lectura del libro.

Incorporándose en el lecho, tomó entonces un fragmento de carta, en que un amigo lejano le había puesto lo más doloroso de su espíritu.

Leyó:

«Y el alma de aquella NORA sugestiva de Ibsen, absorbió en esta vez mi pensamiento: he apreciado en el desarrollo de aquel libro un consumado estudio del alma misteriosa del Ideal.....

La impresión que en mi espíritu ha dejado aquel doloroso drama lleno de un exquisito refinamiento triste, me ha producido el mismo efecto de un veneno fatal.

¡No te parece, amiga, que por las arterias de esta literatura contemporánea que tanto nos enorgullece, circula una corriente tóxica? Tal así se nos enferma la voluntad que sólo encontramos consuelo reparador en los libros.

En Nora he encontrado el proceso de mi alma: ¡oh sí, la de ella! Esa mujer objeto de nuestras santas predilecciones, que vive en las propias palpitaciones del corazón, y cualquiera que sea nuestro destino, en los ilimitados horizontes de la peregrina-

nación ó desde el navío que nos aleja de la tierra amada, vemos siempre cómo se alza en las lejanías del recuerdo..... Y en Nora he de encontrar el desenlace anhelado para esta ya interminable tragedia de mis dolencias.

Las lecturas modernas son sin duda una suerte de voluptuoso envenenamiento. Si un libro no nos deja el sabor ácido del licor enervante; si de esas páginas primorosas no ha de brotar el añejo sabor tóxico; si el libro no va como nuestros enfermizos sentimientos hacia un fin trágico, desconocido ó misterioso, condenado vivirá en los empolvados estantes de las bibliotecas, donde los grandes químicos del dolor han puesto el veneno de sus melancolías y ese eco sordo y doliente de conciencias torturadas que brota de los libros impregnando los espíritus de la dolorosa tristeza de la vida.

Tú bien sabes que mi biblioteca eternamente nueva es un laboratorio donde penetro con el vivo placer doloroso de proporcionarme un nuevo sufrimiento, una nueva melancolía que haciendo vibrar ignoradas fibras provoque angustias nuevas para mi espíritu!.....

Ya he llegado casi a consustancializarme con el dolor.

A mis autores predilectos sólo les pido crueldad, sólo les pido que sean siempre implacables.

¡Te acuerdas de aquel otro torturador de las conciencias, de aquel refinado del mundo de la sensibilidad? Decía hablando de Shakespeare: «somos nosotros nuestros propios Yagos y aun más ingeniosos para torturarnos: Yagos y Hamlets llevamos en nuestros espíritus y, raro deleite brutal, en el seno de nuestros dolores encontramos un goce morboso, el latido vibrante de una alegría acerba.»

Aspirad el perfume letal y agudo de las FLORES DEL MAL; recorred las páginas de ese libro de incisivo humorismo psicológico que se llama la FISIOLÓGIA DEL AMOR MODERNO: hojead siquiera las páginas de EL TRIUNFO DE LA MUERTE.....

¡Cómo clava en vuestro espíritu su garra el monstruo delicado del análisis! ¡Cuán finamente desgarran vuestros nervios, y cómo os sentís feliz en el martirio!

Dírase un brebaje letal que va minando vuestra antigua salud intelectual, y os váis entonces como esa pareja de enamorados de Ivan Tourgueneff, cogidos de la mano, entre la niebla, mientras se os retuercen los brazos en convulsiones trágicas.

Buena alma amiga, el dolor no me ha precipitado al vicio, inconsciente y brutal, como falsos espíritus malignos te han informado.

Cuando pensé en tomar una copa de agnijo he leído á Ibsen.....

Hallé sin duda más cantidad de sustancia tóxica en el libro que en la copa. Después de todo, sabes que cuidó mucho de mi honor. El éxtasis del vino me habría llevado al fin al hospital, al manicomio ó á la cárcel. El éxtasis del libro me trae á este aislamiento redentor en que vivo.

Tú bien sabes como después de una íntima debilidad pasional, sólo encuentro refugio protector en los libros y cómo me encuentro fuerte en la soledad, contemplando el cielo que es á donde ven los que nada esperan de la tierra.....

Ahora días estuve locamente enamorado de una estrella, pero un pájaro pasó y eclipsó una noche mi visión.....

¡Sólo las águilas vienen á perturbar la serenidad de mi vida! Hiperestesiada mi sensibilidad por la lectura, dispuesta á todos los dolores mi alma, acariciando en mi cabeza el blanco hilo de prematuras canas y en el pensamiento el largo hilo de mis recuerdos, vivo en el aislamiento con una suave mirada crepuscular en los ojos.....

Y en mi alma como un epitafio eternamente inscrita la frase de D'Annunzio como postila de su libro :

«NIC SINE TE NEC TECUM VIVERE POSSUM.»

* **

Cuando concluyó la lectura de aquella epístola elegiaca que un amigo de la infancia la dirigió, tomó de nuevo entre sus manos el libro doloroso, y lo besó tiernamente, consagrándole el óleo de sus labios junto con la sentida ofrenda de sus lágrimas.....

Y el libro, al viento que agitaba sus páginas parecía sonreír, primero con ironía, luego estrepitosamente.....

En tanto que la lluvia continuaba azotando el cristal de la ventana y entonaba, por los canales, la más fúnebre de las sonatas.

LUIS CASTILLO-AMENGUAL.

Caracas-1902.

DE UN LIBRO EN PREENSA: "CRONICAS DEL BULEVAR"

CARTA DE UN CUBANO



I he dejado pasar tantas semanas sin escribirte, culpadas de las circunstancias, y no mía. Es difícil hallar un instante de reposo en medio de nuestro desastre. No quería que mis palabras traicionasen la confusión y el tumulto de las almas en este pedazo de tierra tan hermoso y tan poco afortunado. Tú viniste á nuestra capital en días felices, cuando los corazones estaban florecidos de esperanzas,—después de la independencia y antes del desengaño.—Pero las cosas han cambiado de tal suerte, que si volvieras ahora, encontrarías el jardín convertido en cementerio. Por eso he preferido esperar, con la esperanza loca de que un capricho de la fortuna empujaría los hechos hacia el porvenir que deseamos. Pero veo que es imposible persistir en la ilusión. La lucha por la independencia ha sido para nos otros una tarea de Sísifo. Quizá estamos destinados á hacer rodar eternamente la inmensa mole que se despeña siempre desde la cumbre de la montaña. Perdona mi fatiga.

Pocas comarcas han dado una cosecha tan fructuosa de guerreros viriles y de patriotas tenaces; pocos pueblos han hecho tanto por la libertad, y ninguno ha tardado tanto en alcanzarla. Parece que la imposibilidad de emanciparse estuviera en razón inversa del esfuerzo que hacemos para conseguirlo. No hay un palmo de nuestra tierra que no haya sido humedecido varias veces con sangre; no hay una madre cubana que no llore la muerte de un hijo guerrillero; familias numerosas han desaparecido completamente, segadas por la guerra; las ciudades están atestadas de inválidos; no queda ni un fusil, ni una pluma, ni un corazón que no haya combatido; hemos arrojado á la hoguera las fortunas, las reputaciones y las vidas para forjarnos una patria; la población ha quedado reducida á la mitad, y, sin embargo, ¡no somos libres! ¿Qué fuerza extraña nos encadena? ¿Qué fatalidad nos desvía? ¿Por qué crímenes somos castigados? Si nuestros ejércitos no han sido más numerosos, es porque ya no quedaba en el país ni un anciano, ni un adolescente más; si nuestro empuje no ha sido más fuerte, es

porque la creación ha puesto límites al esfuerzo del hombre. Hemos hecho mucho más de lo que podíamos, y, sin embargo, no hemos hecho bastante!

Recuerda nuestra confianza insensata y nuestros sueños. Parecía que después de la primer victoria, el porvenir se abría ante nosotros como un campo sembrado. Cuba surgía de la sangre y de la muerte, como una flor de un estanque. No había nada seguro. Todo estaba librado á la voluntad de un invasor, entonces amigo. El porvenir era un problema. Pero una confianza infantil nos hacía sonreír, con las heridas abiertas todavía. Nuestros sacrificios personales, nuestras desgracias, nuestras angustias y nuestros duelos, no eran nada, porque los comparábamos con el resultado obtenido. Nos parecía natural sufrir, puesto que ya teníamos hogar que nos pertenecía. Los corazones estaban empavesados. Y en la sala donde se velaba el cadáver del último patriota caído, los deudos se enjugaban los ojos y se estrechaban las manos, con una emoción doble, lamentando al propio tiempo la pérdida y felicitándose de la victoria.

Después de largos siglos de cautiverio, las puertas se abrían, y volvíamos á ser hombres. Nos emborrachaba la dicha. Pero la luz de la libertad era tan fuerte, que nos impedía ver en torno nuestro. No comprendíamos que los amigos, los aliados, los protectores con quienes festejábamos el triunfo de nuestras esperanzas, eran los mismos que debían matarlas. Una increíble obstinación nos empujaba á agasajarlos y á aplaudirlos, cediéndoles parte de nuestro triunfo, haciéndolos ciudadanos en nuestro corazón y abandonando nuestra confianza á sus intereses. Los salones modestos de nuestras casas coloniales, se abrieron para el huésped: nuestra impaciencia se sometió á sus dilaciones; y más de una cubana se puso para él una flor en el pelo.

La credulidad lírica de la raza y la vanidad caballeresca de nuestras costumbres, nos dejaron ignorar todas las asechanzas. Somos excelentes especuladores de ideal, pero muy malos guerreros de la vida. Confundimos las espadas con las flores, y suponemos en cada corazón un idilio de Bernardin de Saint-Pierre. Se puede casi decir que hemos merecido nuestra desgracia. ¿Cómo reprochar á otros lo que nosotros mismos contribuimos á hacer? Si conquistamos nuestra libertad, fue para enagenarla. Nuestras guerras de un siglo fueron una quimera y un engaño. Hemos pasado de una cárcel á otra, atravesando la ciudad. Y lo hemos perdido todo, hasta la esperanza. Sólo nos queda una bandera rota y el recuerdo de Martí.

Si no has olvidado nuestras conversaciones, cuando nos paseábamos por la Alameda, al caer la noche, ó nos sentábamos en el Café Inglés, junto al teatro, comprenderás, pobre amigo, nuestra angustia. El golpe ha sido mayor, porque hemos caído desde más alto. Si nos quedara todavía la esperanza de reanudar la insensatez de una guerra, y dar de nuevo nuestra sangre, no formularíamos ni un reproche. Estamos habituados á luchar contra imposibles. Pero esta vez, todo está irremediablemente perdido.

Nos vemos rodeados y cercados de tal suerte, que ni aun la libertad del suicidio nos queda. El usurpador hormiguea en nuestras ciudades, domina en nuestros puertos, y ocupa todas las avenidas de nuestra existencia. Somos una minoría en nuestro país. El dinero y la audacia nos han despojado del patrimonio. Las oficinas públicas están llenas de extranjeros que dirigen nuestros intereses. Hay barrios enteros que han cambiado de nombre y de

propietario. Nuestras provincias y nuestras costas, nuestros ferrocarriles y nuestras plazas, están ocupadas por artilleros y gendarmes que llevan el uniforme y el alma de otro país. El pacto ha sido el caballo de Troya. Y como la alianza sancionó muchas uniones, el invasor está en todas partes, hasta en el vientre de nuestras hermanas. ¿Cómo soñar con un levantamiento, si el enemigo es nuestro cuñado, nuestro compañero de ayer? Y aunque los lazos de familia no bastasen para ahogar nuestra rebelión ¿cómo intentar una guerra contra un país que nos domina por la vecindad, por la riqueza, por el ejército, por los intereses y por la política? ¿Cómo imaginar la lucha de un millón de hombres contra 80 millones, de 200.000 kilómetros cuadrados contra 10.000.000, de dos años de historia contra un siglo? Todo contribuye á aplastarnos bajo el peso de lo inevitable.

La infiltración es más terrible que una conquista. Cuando tratamos de emanciparnos, volvimos los ojos hacia el país libre que estaba más cerca, hacia el país que había hecho lo que nosotros tratábamos de hacer, y calcamos nuestros deseos sobre sus realidades, robustecimos nuestro empuje con su ejemplo, y conquistamos la libertad con sus armas. Más de una vez violentamos nuestro espíritu para vestir sus ideas. Y cuando se ensanchó el desacuerdo que había nacido á la sombra de nuestra confianza, nos encontramos vencidos antes de luchar, porque habíamos abdicado mucho de nuestro carácter y casi todo nuestro orgullo.

No debimos esperar la libertad más que de nosotros mismos. Si nos sentíamos capaces de morir, ¿por qué nos obstinamos en seguir viviendo? La paz fue una concesión hecha á nuestro cansancio. Quizá consideramos el desarme como una tregua; quizá lo consumamos con el propósito de volver á tomar las armas si no se nos daba satisfacción. Pero ese armisticio, fue una derrota definitiva. La usurpación echó raíz en nuestro suelo, y hoy no bastaría toda nuestra sangre para extirparla.

Lo hemos perdido todo, y sólo nos queda el recuerdo de lo que pudimos ser. Si consideras la obra emprendida, comprenderás que era irrealizable. ¿Cómo conservar la libertad de un país pequeño y débil en medio de la asechanza de los poderosos? Estábamos fuera de la ley humana, puesto que no teníamos fuerza para imponerla. No había ninguna exigencia de neutralidad ni de equilibrio que nos hiciera respetar, como á ciertos países de Europa. Nuestra debilidad nos ponía al alcance de todos los apetitos. Y, éstos ó aquellos, habrían acabado por ponernos la rodilla sobre la garganta.

Quizá por eso nos hemos resignado á morir, sin saber siquiera cuál es la razón que nos mata. A veces, cuando profundizo y hurgo en la malvada fatalidad que ha dispersado nuestro empuje, me asalta un odio salvaje contra los hombres y contra las cosas. Hay algo que dice dentro de mí que la justicia debió existir. que la razón debió abrirse paso, que la verdad debió triunfar. Y me veo asediado por una multitud de ideas feroces que me reprochan nuestra pasividad ante el desastre.

Pero nuestro espíritu desalentado se desangra inútilmente por sus quejas. Estamos destinados á desaparecer, sumergidos por una muchedumbre victoriosa y desbordante. Unos se adaptarán al nuevo ambiente. Otros, desaparecerán, barridos por la conquista. Pero en la agonía de nuestras ilusiones, me parece ver el descenso de la raza latina, simbolizada por una puesta de sol detrás de las montañas del tiempo.....»

MANUEL UGARTE.



LA ESCLAVA

VIVOS, TILINGOS Y LOCOS LINDOS

POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Buenos Aires: 1901.

Y bien, ¿qué es esto?—dirá el lector.—Estos son tres estudios que valen por muchos volúmenes; tres estudios metidos en un librito muy pequeño, y á los que únicamente perjudica su título. Esto es el libro moderno de más enjundia y más meollo que he recibido de América, y uno de los libros de mayor contenido y de más fuerza que he leído, en español, en estos años.

A Grandmontagne deseo dedicarle un estudio, á él y á sus obras. Empezó en *Teodoro Foronda*, una novela en dos tomos, en que hay cosas muy buenas enterradas en un relato difuso y gárrulo á las veces; de ella á *La Maldonada*, en un tomo, hay gran distancia, y la hay, aunque muchísimo menor, de *La Maldonada* al librito de que trato. Parece que á medida que ha ido reduciendo el espacio material que sus producciones ocupan, ha ido espesando su espacio espiritual; nadie diría que el autor de aquellas tiradas de *Teodoro Foronda* sea el de las frases densísimas y preñadas de idea del estudio sobre los «vivos», de estas frases de que el contenido ideal rebosa.

Naturaleza de luchador, la de Grandmontagne ha luchado con la lengua, consiguiendo hacerse una propia y personal, briosísima, de una concisión notable, una prosa que recordaría á la de Baltasar Gracián, á quien Grandmontagne admira, si no fuera porque es mucho más clara que la del conceptista aragonés. Mas en prueba de su analogía con Gracián, véase estas sentencias: «quieren traer el porvenir al día, en lugar de estirar el día al porvenir»; «la viveza es rica de pobres cosas»; «nuestra meta está en la punta de los dedos»; «hay que saber comerse á sí mismo para estar siempre cuerdo».

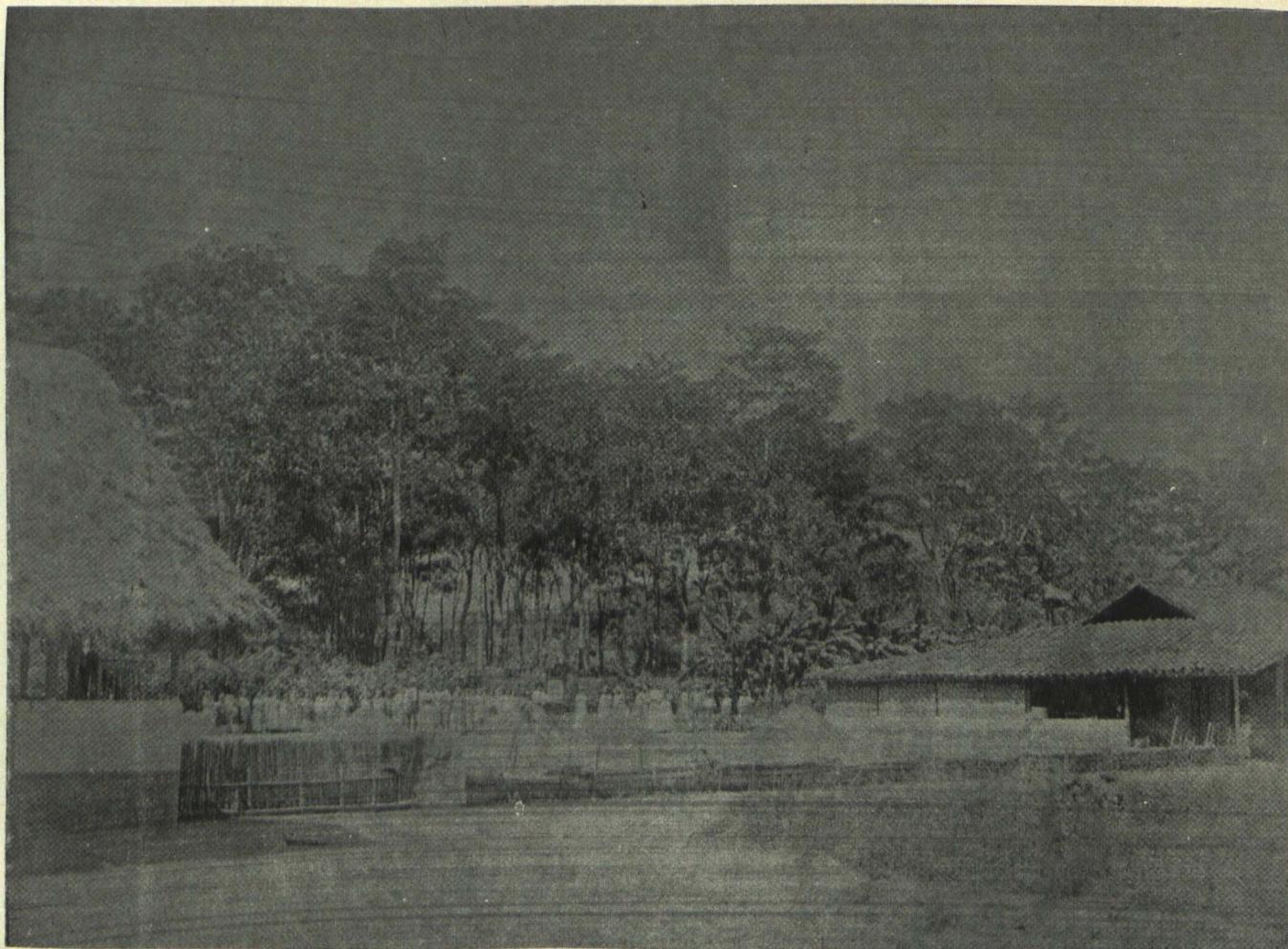
¿Cómo ha podido formarse en Buenos Aires este hombre, sentencioso á lo Séneca, conceptista también, y de ingenio paradó-

jico! Y cuenta que no digo esto en són de reproche, porque me encanta la paradoja y la creo el modo más penetrante de presentar la verdad. En todo este librito se ve que Grandmontagne, que proclama á Schopenhauer y Nietzsche los «reyes de la especie pensante», es un hombre que lucha por la personalidad, ¡nobilísimo combate! contra la rutina, la vulgaridad, el achatamiento, la viveza y el *tilinguismo*.

Tres son los sustanciosísimos estudios que este pequeño volumen contiene. El primero, *Los vivos*, es un estudio de lo que llamáramos los listos, los vividores, los agudos. La viveza «es el bajo similar intelectual y moral venciendo al oro puro de las facultades más altas»; «el despejo vence al talento, el listo al sesudo, lo curvo á lo rectilíneo, lo blando á lo duro»; «nadie persigue aquí el triunfo duradero, conformándonos con la hazaña, caricatura de la victoria», siendo la hazaña «ave de uñas largas y alas cortas». Mas..... ¿cómo extractar este estudio si es un extracto todo él, extracto lleno de fuerza y de pasión! Lleno de fuerza y de pasión, porque se ve que Grandmontagne odia al vivo cuya confianza de ascensión «está en la uña y no en el ala», de modo que nadie sube volando, sino gateando. Sí, tiene razón: «hay algo más despreciable que el imbécil: el vivo». ¡Qué profunda, sobre todo, qué profunda y qué exacta esta observación! «La viveza es humilde con todos los rangos, menos con el rango intelectual. El vivo sólo es capaz de una fuerte pasión: ¡el odio al inteligente». Y después de esta robusta y violenta diatriba, de este embiste al vivo dado por un hombre que declara no ser capaz de manchar su corazón ni sus manos «con inmundo papel sellado», después de esta arremetida aconseja Grandmontagne al lector inteligente que utilice su inteligencia para crearse en su fuerte talento una cualidad perversa con que cazar al vivo sus vivezas, y que cayendo sobre él, por entre sombras y á desplegadas alas, como el águila sobre la ardilla, le apriete las garras á la garganta y le estruje y ahogue

para que no pueble la atmósfera social de mentiras y menudas hazañas. ¡Qué falta nos hace en España esta caza al vivo! Porque el vivo es de aquí como de todas partes; de aquí más que de otras muchas, y no creo lo que en el artículo *Matz y política* de su libro *PROSA RURAL* nos dice Martín Gil de que la política que llama criolla sea «mal propio, exclusivo, característico de nosotros los americanos del Sud, producto de ese prójimo, muchas veces bueno, y que tanto abunda en todo el Sud-América, llamado con respeto, cuando no con admiración, *hombre vivo, hombre diablo*, digno de un profundo estudio psíquico». ¡Cuántos *hombres vivos*, traviesos, conozco en España, donde también padecemos política criolla!

Los *tilingos* nos son menos conocidos. Dice Grandmontagne que «no hay en el frondoso castellano un equivalente exacto de *tilingo*», recordando inocente, tonto, simplón, aguachirle, pazguato, y proponiendo como denominación más parecida la de *pavisoso*. Si al vivo lo odia, al *tilingo* lo desprecia Grandmontagne. Hay menos virulencia y más gracia en este segundo estudio, que en cuanto se refiere á las relaciones entre el *tilingo* y la mujer es de una muy penetrante y fina observación psicológica. El pasaje de los amores, llamémoslos así, entre el *tilingo* y la *tilinga*, «violeta de farmacia, de colores desvaídos y muerto perfume, llena de anemia, á quien sólo levantan de su perpetuo desmayo las sales volátiles», es de un cómico muy subido. ¿Y qué decir del *tilinguismo* literario? El *tilingo* ama la literatura decadente por ser la forma en que pueden despacharse los que quieren decir algo sin tener nada que decir; nuestro decadentismo simbolista es puro tarreo de *tilingos*..... su lactancia intelectual se nutre tan sólo de los calostros, de la flor de la leche del periódico de *boulevard* parisiense». Leyendo esto, recordaba cierto número dedicado por una revista argentina á su director, un poeta, con ocasión de haberse publicado un tomo de versos de éste, número en que varios amigos del festejado le



Hacienda Quintero, del señor Manuel E. Tinoco, San Felipe. — Fotografía de Avril

declaraban, en sendas apologías, poco menos que genio, y en que, para corroborarlo sin duda, se insertaba un poemita del apolo-gizado, que era, y es, el más soporífero é inaguantable tejido de vaciedades y simplezas sin originalidad ni poesía alguna. Lo mejor es dejarlos, amigo Grandmontagne, — porque sí, Grandmontagne es amigo y pai-sano mío, y *honní soit qui mal y pense*.

Hay en este estudio un interesantísimo *Intermezzo* acerca de las diversas causas que, según su autor, obran en la Argentina en contra del talento sólido y robusto. Son la altura del cielo, el excesivo predominio del dinero, la degeneración del tipo de largo abolengo criollo, el prurito de universalización, «de lo cual tiene la culpa este Buenos Aires que Dios incendie para salud de la República Argentina», el desenfreno voluptuoso («El amor ha de ser fresca y no calcinación, abril y no agosto, ternura y no furia, serenidad dulce y no arrebató, fusión y no posesión»), y la flojeza de la hortaliza, pues «la virginidad de la tierra, su mollar excesivo, hace aguachento al zapallo y á nosotros con él», debiendo esperar á que la tierra se canse «para que sus frutos ganen en substancia lo que en abundancia pierdan». Y luégo la emprende contra Buenos Aires, «segunda ciudad latina, orgullo de los mentecatos, de los tilingos», abundando en el sentido ruralista de Martín Gil, el de la *Prosa rural*. No sé hasta qué punto sean verdaderamente causas de lo que supone Grandmontagne las que por tales causas presenta; y no conozco aquel país más que por los libros y referencias orales: pero en cuanto puedo así juzgar noto, en efecto, alguno

de esos males, como el prurito de universalización buscado por extraviados senderos, cuestión de que he tratado en la prensa misma argentina.

El tercer estudio, *Locos lindos*, es, en el fondo, una apología de éstos, ó por mejor decir, de cierta clase de ellos, es acaso, más en el fondo aún, una calurosa defensa de algo que siente Grandmontagne en sus propias entrañas, de algo mal domado por la vida social moderna.

Y todo ello un libro fuerte, revulsivo, vigoroso, lleno de amargas verdades, y que revela—¿por qué no lo he de decir, digan lo que quieran?—al vasco que despierta á nueva vida. La obra de Grandmontagne me revuelve el poso de la casta; con otros jóvenes paisanos míos de acá, de esta banda, me parece allá, en la otra banda del Océano, un forjador de nuestro nuevo espíritu. Y si el lector cree que la amistad y el paisanaje y cierta consonancia y semejanza entre nuestros respectivos modos de pensar, sentir y escribir puede forzar mi juicio en este caso, lea *Vivos, tilingos y locos lindos*, lea *La Maldonada*, y verá si hay ó no motivo para ensalzar á Grandmontagne y pedir que le hagamos uno de nuestros autores favoritos, no español ni argentino, sino de aquí y de allí y de todas partes. Porque Grandmontagne, formado, ¡claro está! con la lectura de todos los grandes pensadores y sentidores, de los pueblos y tiempos todos, no pertenece á lo que podríamos llamar escuela española neta ni á la afrancesada, no aspira á castizo — aunque lo sea en el más hondo sentido—ni reduce á París el Universo, sino que ve y siente el país en que vive,

y sabe buscar en lo local y circunscrito lo universal y de todas partes, y en lo actual lo eterno. Estudia y trabaja y se labra, día tras día y golpe á golpe, su originalidad, buscándola en la contemplación de la naturaleza y la vida que le rodean, y en la meditación de las obras de los grandes maestros. Tiene sus preferencias, que aparte de los preferidos por todos como Shakespeare ó Goethe, son Schopenhauer, Nietzsche, Carlyle, Juan Pablo, y entre los españoles (muertos) Gracián y Ganivet, ¡pobre Ganivet! Es una de las cosas que más me gustan en Grandmontagne, espíritu admirativo, noble y sin mezquindades de *vivo*, el culto que profesa á aquel gran espíritu tan á destiempo perdido para nosotros.

Hay en el estudio sobre los tilingos un hermoso comentario á aquella aseveración de *Pío Cid*, «el héroe de la admirable novela de Ganivet», de que «el disparate reflexivo y meditado es tan digno de respeto como la idea más sensata». La ignorancia y la poquedad espiritual del tilingo, le quitan todo derecho al disparate, dice Grandmontagne, añadiendo: «No le es permitido salir de la vulgaridad de la lógica común. Se respetan los disparates de Hamlet, no los de Bertoldo. El que tiene alas y vuela, puede permitirse en el aire, sobre las más altas atmósferas, alguna pirueta ilógica, volar boca arriba, por ejemplo; pero el que sólo por el suelo anda, deben guardar sus pasos la regularidad del ritmo general. Cabe innovación en el vuelo; pero toda originalidad en el paso resulta grotesca. Ejemplo: el andar de los cangrejos, que son los animales de paso más original». Con este pasaje de



Luisa Grandjean, artista de la Academia Nacional de Música, de París

Grandmontagne, que creo necesario citar aquí, debía dar por terminada ésta más que nota bibliográfica; pero quiero antes declarar que si acaso se notase en ella cierto apasionamiento, no se extrañe nadie de ello, que al fin y al cabo no soy un marmolillo ni entiendo esto de la crítica como función de grave magistrado incommovible, y Grandmontagne me gana la afición, pues aborrezco como él la vivocracia y el tilinguismo, y lamento esta insoportable atmósfera de rampionería que nos ahoga y esa cobarde hipocresía que á la opilación mental llama sensatez, y equilibrio de mente á la estabilidad pétrea. Creo que en cuanto á saber hay en España bastantes personas que saben, bastantes intelectuales, pero muy pocos espirituales.

Y á propósito, antes de acabar, aunque he llamado *estudios* á los tres trabajos que ha reunido en un volumencito Grandmontagne, no por eso vaya á creerse que le tengo á éste por un sabio; nó, no le hago

tal ofensa. Porque á unos se les adula y á otros se les rebaja llamándoles sabios. Grandmontagne no se limita á saber; piensa, y lo que vale aún más, siente, ve y crea.

MIGUEL DE UNAMUNO.

TODOS INOCENTES!

Con la satisfacción más completa he-mos sabido que Vidal, llamado el matador de mujeres, fue trasportado á Lyon, adonde debía someterse al examen de célebres médicos criminalistas de aquella ciudad, y que el doctor Lacassagne ha logrado captarse toda la confianza de Vidal.

Es este un nuevo triunfo para el doctor Lacassagne, quien, al decir de periódicos y despachos, había alcanzado igual éxito con Vacher, otro asesino de

esos de *tuerca y tornillo*, como dicen, pues nadie ignora cuan difícil es lograr la confianza de los asesinos, debido esto, sin duda, á que ellos miden á todo el mundo, con la vara con que á sí mismos se miden ellos. Esperamos, casi ciertos, que por la reciprocidad de buenos proceder, el doctor Lacassagne y sus colegas de la empresa, descubrirán en la cabeza de Vidal muchas protuberancias de las que confieren á los grandes criminales y sanguinarios, la cualidad muy grata de irresponsables é inculpables.

Y en efecto, es muy posible que todo el mundo haya notado, que menos riesgo, mucho menos, corre hoy el hombre de que le corten la cabeza por haber degollado á una familia entera, que por asaltar, al acaso, á un transeunte en la encrucijada de una calle. Una cuchillada, un tiro de revólver, aislados, dan á su autor una reputación de malhechor peligroso; cuando al contrario, una larga serie de asesinatos cumplidos con la más refinada ferocidad y los detalles más horribles, hacen del culpado un señor muy distinguido que reclaman los expertos como un *magnífico tipo*, y reclámalo ligero como si fuera un tesoro. En resumen: asesinar una vez, es caso digno de horca, ó á lo menos, de guillotina; pero hacer del asesinato una profesión verdaderamente, se tiene como cosa curiosa, inverosímil... y perdonable.

Es á la antropología criminal, (ciencia nacida ayer), á la que debemos la extraordinaria mansedumbre de la medicina para los criminales inveterados. Un ironista diría,—no hay que dudarlo,—que este amor de los terapeutas por los asesinos, está inspirado en la semejanza de oficio, pues unos y otros son los que están señalados, ó mejor, destinados á dar muerte á sus contemporáneos.

Por lo que á nosotros respecta, no vemos en todo esto sino un sentimiento de buena ley; mas, no obstante, podríamos preguntar, si al llevar este sentimiento hasta el extremo, no se tocarían los límites del absurdo. Por lo menos, pruebas de ellos no faltan todos los días.

El punto de la responsabilidad moral y del libre arbitrio, es uno de aquellos, evidentemente, de los que es imposible prescindir en el estado actual de la criminalidad, hoy en día; porque no se debe caer en esa chocante manía que consiste en ver en todas partes y en todos los hombres, los signos fisiológicos de la degeneración. Y mucho de esto es lo que acontece á los criminalistas italianos de los que es jefe audaz César Lombroso. Si creyéramos á estos señores, diríamos con toda seguridad, del primero que se nos presentara: «Tiene cabeza de asesino, y será asesino el día menos pensado.» Leed en todas las obras de esos sabios especialistas, que han encontrado en Francia émulo é imitadores, cuales son los distintivos en el hombre, del criminal nato, y después de haberlas leído no os atreveréis á mirar de frente á vuestros amigos, ni á veros, siquiera, en vuestro espejo.

Seréis criminal en la primera ocasión propicia, si tenéis el maxilar pronunciado, hundida la frente, torcida la nariz y largas ó anchas las orejas. Lo seréis igualmente si sois dolicocefalo, es decir, si siendo ovalada vuestra bóveda craneal, el largo de ella es por lo menos una

cuarta parte más grande que el ancho. No hay medio: criminal nato siempre lo tendremos en el hombre cuya fisonomía es simétrica, esto es, en aquel que tiene la faz partida virtualmente en dos por una línea perpendicular que pasa por la base de la nariz y la hendidura de la barba, y no presente identidad en las dos partes. En fin, son criminales natos todos los que tengan los dedos como espátulas, ó más claro, un poquito delgado en las extremidades y más gruesos hacia atrás; los que tienen defectuosos los dientes molares; los que sufren de estrabismo; los que tienen en la dentadura una pieza mal puesta; los que tienen los dedos de los pies un tanto gruesos, y son criminales natos, á los que falte un poco de *cerilla* en los oídos.... Basta con esto para saber que habremos de desesperarnos de poder ser hombres honrados, si somos feos!...

Dióse el caso una vez, que en una sesión en que estaban midiendo cráneos de criminales, tuvo el presidente de aquella sociedad el capricho de entrar en el *conformador*. Un médico de la escuela de Lombroso y Enrique Ferri que acababa de llegar, pero á quien no habían puesto en el secreto, quedó como extasiado ante las medidas del cráneo del presidente, y decretó con el mayor aplomo, que entre los dibujos que tenía á la vista, el poseedor de aquella cabeza, debía ser un facinoroso de la peor especie y condición. Mostróse, es cierto, como desconcertado y confuso cuando supo la verdad; pero bien nos enseñaría este solo hecho, el fondo de la ciencia criminalista, llena de falsa bondad ó ternura para unos hombres á quienes la sangre de los demás no cuesta mucho. Y no quiere decir esto que no sea alguna vez el criminal digno de interés; si lo es, como creemos sinceramente, que no se debe levantar para él la guillotina, en el acto, en la plaza pública. La pena de muerte es una de aquellas justicias abrumadoras, convenidas. Pero convengamos también que hay demasiados asesinos, y que la piedad para estos infames, es barba para con los asesinados. Si hay otro medio que nos liberte de los matadores, usémoslo cuanto antes. Si se encuentra en el mundo algún Pasteur que pueda inocularles la bondad y que les cure la hidrofobia que los envenena, contará la humanidad ese día como uno de los más bellos. Pero mientras tanto, las teorías de la irresponsabilidad terminan al fin en injurias para los que no matan. Por otra parte, ¿puede dudarse que los trabajos forzados ó la reclusión á perpetuidad no son muchas veces peores que la muerte misma?

Por el momento, debe buscarse mejor la causa de la criminalidad en la perversión del sentido moral á consecuencia de la mala educación, del hábito detestable de la pereza, de la envidia y de las pasiones bochornosas que asaltan al hombre: la lujuria, el odio y la sed del oro.

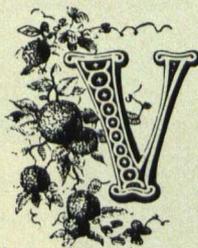
Por de contado que hay complejidad en los orígenes de estas pasiones, pues el hombre á despecho de los idealistas, de los anarquistas no nace exento de alguna *tara*. Tenemos el atavismo fisiológico que produce un sér degenerado, sin voluntad é impotente para resistir á la tentación; y así como el hombre que tiene un estómago sólido y bueno, soportará mayor tiempo al hambre que

el hombre débil, de la misma manera, el que es mal construido físicamente, está menos en aptitud para la lucha moral, que el que se encuentre perfectamente equilibrado. Hay más todavía: considerando el problema desde más alto punto, ¿debe la sociedad ayuda y protección á la debilidad moral; debe hacer su examen de conciencia y preguntarse á sí misma si ha hecho lo necesario para descubrir, primero, y luego, encaminar rectamente á ese desgraciado caído en el crimen por el instinto atávico, que fue en remoto tiempo el de los hombres de las cavernas? Habida toda consideración, debe confesarse que la sociedad también ha de defenderse.

Así, pues, y en suma, tengamos mucho cuidado para no dejarnos arrastrar por esa ridícula monomanía que consiste en presentar la mayor parte de los hombres.—porque sean narigones, mancos ó cojos,—como condenados irremediablemente al crimen. Cuéntase que en cierta vez enseñó Sócrates su mano al quiromántico Zapiros, el cual, al verla, le dijo de llano en plano: «Vivis consumido por vuestros vicios!» A lo que respondió, en el momento, Sócrates: «Téneis razón y así debería ser; pero yo domino los vicios y triunfo de ellos.»

E. THOMAS.

SUEÑOS AZULES



VARGAS Vila vuelve de los campamentos gallarda y dignamente ataviado.

El escudo del guerrero viene blasonado por los embates enemigos, y la lira del poeta vibra aún con las palpitaciones de las fugaces promesas de la victoria, ó las últimas quejumbres de la elegía.

Ciñen laures la frente del paladín; y trae el artista adorador de la inmortal ilusión, su ramo de asfodelos para el culto de la perenne deidad.

Violetas llama él estas flores tiernas y suaves, cultivadas en un rincón silencioso y santificado de su jardín de soñador, en tristes horas de tregua. Sueños azules son estas visiones fugitivas de un ideal de amor y de paz, de caricias y de ternura, entrevisto en un ansia de ficciones imposibles.

Cuando envía estas flores, de fragancia leve y voladora como una nébula perfumada, pone lo más amable de su emoción y lo más exquisito de su tacto en el ritmo más sutil de sus estrofas y en la caricia más amorosa de sus labios. Cuando contempla sus ensueños, querría para el lenguaje toda la vaga idealidad de sus perspectivas vaporosas, para que no fuesen lastimadas ni dispersas por el vuelo mismo de las rimas en que canta sus quimeras. Su lenguaje, su estilo, su obra literaria aseméjase entonces al rápido deslizarse de una ala nivea y tersa, sobre la superficie en calma de una linfa transparente, iluminada por un suave fulgor de luna, desde las crestas en vellones de las nubes que tramonía la viajera de las noches.

Afirma Vargas Vila que esa es su manera de escritor; que esa es su caracte-

rística de artista; que son esos sus amores de poeta:—*la belleza literaria, según mi gusto de escritor, está concebida en el ritmo armonioso de la frase, en la sutileza de la idea, en la noble castidad de la factura.*

Tengo el derecho de lamentar ese culto en esta alma que nació para la fortaleza y la lid.

No puedo conformarme con estas ritualidades cumplidas por un devoto que no está obligado á servitud fanática con los dioses de su templo y de su ara, de quienes debe ser sacerdote y no catécumeno, oficiante y no vidente.

En verdad y en arte, es muy bella esta prosa «impregnada en perfume ocultado de tristezas»; pero sin duda es noble y más digna de este temperamento de escritor esclarecido, la fuerte y sonora prosa del batallador. Amable y tierna es esa página de los alados amores de las avecillas, que se van por el horizonte marino, sobre el fêrvido bullir de las tormentas que hinchan la ola de donde surge piando de sorpresa y de dolor la mágica rimadora de arpegios, abatida por la cólera del océano embravecido; pero, cuán humana, cuán fuerte y consoladora esa otra página enrojada por los relámpagos de incendio de la ciudad sitiada; estremecida por las descargas, trémula por los contrapuestos furores; sin piedad para las vacilaciones, sin desdén para los heroísmos.

Inefable y dulce el amor galante y trovador; pero, bizarro y máximo ese incomparable amor de ideal y de causa, de victoria y de prepotencia, que mira más allá del círculo mezquino de los horizontes y por sobre el torbellino aturdiror de los mares encrespados en tormenta; amor que no nace tímido é incierto, al abrigo inseguro de zozobras femeniles, ni pide auspicios á la indifferente luna; ni humilla con desdenes; ni mata en celos. Sino amor varonil, impetuoso como el rodar de la ola enfurecida; de inmenso abrazo, de inmenso beso, como el beso y el abrazo, insaciables y eternos, del océano con sus playas. Amor cuyos desencantos tienen la virtud de la tierra sobre Anteo; de celos que se resuelven en protesta de rebeldes, en ira de batalladores, en arrojo suicida de soldados y en rugidos de héroes.... Fuerte tu alma, oh! poeta, por su desdén generoso, más fuerte debe ser por tu cuidado implacable, por tu cruel amor al máximo ideal de combatiente y de escritor. Trueca ese desdén amable por la hermosa indiferencia altanera hacia todo cuanto no sea fuerte y viril, alto é ilustre; y ya que nos fue dado en desventura vivir en tiempo de pigmeos, vivamos, pensadores, vive, homérica, en sacra y suma comunión con todos los olímpicos y todos los excelso, desde el grave ensueño de la mar enfurecida como una multitud en delito, hasta la visión ambiciosa de un nombre y una patria triunfantes, que vayan sembrando hegemonías, como apostas sepulcros de vencidos y de mártires por los caminos por donde van sus legionarios.

Hay en la Belleza literaria los rasgos y las líneas por excelencia determinantes de la perfección infalible de la forma artística: aquellos que señala la creatura en los espasmos supremos del más humano, del más real, del único

EL SÍMBOLO APOSTÓLICO

ESTUDIO HISTÓRICO--FILOSÓFICO
POR FELIPE TEJERAÁ LA MEMORIA VENERADA DE MIS CRISTIANOS
PADRES.

APÉNDICE

[Conclusión]

NOTA 24ª

"La carta primera de San Pablo á los Tolanenses, que parece la primera que escribió el Apóstol, circuló el año 19 después de la Pasión de Jesucristo".— *Vulgata*. (Nota).

NOTA 25ª

"La palabra *misa*, del latín *missa*, *missio*, viene del uso establecido en la primitiva Iglesia de despedir los asistentes que, según los reglamentos canónicos, no debían presenciar la ceremonia de la consagración y del sacrificio. Durante muchos siglos, al concluir la primera parte de la *misa*, se hacía salir del templo, antes de la *oblación*, á todos los catecúmenos, es decir: aquellos que se preparaban para recibir el bautismo; esta parte del Sacrificio se llamó *misa de catecúmenos*, por el Concilio de Valencia, celebrado el año 374, y la otra parte, después de la *oblación*, se llamaba *misa de los fieles*..."

*

"Durante los cuatro primeros siglos... el formulario de las ceremonias practicadas en los Santos Oficios, se transmitía *por tradición verbal*; y no se comunicaba sino con mucha reserva y discreción... San Pedro Crisólogo, muerto 20 años después de San Agustín, dice que no se confiaban al papel los *Secretos Celestiales*, por el temor de que cayeran en manos de algún *perverso* ó de un *crítico profano*".— (*Memorial Portatif de Chronologie*, etc. París, 1829).

*

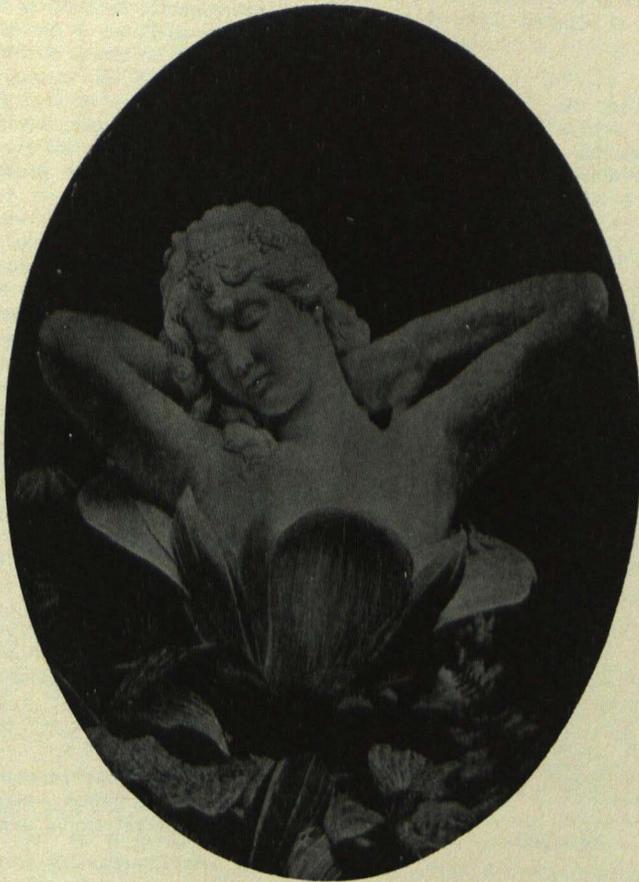
Además "un edicto de Dioclesiano prohibía á los cristianos, so pena de muerte, propagar sus *Escrituras*. El razonamiento y la crítica nada valían contra los monumentos del Cristianismo, era preciso ocurrir á la violencia; y así se esforzaban en *destruir los escritos* que les era imposible refutar". — (De Genoude, obra citada).

*

"El primero que dijo *misa* (después de Cristo) fue el príncipe de los Apóstoles, y primer Vicario, San Pedro. La celebró como el Señor le había mandado, diciendo el Padre Nuestro, luego la consagración... San Marcos celebró la primera *misa* en Alejandría, dice Durando... Esta *misa* celebró San Pablo... á quien enseñó el Cristo á decirle: el mismo Santo lo dice, escribiendo á los Corintios: *Ego enim uceperit a Domino quod et tradidit vobis*, etc..."

"El venerable Beda dice... haber los Apóstoles celebrado inmediatamente después que subió á los cielos Cristo... y por eso dice Esiquio... que el Espíritu Santo descendió en ocasión en que actualmente decían *misa* los Apóstoles... Es común sentir que la tradición apostólica comenzó desde la Ascensión del Señor á los Cielos, y también que uno de los actos que nos dejaron los Apóstoles fue la frecuencia de celebrar cada día..."

"En lo primitivo de la Iglesia, así los *fieles* como los *catecúmenos*, ignoraban cuándo se



"Sueños Azules"

triunfador de los sentimientos: el Dolor... Pero no el que cae vencido y es arrastrado por torrente de lágrimas y huracán de congojas hacia las profundas platitudes de la compasión de los estultos y del olvido de los bienaventurados; sino el grande, el irreductible Dolor; el que lucha y amenaza aun desde el fondo del oprobio; el que en su rabia admirable y en su hermosa impotencia, transfigura en gloria el vencimiento, y hace envidiable su amargura, y hace bello y eterno el horror de sus lacerias...

Por ese inmenso dolor invicto, la Biblia ha hecho á su Satán grande como un dios; y ha tenido que buscar las más altas cumbres de la Ciudad teológica, para colocar las cóleras de sus gigantes y sus titanes: Jeremías, vibrando sus labios «como las trompetas de un conquistador»; Elías, lanzando su carro á las tempestades, y Ezequiel hablando á las visiones de los infinitos, á los mares y á los cielos, porque á su voz sucumbirían las criaturas de la tierra.

La musa americana no se consolara del dandismo gentil y caprichoso de este poeta, que á pesar de los esfuerzos y sutilezas que emplea para acariciar fantasmas acongojados de quimeras melancólicas, y para cultivar pálidas flores de hastío, se ve de improviso y sin treguas sorprendido y traicionado por el genio vigilante de su temperamento de artista luchador; y á despecho de sus paseos de indiferencia por los países del desdén risueño y amable, se halla casi siempre suspenso por el rumor de las peleas y puesto el oído al «ruido

estridente y bronco de los mares»; poeta de quien, en las playas de realidad de sus SUEÑOS AZULES, descubro la certidumbre de que los suspiros que envía á los campos de myosotis y anémonas, no son sino nostálgicos de su espíritu de vigoroso escritor de asuntos eminentes é ilustres.

Es interesante, después de todo, que los fuertes, los que sienten firme el brazo y valerosa el ánima, descansen á veces el hacha taladora de añosas florestas, y vayan, como unos gigantes bondadosos, á mullir con cariño la grama de los senderos y á entregar al amor del aura el poblado jaral de sus melenas.

Diríase el apostolado caballeresco é hidalgo del grande arte:—también Zeuxis tallaba suspirando las guedejas de su Atleta; y fue en la ciudad monumental de Corinto, solar de ciclopes, en donde florecieron en acantos y poéticas volutas los escuetos columnarios entre los cuales decían los abuelos de Isócrates sus rudas Antifonas... A veces place al feroz señor de mis llanuras enredar entre los gladios de su cimera amenazante guirnalda al desgaire de campanulas silvestres...

Este nuevo libro pertenece á la que pudiera llamarse Biblioteca Galante del ritmo y de la prosa trovadora de la América, á cuyos anaqueles aromosos han llevado ya el nombre venezolano Blanco Fombona y Díaz Rodríguez, Coll y Domínicí, Fernández García, Mata y Marcano Rodríguez, Pimentel Coronel y Racamonde, Silva y Zumeta.

BLOY G. GONZALEZ.

concluía el sacrificio, y les avisaba la voz del diácono, con estas fórmulas: A los primeros: *Si quis in fidelis, si quis cathecumenos; exet, Misa est.* Si aquí hay algún infiel ó catecúmeno, vaya fuera: llegó la hora de la despedida". (*Orígenes*, lib. 6. Cp. 19). A los fieles decía: *Ite Misa est, idos á vuestras ocupaciones*".—(Id. lib. 3. Cp. 3). (*El Porqué de las Ceremonias de la Iglesia*).

Empero, lo que únicamente consta en los *Hechos*, es que: "Ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la *comunicación de la fracción de pan*".—(Cp. III v. 42).

*

"Es indudable que en los tiempos primitivos, se solemnizaba (la misa) con ceremonias análogas á las actuales; pero no las sabemos con exactitud; porque son apócrifas las colecciones litúrgicas que en tiempos posteriores han corrido bajo el nombre de los Apóstoles y Evangelistas, prescindiendo de que tampoco el rito era primitivamente uniforme".—(*Manual del derecho eclesiástico universal*, por M. Fernando Walter. Traducción del alemán de D. J. Eschriche).

*

"La tradición de Nicéphon (*Historia Eclesiástica*, II, 3) nos enseña que fue en el Cenáculo, en el cual Nuestro Señor instituyó la Santa Eucaristía, donde los Apóstoles celebraron los Santos Misterios. San Cirilo de Jerusalén, designa el Cenáculo con el nombre de *Iglesia de los Apóstoles*, y San Jerónimo lo llama *Iglesia de Sión*. San Pablo, en su Epístola á los Corintios, habla de la *Iglesia de Dios*. Muchos Padres, entre otros, San Basilio, San Crisóstomo, San Jerónimo y San Agustín, han designado así, no solamente la Asamblea de los fieles, sino también el lugar donde ellos se reunían".—(De Guinaumont. *De la Mese*). (Véase á Floro. *Tratado de la explicación de la Misa*).

NOTA 26^a

"La Iglesia hizo uso del *Símbolo Apostólico* hasta el heresiarca Arrio, para cuya condenación se juntó el Concilio de Nicea que dio á los ortodoxos una *profesión de fe* más explícita". (*El Testamento del Hombre Dios*. Nota 27.)

NOTA 27^a

Así también en el primer siglo de la Era cristiana "casi todos los obispos de Asia, y muchos otros que habían sido diputados por las Iglesias, obligaron á San Juan á escribir sobre la Divinidad de Jesucristo (negada por Cerintho y Ebión), todavía más de lo que habían hecho los otros tres Evangelistas, y establecer preferentemente su Divinidad".—M. de Genoude, obra citada). Y tal fue la razón primordial del Cuarto Evangelio.

Se ve, pues, que desde el principio se abre la inacabable lucha por la Divinidad de Jesucristo; y en medio de esta lucha la Iglesia Católica aparece como el Continente de la Verdad que se levanta incostrastable en el inmenso y concitado océano de todos los errores.

NOTA 28^a

He aquí cómo define San Basilio este misterio: "Una naturaleza increada, una majestad soberana, una bondad natural. Es una Esencia Individual y común de tres corporales perfectos, porque donde está el Espíritu Santo, allí está Jesucristo; y donde Jesucristo está, allí está también el Padre. El Padre tiene en sí un sér perfecto que no ha menester de nada; es la raíz y la fuente del Hijo y del Espíritu Santo. También posee el Hijo la plenitud de la Divinidad: él es el Verbo-viviente,

la producción del Padre, que nada ha menester... El Hijo es el que implora, el Padre es el implorado, y el Espíritu Santo el que es enviado".

*

San Efrén, dice: "El Padre es el sol; el Hijo, la luz; el Espíritu Santo, el calor. Estas tres cosas tienen una misma esencia, y, no obstante, son distintas entre sí".—(San Ephr. *Him. de la Fe*).

*

"Ciertos autores han sido muy ligeros al juzgar que la Santísima Trinidad es contraria al gran principio que establece que dos cosas semejantes á una tercera son iguales entre sí; es decir: *A* es lo mismo que *B*; y si *C* es lo mismo que *B*, siguese que *A* y *C* son iguales entre sí. Así, cuando se dice que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios, que el Espíritu Santo es Dios, y que, no obstante, no hay sino un solo Dios, aunque estas tres Personas sean distintas entre sí, débese juzgar que la palabra *Dios* no tiene el mismo significado al principio que al fin de la frase: ella significa, así la sustancia divina, como una Persona de la Divinidad".—(Leibnitz. *La Trodicea*).

NOTA 29^a

Para la redacción de este Símbolo parece como si los Padres de Nicea hubiesen tenido presente el de San Luciano, sacerdote de Antioquia y mártir, según lo que copiamos á continuación, de la obra tantas veces citada de M. de Genoude:

AÑO 303

SAN LUCIANO, SACERDOTE DE ANTIOQUIA
Y MÁRTIR

Los escritos de San Luciano se perdieron, pero Eusebio hace mención de la Apología que aquél pronunció delante del Magistrado que lo acusaba, y ya próximo á la muerte... El año 341, noventa y siete obispos reunidos en Antioquia, propusieron y aprobaron una *fórmula de fe*, que ellos decían haber encontrado escrita de la propia mano de San Luciano de Antioquia, mártir. Comienza así:

"Según la tradición del Evangelio y de los Apóstoles, nosotros creemos en un solo Dios, Padre, Todopoderoso, Creador de todas las cosas; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo-único de Dios, por quien todo ha sido hecho, el que fue engendrado del Padre, antes de todos los siglos... Verbo-viviente, sabiduría, vida, luz verdadera... Imagen invariable de la Divinidad, de la esencia, de la potencia, de la voluntad y de la gloria del Padre, que era en el principio con Dios, Verbo-Dios, como se dice en el Evangelio: "Y el Verbo era Dios"... mediador de Dios y de los hombres, apóstol de nuestra fe, autor de la vida, como lo dijo Él mismo: "Yo he descendido, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me ha enviado"; que padeció por nosotros y resucitó y subió á los cielos, está sentado á la diestra del Padre, y vendrá, segunda vez, á juzgar á los vivos y á los muertos. Como Nuestro Señor Jesucristo ha ordenado á sus discípulos diciendo: "Id, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo"; es evidente que es en el nombre de un Padre, que verdaderamente es Padre; de un Hijo, que es verdaderamente Hijo; de un Espíritu Santo, que es verdaderamente Espíritu Santo".—(*Eusebio*, lib. 9, cap. 13.)

*

Y todavía con mucha anterioridad, en el año 103, había dicho San Justino, mártir y

Doctor de la Iglesia: "no saben que el Padre del Universo tiene un Hijo que es el Verbo, y el primer nacido de Dios es también Dios, coeterno con su Padre, y por quien el Padre ha creado todas las cosas: el mismo que apareció á Moisés y á los Profetas bajo diversas formas é imágenes; y el cual se hizo hombre, nació de una Virgen, según la voluntad del Padre, para salud de los que en Él creen; y quiso ser despreciado y padecer para vencer la muerte por su muerte y su resurrección". (*Apol. 2*, p. 96.) Y "con el Padre—agrega—reconocemos, además, y adoramos conjuntamente á su Hijo y á su Espíritu, que ha hablado por los Profetas. El Hijo vino de parte del Padre y nos enseñó la sublime doctrina á nosotros y á los ángeles que habían permanecido fieles. Hé aquí el objeto de nuestro culto y de nuestra adoración".—(*Apol. 2*, p. 56.)

Por donde se ve que los Padres de Nicea abundaban en las mismas ideas, respecto del dogma, que los Padres de la primitiva Iglesia. Ideas sugeridas del Evangelio y de la *Profesión de Fe Apostólica*, fuente de donde emana y se alimenta la Teología.

NOTA 30^a

"En el Concilio de Florencia (1439), se convino por los Padres, tanto de Oriente, como de Occidente, que el Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo, y que por tanto la palabra *Filioque* debía ser conservada".—(Fleury. *Hist. Ecl.*, t. 4.)

En este Concilio fue consagrada la unión de las dos Iglesias, griega y latina; unión que desgraciadamente se rompió después.

NOTA 31^a

San Agustín en su libro de la *Fe y del Símbolo*, advierte: "que era necesario hacer constar en el Credo el nombre de Poncio-Pilato, á fin de que el tiempo de la crucifixión de Jesucristo constare históricamente"

*

Acerca de la cronología cristiana y con relación á la Pasión del Señor, dice Newton:

"Las fechas históricas se acuerdan aquí perfectamente con las demostraciones astronómicas; pues vemos que Tiberio, al principio de su reinado, nombró á Valerio Gratus Gobernador de la Judea, y, once años después, lo substituyó con Poncio Pilato, á quien destituyó después para poner en su lugar á Marcelo. Por virtud de esta revocación, Pilato fue mandado á Roma; pero, á su llegada, ya Tiberio había muerto. Pilato, pues, fue destituido antes del año 36, y la Pasión de Jesucristo tuvo lugar, incontestablemente, antes de esta fecha".—(*Observ. sobre las Profesías de Daniel*.)

*

"Pilato, persuadido de la Resurrección del Señor, escribió acerca de ella á Tiberio, y esta carta movió al Emperador á proponer al Senado que fuera contado Jesucristo en el número de los Dioses. Y no hay lugar á poner en duda este relato, porque Tertuliano lo relaciona con los discursos que él dirigió al Senado y á los Emperadores Romanos, los cuales no tenían sino hacer buscar en los archivos las actas de Pilato".—(Abbadie. *Raison du Christianisme*, t. 12.)

NOTA 32

En el Concilio de Trento (4 de febrero de 1546) el Símbolo quedó redactado de esta manera: "Creo en un solo Dios, Padre, Omnipotente, creador del cielo y de la tierra, y de todo lo visible é invisible; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, y nacido

DE KEMPIS

CÓMO SE DEBE ADQUIRIR LA PAZ, Y CUÁL DEBE SER EL CELO PARA APROVECHAR

Mucha paz pudiéramos gozar, si no nos cuidáramos de los dichos y hechos ajenos, que no están á nuestro cargo.

¿Cómo puede estar mucho tiempo en paz el que se mezcla en cuidados ajenos, y busca ocasiones exteriores, y poco ó rara vez se recoge interiormente?

Bienaventurados los sencillos, porque ellos gozarán mucha paz.

2. ¿Por qué motivo fueron algunos Santos tan perfectos y contemplativos?

Porque procuraron mortificarse totalmente en todo deseo terreno; y por eso pudieron de lo íntimo del corazón unirse á Dios, y ocuparse libremente en sí mismos.

Nosotros nos ocupamos mucho en nuestras pasiones, y atendemos demasiado á las cosas transitorias.

Como rara vez vencemos un vicio perfectamente, y no nos alentamos para aprovechar diariamente, por esto permanecemos tibios y fríos.

3. Si estuviésemos perfectamente muertos á nosotros mismos, y libres de toda interior preocupación, pudiéramos entonces gustar las cosas divinas, y experimentar algo de la contemplación celestial.

El mayor, el único obstáculo consiste en que, estando sometidos á nuestros apetitos y pasiones, no trabajamos por entrar en el camino de los Santos.

Además, cuando se nos ofrece alguna pequeña adversidad, nos desalentamos demasiado pronto, y acudimos á las consolaciones humanas.

4. Si, como varones fuertes, procurásemos permanecer firmes en el combate, veríamos, sin duda, bajar sobre nosotros desde el cielo el auxilio del Señor.

Pues el que nos da ocasiones de pelear, para que salgamos victoriosos, está pronto á ayudar á los que pelean, confiados en su gracia.

Si ciframos el aprovechamiento espiritual en las solas observancias exteriores, presto se acabará nuestra devoción.

Apliquemos, pues, la segur á la raíz, para que, limpios de pasiones, tengamos tranquila el alma.

5. Si cada año desarraigásemos un solo vicio, pronto seríamos perfectos.

Mas, lejos de esto, experimentamos muchas veces, que mejores y más puros éramos al principio de convertidos, que después de muchos años de profesión.

Nuestro fervor y aprovechamiento debiera ir cada día en aumento; mas ahora tiénesse por mucho el conservar alguna parte del fervor primitivo.

Si al principio hiciésemos algún esfuerzo, pudiéramos después hacerlo todo con facilidad y gozo.

6. Duro es renunciar á la costumbre; pero aun más duro es ir contra la propia voluntad.

Mas, si no sabes vencer las cosas pequeñas y fáciles, ¿cómo superarás las dificultosas?

Resiste desde el principio á la inclinación, y abandona toda mala costumbre; no sea que poco á poco te lleve á mayores dificultades.

¡Oh! si supieses cuánta paz te darías á tí mismo, y cuánta alegría causarías á los demás, conduciéndote bien, no dudo que serías más solícito en el aprovechamiento espiritual.

DE LA UTILIDAD DE LAS ADVERSIDADES

Bueno es que de vez en cuando suframos algunos pesares y contratiempos; porque suelen hacer entrar en sí al hombre, y le dan

á conocer que está desterrado, y que no ha de poner su esperanza en cosa alguna de este mundo.

Bueno es que experimentemos á veces contradicciones y que se piense mal ó poco favorablemente de nosotros, aun cuando pensemos y obremos con rectitud. Con frecuencia contribuye esto á hacernos humildes y á defendernos de la vanagloria.

Porque nunca acudimos tan solícitos á Dios, que ve el interior de nuestro corazón, como cuando en lo exterior los hombres nos desprecian y no quieren tenernos en buen concepto.

2. Por esto debería el hombre afirmarse de tal modo en Dios, que no le fuese necesario buscar muchas consolaciones humanas.

Cuando el hombre de buena voluntad está atribulado, ó tentado, ó afligido con malos pensamientos, entonces conoce la mayor necesidad que tiene de Dios, sin cuyo auxilio no puede nada bueno.

Entonces se entristece, gime y ora por las miserias que padece.

Entonces le causa tedio la vida larga, y desea que llegue la muerte: *para verse libre de las ataduras del cuerpo y estar con Cristo* (Philip. I, 23).

Entonces conoce también que en este mundo no puede haber perfecta seguridad ni cumplida paz.

CÓMO SE HA DE RESISTIR Á LAS TENTACIONES

Mientras vivimos en el mundo, no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones.

Por esto, escrito está en el libro de Job: *Tentación es la vida del hombre sobre la tierra* (VII, 1).

Debiéramos, por tanto, estar muy prevenidos contra las tentaciones y velar en oración, para no dar lugar á las asechanzas del demonio, que nunca duerme, pues *anda girando como león rugiente alrededor de nosotros, en busca de presa que devorar* (I Petr. V, 8).

Ninguno hay tan perfecto y santo que no tenga algunas veces tentaciones, y no podemos vernos totalmente libres de ellas.

2. Mas, aunque sean molestas y penosas, no dejan de ser á menudo muy útiles al hombre; porque le humillan, le purifican y enseñan.

Todos los Santos, por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron, y adelantaron.

Y los que no pudieron sostener las tentaciones, se hicieron réprobos y se perdieron.

No hay Orden tan santo, ni lugar tan retirado donde no haya tentaciones y adversidades.

3. No hay hombre del todo seguro de tentaciones mientras viviere; porque, nacidos en la concupiscencia, tenemos en nosotros mismos el germen de ellas.

No bien ha pasado una tentación ó tribulación, cuando ya sobreviene otra; y siempre tendremos algo que padecer, porque perdimos el bien de nuestra felicidad primitiva.

Muchos procuran huir de las tentaciones, y caen en ellas más gravemente.

No se pueden vencer sólo con huirlas; mas, con la paciencia y la verdadera humildad, nos hacemos más fuertes que todos los enemigos.

4. El que tan sólo se contenta con evitar las ocasiones exteriores, sin arrancar el mal de raíz, poco aprovechará; antes bien, las tentaciones le asaltarán con mayor violencia y se hallará peor.

Poco á poco, con paciencia y perseverancia, vencerás (mediante el favor divino) más fácilmente que no con tu propio conato y fatiga.

Toma á menudo consejo de la tentación, y no trates con aspereza al que está tentado; antes procura consolarlo, como tú lo quisieras para tí.

5. El origen de todas las malas tentaciones es la inconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios.

Pues, cual nave sin timón, impelida de una á otra parte por las olas, así el hombre, descuidado é inconstante en sus propósitos, divaga á merced de las tentaciones.

El fuego prueba al hierro, y la tentación al hombre justo.

A veces ignoramos lo que podemos; mas la tentación descubre lo que somos.

Debemos, pues, velar sobre todo al principio de la tentación; porque entonces más fácilmente es vencido el enemigo, cuando no le dejamos pasar de la puerta del alma, y se le resiste al umbral luego que llama.

Por lo cual dijo uno: *Procura atajar el mal desde el principio; porque si se acrecienta con largas dilaciones, tarde llegará el remedio.*

Porque, primero se ofrece al entendimiento sólo el pensamiento sencillo; después la importuna imaginación, luego la delectación y el movimiento desordenado, y el consentimiento.

Y así se introduce poco á poco el maligno espíritu, y se apodera del todo, por no resistirle al principio.

Y cuando más tarde y perezofo fuere uno en resistir, tanto se hace cada día más débil, y el enemigo contra él más fuerte.

6. Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversión, otros, al fin.

Otros, empero, las padecen casi toda su vida.

Algunos son tentados blandamente, según la sabiduría y equidad de la Divina Providencia, que mide el estado y los méritos de los hombres, y todo lo tiene ordenado para la salvación de sus escogidos.

7. Por eso no debemos desconfiar, cuando somos tentados; sino antes rogar á Dios con mayor fervor que se digne ayudarnos en toda tribulación; pues, como dijo el Apóstol: *De la misma tentación nos hará sacar provecho, para que podamos sostenernos* (I. Corint. X, 13).

Humillémonos, pues, bajo la mano poderosa de Dios (I Pet. V, 6), en toda tribulación y tentación, *porque El salvará y exaltará á los humildes de espíritu* (Ps. XXXIII, 19).

8. En las tentaciones y tribulaciones se ve cuánto ha aprovechado el hombre; y en ellas consiste el mayor merecimiento, y se conoce mejor la virtud.

No es de admirar que un hombre sea devoto y fervoroso, cuando no siente pesadumbre; mas, si el tiempo de la adversidad se sobrelleva con paciencia es señal de gran aprovechamiento.

Algunos no se rindeu á grandes tentaciones, y son vencidos á menudo en las menores y cotidianas; para que, humillados, nunca confien de sí en cosas grandes, siendo flacos en las pequeñas.

CÓMO SE DEBEN EVITAR LOS JUICIOS

TRMERARIOS

Pon los ojos en tí mismo, y guárdate de juzgar las acciones de tu prójimo.

Juzgando á los demás, el hombre trabaja en vano, yerra muchas veces, y peca fácilmente; mas, examinándose, y juzgándose á sí mismo, siempre trabaja con fruto.

Ordinariamente, juzgamos de las cosas según las inclinaciones de nuestro corazón; porque el amor propio con facilidad nos quita la rectitud del juicio.

Si Dios fuese siempre el único objeto de nuestros deseos, no nos perturbarían tan presto las contradicciones de nuestra sensualidad.

2. Mas, con frecuencia hay dentro, ó fuera de nosotros, algo que nos arrastra.

Muchos, en lo que hacen, buscan secretamente su propia comodidad, y lo ignoran.

Mientras todo se hace á su voluntad y



Gabinete de Cirugía Dental del Doctor Mortimer Ricardo, Presidente de la Escuela Dental de la Universidad Central de Venezuela

gusto, les parece que están en paz; mas, si en algo se ven contrariados sus deseos, al punto se alteran y entristecen.

Por la diversidad de deseos y opiniones se promueven á menudo discordias entre amigos y vecinos, entre religiosos y personas devotas

3. Con dificultad se abandona la antigua costumbre; y nadie se deja conducir de buena gana contra su propio parecer.

Si en tu razón ó industria te apoyas, más que en la virtud de la sumisión á Jesucristo, rara vez y tarde serás alumbrado; porque Dios quiere que nos sujetemos á El perfectamente, y que nos hagamos superiores á toda razón, inflamados de su amor.

DE LAS OBRAS INSPIRADAS POR LA CARIDAD

Nunca se debe hacer lo que es malo, por ninguna cosa del mundo, ni por amor de hombre alguno; no obstante, puédese libremente dejar de hacer una obra buena, ó sustituirla por otra mejor, en utilidad de algún necesitado.

Porque, de esta suerte, en vez de perder la obra su mérito, cámbiase en otra mejor, en utilidad de algún necesitado.

Sin caridad, de nada aprovechan las obras exteriores: mas lo que se practica por caridad, aunque sea poco y despreciable, se hace todo fructuoso.

Porque Dios atiende más á la intención del que obra, que á la obra misma.

2. Mucho hace el que mucho ama.

Mucho hace el que todo lo hace bien.

Bien hace el que antepone el interés común á su gusto particular.

Muchas veces parece caridad lo que es obra de la carne; porque la inclinación natural, la propia voluntad, la esperanza de la recompensa, y las miras de nuestra utilidad, rara vez nos abandonan.

3. El que tiene verdadera y perfecta caridad, no se busca á sí mismo en cosa alguna; sino que sólo desea que Dios sea glorificado en todas las cosas.

De nadie tiene envidia, porque no ama su propio gusto; ni quiere gozarse en sí mismo, sino en Dios; y desea la bienaventuranza como el mayor de todos los bienes.

A nadie atribuye ningún bien, sino refiérela todo á Dios, del cual, como de fuente, manan todas las cosas, y en quien todos los Santos descansan finalmente con perfecto gozo.

¡Oh, quién tuviese una centella de verdadera caridad! Verdaderamente conocería entonces que todas las cosas terrenales están llenas de vanidad.

CÓMO SE HAN DE SOPORTAR LOS DEFECTOS AJENOS

Lo que no puede un hombre enmendar en sí, ni en los demás, débelo soportar con pa-

ciencia, hasta que Dios lo ordene de otro modo.

Piensa que, tal vez, te está así mejor, para probar tu paciencia, sin la cual no son de mucha estimación nuestros merecimientos.

Con todo, debes pedir, por razón de tales impedimentos, que Dios se digne auxiliarte, para que puedas sobrellevarlos con resignación.

2. Si alguno, amonestado una vez ó dos, no se enmendare, no porfies con él; sino encomiéndalo todo á Dios, que sabe convertir el mal en bien, para que se cumpla su voluntad, y sea glorificado en todos sus siervos.

Procura sufrir con paciencia los defectos y flaquezas de tu prójimo; porque tú también das mucho que sufrir á los demás.

Si no puedes hacerte á tí cual deseas, ¿cómo quieres tener á otro á la medida de tu deseo?

Queremos mucho que los demás sean perfectos, y no nos cuidamos de enmendar nuestras faltas.

3. Queremos que se corrija severamente á los otros, y nosotros no queremos ser corregidos.

Desagrádanos la excesiva condescendencia con los demás, y nosotros no queremos que se nos niegue nada de cuanto pedimos.

Queremos que los demás sean reprimidos con los estatutos, y nosotros no sufrimos que se nos refrene en lo más mínimo.

Así parece claro cuán raras veces amamos al prójimo como á nosotros mismos.

Si todos fuesen perfectos, ¿qué tendríamos entonces que sufrir por Dios de nuestros hermanos?

4. Mas así lo ordenó Dios, para que aprendamos á *comportar las cargas unos de otros* (*Gal. VI, 2*); porque nadie está exento de defectos y molestias; nadie se basta á sí mismo; nadie es bastante sabio para gobernarse por sí solo; sino que es necesario que nos soportemos, consolemos, ayudemos, instruyamos y amonestemos mutuamente.

En la ocasión de la adversidad es cuando mejor se descubre de cuánta virtud sea cada uno.

Porque las ocasiones no hacen al hombre frágil; pero declaran cuál sea su fragilidad.

EL RENACIMIENTO

Y SU INFLUENCIA LITERARIA EN ESPAÑA

Es el Renacimiento un período histórico caracterizado por la universal resurrección que en él se verifica de las formas y de las ideas antiguas. Comenzó imitando: así, Giotto y su escuela copiaban una estatua, un motivo ornamental; pero poco á poco se desligaba el artista de la sujeción al modelo, á medida que lo iba penetrando más. Por eso la resurrección á que nos referimos no fue una mera copia ó servil imitación de modelos más ó menos perfectos, sino que latían en toda ella ideales nuevos, tendencias de libertad y amplitud hasta entonces desconocidas, contradicciones de mera forma unas, de radicales principios otras. Y como sólo de la comparación racional, del examen abierto, de la lucha de ideas, nacen las convicciones arraigadas y los progresos verdaderos, de ahí la excepcional importancia que semejante revolución ofrece para la historia de la cultura.

Universal decimos, fue semejante resurrección, ó lo que es lo mismo, no representó en sus primeros momentos tendencia hostil á instituciones ó sistemas determinados, porque empezó por ser casi exclusivamente formalista. Antigüedad sagrada y profana fue indistintamente objeto de las nuevas investigaciones, y al mismo tiempo que los humanistas y renacientes sacaban á luz á Horacio y á Juvenal, á Propertio y á Tibulo, á Lucrecio y á Ovidio, á Tito Livio y á Lucano, á Luciano y á Xenofonte, publicaban ediciones críticas de Prudencio y Yuvenco, de San Jerónimo y San Cipriano, de San Agustín y Lactancio, de Paulo Osorio y Eusebio de Cesarea, del Nuevo Testamento y de las *Vidas de los Santos Padres*.

Como toda impulsión nueva, trajo consigo el Renacimiento en sus albores, notables y muy varias exageraciones. Sadoletto, Bembo, Buonamico, Pablo Cortés, León X, llevan hasta el extremo su admiración entusiasta por el insuperable decir de Tulio. Policiano recuerda maravillosamente la manera de Ovidio en sus inmortales elegías, y la de Salustio en el *Comentario* acerca de la conjuración de los Pazzi, y el culto de la Antigüedad llegó á tal término, que, al decir de Brenckmann, guardábase en Florencia el famoso ejemplar de las *Pandectas* como depósito sagrado, dentro de una caja de riquísima labor, en el antiguo palacio de la República. Si algún viajero deseaba contemplar el precioso códice, los frailes y magistrados, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano, eran los encargados de mostrárselo. El Cardenal Bembo, secretario de León X, contaba en el Sacro Colegio catorce Cardenales *paganos*; y Bessarion, Príncipe también de la Iglesia, deplorando la muerte de Gemistho Pléthon, le felicita por haber ido á *reunirse con los Dioses del Olimpo, y á celebrar con ellos el coro místico de Iaccho*.

El afán de ilustración era inmenso. Ejemplo curioso de ello ofrece el *Hodieporicon* ó memorias de las aventuras y correrías esco-

lares de Juan Butzbach, y las *Memorias* del profesor é impresor de Basilea Tomás Platter.

La narración de este último es típica, por lo cual vamos á insertar aquí algunos párrafos de la misma:

«Había crecido ya mucho—escribe—para ir por las calles cantando y recogiendo limosna. Me vi, pues, en gran miseria. Vivía en casa de una vieja; ¡sabe Dios el hambre que allí pasé! Cuando nada tenía que comer, rogaba á la vieja que me diese un poco de sal, que echaba en agua hirviendo y bebía luego para calmar el hambre..... Esta desdichada vida duró hasta que entré en casa del Maestro Henrich Werdmuller para enseñar á sus dos hijos. Allí me puse á estudiar en serio. Quería aprender á la vez el latín, el griego y el hebreo. Privábase del sueño, y para no dormir, me llenaba la boca de agua ó de arena que crujía entre los dientes. Sin ayuda de nadie estudié á Luciano y á Homero. En cuanto al hebreo, recibí algunas lecciones de Bibliandro, que había escrito una Gramática hebrea; como era pupilo de Myconio, iba á su casa por la mañana temprano y copiaba su Gramática mientras dormía, cosa que no ha llegado á saber nunca.—Este mismo año, Darmion Irmi, de Basilea, escribió á Pellicano, de Zurich, que marchaba á Venecia, encargándole trajese Biblias en hebreo á bajo precio. Le pidió doce; cada una costaba una *corona*. Yo poseía una *corona*, procedente de la herencia paterna que poco antes había recibido; compré una Biblia y comencé á estudiar. Pronto varios sacerdotes me rogaron les enseñase el hebreo; entre ellos había un anciano de ochenta años.—Vino por entonces á Zurich un joven de Lucerna, Rodolfo Collin, hábil é instruido, de oficio cordelero, que me llevó á Constanza. Una vez que se estableció en esta ciudad y que hubo obtenido el grado de Maestro, supliquéme me enseñase su oficio. Me respondió que no tenía cáñamo. Yo conservaba algún dinero de la herencia de mi madre; compré un quintal de cáñamo y aprendí lo mejor que pude. Pero duraba en mí el amor al estudio, y cuando el maestro creía que dormía, copiaba en secreto sus versiones de Homero. Durante el trabajo tenía siempre al lado á Homero y estudiaba al mismo tiempo que hacía cuerda. Echólo de ver un día, y me dijo:—«Platter, *pluribus intentus minor est ad singula sensus*; estudia ó trabaja.» Cierto día, durante la cena, me preguntó cuál era el primer verso de Píndaro;—

Απρω υπερίω

(El agua es ciertamente lo mejor)

respondí. Bueno (dijo riéndose), sigamos á Píndaro, y puesto que no tenemos vino, bebamos agua..... Trabé amistad con varios estudiantes, que querían que yo recibiese el grado de Doctor y se ofrecían á presentarme á Erasmo, quien me recomendaría al Obispo. Ambos vinieron en efecto á buscarme un día que trabajaba en la plaza de San Pedro, donde ayudaba á hacer una gruesa cuerda; pero sus instancias fueron inútiles, porque yo estaba resuelto á aprender bien mi oficio.»

Pero si ese afán de ilustración era grande, no menos extraordinaria era la agitación de los espíritus, como puede verse en la correspondencia de Erasmo, ni menos considerable la extensión de los conocimientos. La erudición de los humanistas tenía, por punto general, carácter enciclopédico. A la manera que Miguei Angel y Leonardo de Vinci eran, á la vez que pintores, escultores, arquitectos, músicos y poetas, los eruditos del Renacimiento acostumbraban á llevar de frente todas las disciplinas. A la edad de veinticuatro años publica Pico de la Mirándola, en Roma y en las principales ciudades de Italia, sus 900 tesis de *omni re scibili*, desafiando á duelo literario á todos los doctos de su época; y para no hablar más que de nuestra patria, Lebrija, Vives, Fox Morcillo, el Bro-

cense y Arias Montano, son, á la vez que gramáticos y retóricos, matemáticos, físicos, teólogos, políticos, filósofos y astrónomos.

No brillaba ciertamente la moralidad en los palacios de los magnates ni en las Cortes de los poderosos, como lo revelan, entre otros documentos de la época, las interesantes memorias de Benvenuto Cellini, pero muchos rivalizaban en proteger las letras y las artes. Ahí están para demostrarlo los nombres de Alfonso V el Magnánimo de Aragón, Francisco I de Francia, los Viscontes de Milán, los Estes de Ferrara, los Gonzagas de Mantua, León X y los Médicis de Florencia. Juan II de Portugal escribe á Policiano llamándole «*viru peritissimo et amico suo*»; «*honorabile devote dilecte*» llama Carlos V á Erasmo, y Cosme, Pedro y Lorenzo de Médicis favorecen á Marsilio Ficino, regalándole una lindísima casa de campo, rentas eclesiásticas y pensiones. El último de los magnates citados hace donación á Policiano de una *villa* amenísima en la comarca de Fesoli, en cuyo delicioso retiro compone el gran poeta sus bellas elegías *Nutricia* y *Rusticus*. Y ocioso es hablar del favor dispensado á los artistas.

* **

Conviene distinguir, sin embargo, cuando de los humanistas del Renacimiento se trata, la que ha recibido el nombre de falange meridional, la de los Vallas, Policianos, Bembo, Sadoletto y Fracastorio, de la septentrional, principalmente representada por Erasmo, Agrícola, Reuchlin, Ulrico de Hutten, Santiago Locher, Conrado Celtes y Eobano Hesso. Empleando una comparación, cabría decir que median entre ambas direcciones relación y diferencia análogas á las que existen entre los dos grandes artistas Alberto Durero y Rafael de Urbino. Gusta el primero de lo abstracto y de lo filosófico, pero hay cierta exageración en los rasgos típicos de sus personajes; fáltale la gracia—dice Michiels—y todos sus cuadros «recuerdan al viejo bárbaro de las hordas germánicas». Más ideal el segundo, sabe imprimir en sus creaciones el sello de sobrenatural pureza y encantadora sublimidad que las caracteriza. Pues, otro tanto acontece respecto de las dos direcciones del Humanismo á que nos referimos; la septentrional profesa un culto menos devoto de la forma que la italiana, busca más bien la idea, detiéndose más en las cosas, y cuando lucha muestra menos arte, menos astucia, pero más energía y mayor rudeza que la segunda. En suma, como ha dicho muy bien el señor Menéndez y Pelayo, el Renacimiento en Italia y España es más artístico; en los países del Norte más batallador y agresivo.

* **

El Renacimiento del helenismo comienza verdaderamente en Italia en el siglo XIV, y tiene su principal foco en Florencia, á donde Palla Strozzi hizo ir en 1396 á Manuel Chrysoloras, «padre—advierte A. Didot—de toda una generación de helenistas». Después, Nápoles con Alfonso V de Aragón, Ferrara con los Estes, Mantua con los Gonzagas y Venecia con Aldo Manucio, continúan la obra y contribuyen poderosamente al esplendor del Renacimiento.

No es esto decir que el comercio intelectual entre griegos y latinos hubiese cesado por completo con el establecimiento de los bárbaros sobre las ruinas del Imperio de Occidente. La cultura hispano-goda; la que tanto resplandeció en la corte de los Hohensauftaen—Federico II y Manfredo de Sicilia;—el movimiento literario de Irlanda en los siglos VI, VII y VIII; el de la corte de Carlo Magno, y el de la de Alfonso el Sabio de Castilla, bastarían para certificarnos de lo contrario, pero preciso es reconocer que semejante comercio no pasaba de una superficialidad deficiente.

«Los hombres de la Edad Media—escribe Pedro de Nolhac en su hermoso libro sobre



EN ASAMBLEA. — Por H. Torau

Petrarca—han leído y copiado con frecuencia, sin duda, las obras paganas; pero ninguno de ellos conoció más que un corto número de las mismas, y ninguno tampoco las llegó á comprender por completo. Los maestros de gramática han tomado en los autores ejemplos para la enseñanza técnica, los teólogos ó los filósofos les han copiado textos en apoyo de un sistema; ninguno ha penetrado ni aun ilegado á sospechar la naturaleza del espíritu antiguo. Ciertos italianos, á la verdad, han conservado con veneración el recuerdo de los grandes escritores de Roma, desfigurado en la leyenda popular y tan vago aún en los literatos. Brunetto Latini es del número de estos discípulos instintivos de la antigüedad. Dante, sobre todo, por el respeto que demuestra á los maestros de Grecia y Roma, la mayor parte de los cuales no son más que un nombre para él, «reconoce en ellos los eternos educadores de la humanidad» (Gebhart); pero ¡qué de confusiones y de errores en la visión del pasado por Latini ó por Dante, y cuán incompleta es su información! Aun los escritores cuya erudición es más vasta, un Albertano de Brescia, por ejemplo, no hacen más que amontonar citas, frecuentemente mal colocadas, ó desfiguradas por la interpretación de que son objeto. Es preciso que nuestro poeta aparezca, para que se produzca un movimiento duradero y un ilustrado retorno á los Antiguos.

Por eso M. Arturo Piaget observa con fundamento que es un error, por lo que á Francia respecta, hablar de un *renacimiento* y de un *primer humanismo* en tiempo de Carlos V. El humanismo se caracteriza por haber reanimado la inteligencia y el sentimiento de la belleza antigua, y esto es de lo que no tuvieron idea los traductores del siglo XIV. Los Príncipes y señores que les encomendaban trabajos, no iban guiados por el sentimiento artístico, sino por el deseo de instruirse y de instruir á los demás en las verdades contenidas en los libros latinos y reservadas hasta entonces á los clérigos.

* * *

Pero había cierto peligro en esa insaciable curiosidad de lo antiguo que tan generalmente se despertó en el siglo XV, y era el de que no salieran bien libradas altas y seculares instituciones, porque del menosprecio de la forma á la censura de la idea va menos distancia de lo que á primera vista parece, así como va muy poca también del enaltecimiento absurdo del símbolo á la irracional mistificación de lo representado.

Muy luego pudo echarse de ver la realidad del peligro en aquella celebrísima corte literaria que á los Médicis rodeaba en Florencia. «A la vez que el racionalismo místico de Ficino, de Pico y de sus amigos y concurrentes al palacio de los Médicis—manifesta Berti Domenico,—instaurábase en las letras el politeísmo, que pronto degeneró en un materialismo asqueroso. Los más ilustres literatos, sacerdotes, profesores de la Universidad, hombres de Estado, mancharon sus escritos con todo género de suciedades. Antonio Beccatelli, llamado *el Panormita*, publicaba, con el título de *Hermaphrodita*, una colección de poesías latinas obscenísimas, que dedicaba á Cosme, padre de la patria. Juan Pontano, que tuvo tanta parte en el gobierno de Nápoles, escribía versos que no cedían en lascivia al *Hermaphrodita*. Hacíanles coro Francisco Filelfo, con sus sátiras y su libro *De iocis et seriis*, y Poggio Bracciolini, su antagonista, con sus *Facetiae*. Venían luégo Landino con su *Xandra*, Policiano con otros de menor cuantía, y á corta distancia Lorenzo el Magnífico con sus *Canti carnascialeschi*.

De Gemistho Plethon cuenta Jorge de Trebisonda, en su *Comparatio Platonis et Aristotelis*, haberle oído decir en Florencia que no pasarían muchos años sin que todos los hombres adoptaran de común acuerdo y con idéntica inclinación una sola religión, luégo que recibieran la instrucción elemental de sus principios. Añade que, preguntado Plethon si esa religión de que hablaba sería la de Cristo ó la de Mahoma, respondió el sabio

humanista: «Ni ésta ni aquélla, sino una tercera que apenas se distinguirá del paganismo».

Filelfo y el mismo Trapezuncio, escribían al Sultán de Turquía elevándole hasta las nubes y aclamándole libertador del mundo, enviado por Dios para reunir la humanidad entera bajo su cetro. De Policiano refiere Manlio, que hacía más aprecio de las odas de Píndaro que de los salmos de David, y que aborrecía sobre todo la lectura del Breviario, hasta el extremo de declarar en cierta ocasión: «Helo leído una sola vez, y jamás he perdido el tiempo de peor manera». Razón semejante, es á saber, el hablar mal del Breviario y el criticar el latín de los Evangelios, fue una de las que motivaron el proceso formado por la inquisición al Brocense.

Análogas tendencias se descubren en el humanismo septentrional. Conocidos son los anatemas fulminados contra Erasmo por sus adversarios, á causa de haber censurado aquél á los Papas «*qui et silentio Christum sinunt abolere, et quaestuariis legibus alligant, et coactis interpretationibus adulterant, et pestilente vita iugulant*», hablado mal de los frailes, condenado el celibato de los clérigos, y expuesto no muy católicas doctrinas acerca de la confesión auricular, el culto de los santos y de las imágenes, las indulgencias, etc., etc. Ulrico de Hutten, ó sus adeptos, escriben las inmortales *Cartas de los hombres obscuros—Epistolae obscurorum virorum*,—y en ellas presentan al clero torpe, vicioso, materialista y sensual, orgullosos de sus títulos académicos, pero ignorante, grosero y enemigo declarado de los amantes de la antigüedad clásica. Y no es para olvidada la original figura de aquel Pedro Luder, sacerdote y humanista alemán, instaurador en su patria de los nuevos estudios. Pobre como un escolar, de inalterable buen humor y devotísimo de Baco y de Venus, era Luder poco rigorista en materias de religión. Cuéntase de él que, habiendo tenido noticia en Basilea de que los teólogos querían denunciarle co-

mo hereje porque dudaba de la Trinidad, dijo que antes que dejarse tostar, creería, si se lo pidieran, hasta en la divinidad cuadruple.

Aun el mismo Cardenal Sadoletto, Secretario de León X, parece coincidir con el fundamento de las censuras, cuando, defendiendo á la Iglesia romana, decía en su carta á los calvinistas de Ginebra: «*Odisse forsitan personas nostras potestis (si id ab Evangelio conceditur), doctrinam certè et fidem habere odio non debetis, scriptum est enim: Quae dicunt, facite*», palabras estas últimas que Cristo aplicó á los fariseos.

Tales eran los principales caracteres de la revolución literaria que repercutió en España durante el reinado de los Reyes Católicos, y fue representada en primer término por el insigne Elio Antonio de Lebrija, quien después de amantarse por espacio de dos lustros á los pechos del Renacimiento italiano, volvió á su patria con ánimo de desterrar la barbarie antigua y sustituir los Perottis y los Pastranas por nuevos y más científicos trabajos, empresa para cuya realización fue alentado por el ilustre don Alonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla.

II

No obstante, antes de tal época se había señalado entre los españoles muchos y muy importantes precursores de aquel movimiento.

Merced á los trabajos de A. Jourdain, ha sido apreciada la importancia histórica del famoso colegio de traductores que reunió en torno suyo el gran Canciller de Castilla y Arzobispo de Toledo, don Raimundo, de 1130 á 1150. A la cabeza de ese colegio estaba el arcediano Domingo Gundisalvo, y allí mismo trabajaron Miguel Escoto—primer introductor de Averroes entre los latinos,—Hermann el Alemán, Gerardo de Cremona, Alfredo Morlay, judíos como Juan Hispatense, y Andrés—auxiliar de Miguel Escoto—con otros varios. Como ha dicho Ernesto Renan: «la introducción de los textos árabes en los estudios occidentales, divide la historia científica y filosófica de la Edad Media, en dos épocas perfectamente distintas»; ahora bien, al colegio de traductores toledanos se debe principalmente esta obra memorable.

Los nombres de San Isidoro de Sevilla, del Arzobispo don Rodrigo, de don Alonso el Sabio y de don Juan Manuel, son buena prueba de que la tradición clásica no se había interrumpido entre nosotros, siquiera en los tres últimos predominara la corriente oriental.

Figura inolvidable en la historia de los albores de nuestro Renacimiento es la del gran Maestro de San Juan de Jerusalén, Fray Juan Fernández de Heredia, el autor de *La grant cronica de Espanya* y de *La grant cronica de los conquieridores*. Gracias á la solicitud de este ilustre prócer, la *Historia* de Eutropio, las *Vidas* de Plutarco, y otros importantes textos, fueron traducidos de los originales en dialecto aragonés. La *Société de l'Orient latin* ha publicado recientemente la *Crónica de Morea*, compilada por orden del mismo Fray Juan Fernández de Heredia.

El estudio de nuestras Bibliotecas medioevales—apenas iniciado—y el de la literatura de nuestros Cancioneros, habrían de arrojar mucha luz acerca de los orígenes del Renacimiento.

En ciertos recibos dados por don Alonso el Sabio al Monasterio de Santa María de Nájera y Cabildo de Albelda, en Santo Domingo de la Calzada, á 22 de febrero de la Era de 1308, reconoce el Monarca haber recibido en préstamo de los referidos Monasterios: — «Las ediciones de Donato, Statio de Tebas, el Catálogo de los Reyes Godos, el Libro Juzgo de ellos, Boecio de Consolación, un Libro de Justicia, Prudencio, Georgicas de Virgilio, Ovidio, Epístolas, La Historia de los Reyes é de Isidro el Menor, otro Donato, el Barbarisio, Bocolicas de Virgilio, Liber illustrium

virorum, Preciano Mayor, Boecio sobre los diez Predicamentos, el Comento de Cicerón sobre el sueño de Scipión». Dice que se le prestaron además otros libros: «el uno de ellos es el libro de los Cánones, é el otro el de Esidoro de Etymologías, é el otro el libro de Casiano de las Collaciones de los Santos Padres, é el otro el Lucano».

Hojeando los inventarios de las Bibliotecas de don Enrique de Villena, del Marqués de Santillana, de los Condes de Haro, del Duque de Béjar, de los Condes de Benavente, de Bafres, del Duque de Calabria, y sobre todo los de las librerías del Príncipe de Viana y de Isabel la Católica, se comprende cómo paulatinamente se fue acentuando el caudal de los elementos de instrucción en España y preparándose la era del Renacimiento. Ya el Príncipe de Viana posee á Demóstenes, Cicerón, Aristóteles, Justino, César, Elio Lampridio, Nonio Marcelo, Tito Livio (en epítome), Plinio, Tácito, Quinto Curcio, Diógenes, Laercio, Quintiliano, Plutarco, Séneca—que apenas falta en ninguna Biblioteca medioeval,—Valerio Máximo y hasta «*Los evangelis en grech*» y «*Un alfabet en grech*».

La Corte de don Juan II de Castilla es el preámbulo inolvidable del Renacimiento español. Cierta es que, á excepción quizá de Alonso de Cartagena y de don Enrique de Aragón, ningún otro de los literatos de aquella época llegó á tener conocimiento del idioma griego; pero tampoco Dante ni Petrarca pudieron leer jamás á Platón ni á Homero sino en versiones latinas. En cambio, este último idioma era conocido con relativa perfección, y por tal medio se lograba tener noticia de las obras de la antigüedad clásica. Así, Pedro Díaz de Toledo traducía el *Axioco*, el *Fedro* y el *Fedon* y recordaba los argumentos de Sócrates para exhortar al desprecio de la muerte y á la condenación del suicidio en el *Razonamiento que hizo sobre la muerte del Marqués de Santillana*. Así este insigne prócer tenía en su Biblioteca las *Etiocas* de Aristóteles y podía disfrutar á Homero, Laercio, Tito Livio, Lucano, Macrobio, Valerio Máximo, Eutropio, Floro, Virgilio, Horacio, Ovidio, Terencio, Estacio Papinio, Claudiano, Séneca, Plinio, Salustio, Suetonio, César, Cicerón, Quintiliano, Invenal, Frontino, Casiodoro, Boecio, Dante, Petrarca, Aretino, Boccaccio, etc., si no en sus originales en versiones, pues el Marqués era de los que *caresciendo de las formas, eran contentos de las materias*; y así también don Enrique de Aragón poseía, entre otros autores, á Platón, Xenofonte, Hipócrates, Catulo, Apuleyo, Aulo Gelio, Justino y Vegecio. El mismo don Enrique de Villena traducía á Virgilio, Pero López de Ayala á Tito Livio, y Fernán Pérez de Guzmán y Mosén Diego de Valera se esforzaban por recordar en sus escritos la manera de Salustio y de Tácito.

En los poetas que figuran en los numerosos Cancioneros españoles del siglo xv y principios del xvi obsérvase claramente el prurito de mostrarse competentes en el clasicismo, para lo cual á cada paso traen en sus versos recuerdos de la antigüedad. Ahí están Juan de Andújar, Diego del Castillo, Juan de Tapia, Carvajal, Juan de Mena y el Marqués de Santillana, en el Cancionero de Lope de Estúñiga; Alfonso Alvarez de Villa Sandino, Fray Lope del Monte, Diego Martínez de Medina y Micer Francisco Imperial, en el de Baena; Hernán Pérez de Guzmán, Gómez Manrique, Diego de Burgos, Jerónimo de Artés y Garcí Sánchez de Badajoz, en el de Hernando del Castillo (1511), que no nos dejarán mentir, para no mencionar otros muchos.

Late en muchos libros, opúsculos y discursos escritos durante el siglo xv, un anhelo de clasicismo, un deseo de resucitar la majestad de pensamiento y la belleza formal de las obras antiguas, que revelan á las claras la proximidad de una nueva etapa de civiliza-

ción. Juan de Lucena, familiar de Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), en su *Libro de Vida Beata*; el Condestable don Pedro de Portugal, hijo del Infante don Pedro, en su *Sátira de felice é infelice vida*, y en su preciosa *Tragedia de la Reyna Isabel*; el doctor Pedro Díaz de Toledo en su *Diálogo é razonamiento en la muerte del Marqués de Santillana*; el poeta Rodríguez de la Cámara ó del Padrón en todas sus obras, y muchos otros literarios del siglo xv, demuestran la afirmación precedente.

* * *

De la importancia que llegó á atribuirse por entonces al estudio del latín, como un medio de penetrar los secretos de buena parte de la antigüedad clásica, nos certifica Gracia Dei en su curioso tratado: *Orianza é virtuosa doctrina, dedicada á la Reyna Isabel*. Allí escribe:

«Entré una sala do ví enseñar todos los pages á vn grand maestro, por que fuese cada vno diestro de ser enseñado y saber enseñar en leer, escriuir, tañer y cantar, dançar y nadar, luchar, esgrimir arco y ballesta, Uatinar y dezir, xedrez y pelota saber bien jugar».

Y Juan de Lucena, en su *Epístola á Fernand Alvarez Zapata*, dice: — «El que latín non sabe, asno se debe llamar de dos pies», añadiendo empero: — «Ca sólo latín non és más saber que saber otra lengua, lo cual non solamente los omes, que aun las aves lo saben, papagayos, cuervos, picas, tordos, malvises, linerudos y todas las aves que tienen lenguas redondas hablarán latín, y aun greco, si les muestran».

¡Qué dolor tan profundo y tan sencillo el de algunos de estos estudiosos del siglo xv cuando observan su ignorancia de los idiomas clásicos y la insuficiencia de los romances para expresar con galanura su pensamiento! Por eso, cuando hablan vulgarmente, todo lo latinizan ó procuran latinizarlo: vocablos, giros, sintaxis.

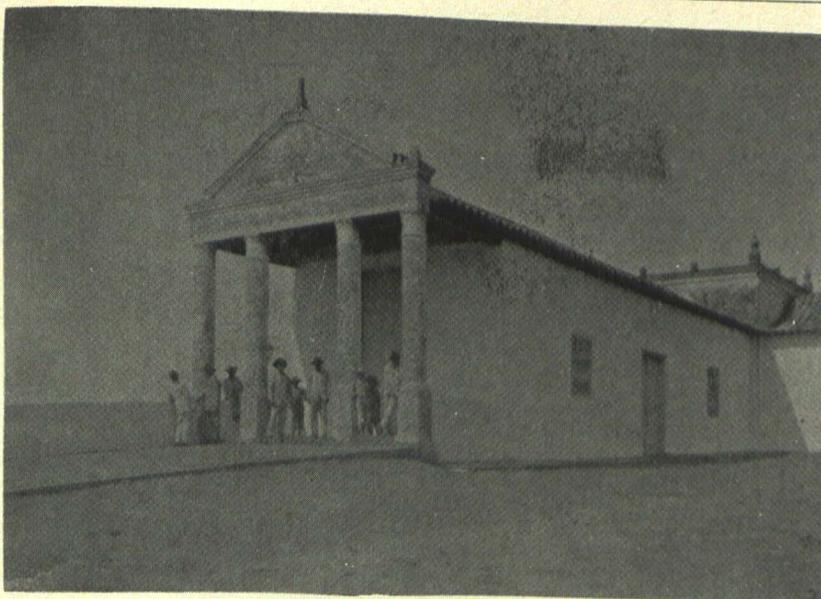
Es típico, y da á conocer con bastante exactitud el carácter de la época, el siguiente trozo del *Libro de Vida Beata*, compuesto en Roma por Juan de Lucena:

«EL OBISPO (1). Nuestra lengua primera bárbara; fecha romana después, al guarismo se es tornada: si cerca es del latín, lexos es ya del palacio: palabra latina no se fabla de gala, y por desfrazo góticos, hahes letronizados de un palmo se scriuen. Nosotros, señor Marqués, no vayamos tras el tiempo; forcemos tornar el tiempo á nos otros; fablemos romance perfecto, y do será menester, fablemos latino: qui lo entiende, lo entienda; el otro quede por necio: murmuración invidiosa no temamos, y grosera redargución tengamos en poco: la una se roe royendo, y de grossa la otra, rebienta.

EL MARQUÉS (2). Bien veo, reverendo Padre, que por mi ocasión t'esfuerzas romanar lo que apenas latino se pronuncia. Nascio en Grecia la philosophia. Sócrates la llamo del cielo. Después de Sócrates, el tiempo que Bruto liberó á Roma, Pithagoras la sembró por Italia. Tú agora trasplántasla en España. ¡Beata ella, felice Castilla! Para ella nasciste quando nasciste, no para tí solamente. Tú de cauallería, de re publica, de fe cristiana escreuiste vulgar, y las obras famosas del moral Séneca nuestro vulgarizaste. Si con Johan de Mena fablares á solas, latino sermón razonarías. Yo lo sé. ¡O me misero! Cuando me veo defectuoso de letras latinas, de los hijos de los hombres me cuento, mas no de los hombres. Fablar'te, pues, como supiere. Do errare, enmienda, y suple do vieres mi mengua».

Vivió á fines del siglo xv un singular per-

(1) Don Alonso de Cartagena.
(2) De Santillana.

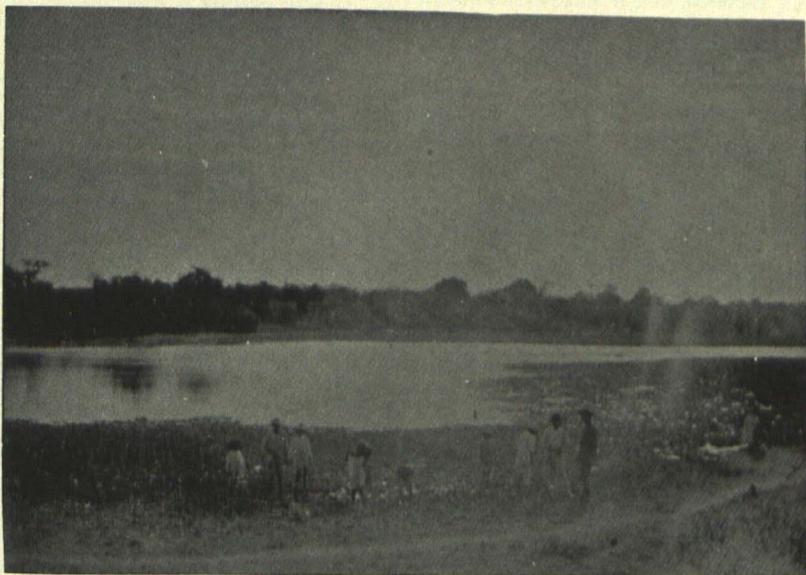


Capilla de San José — Valle de la Pascua

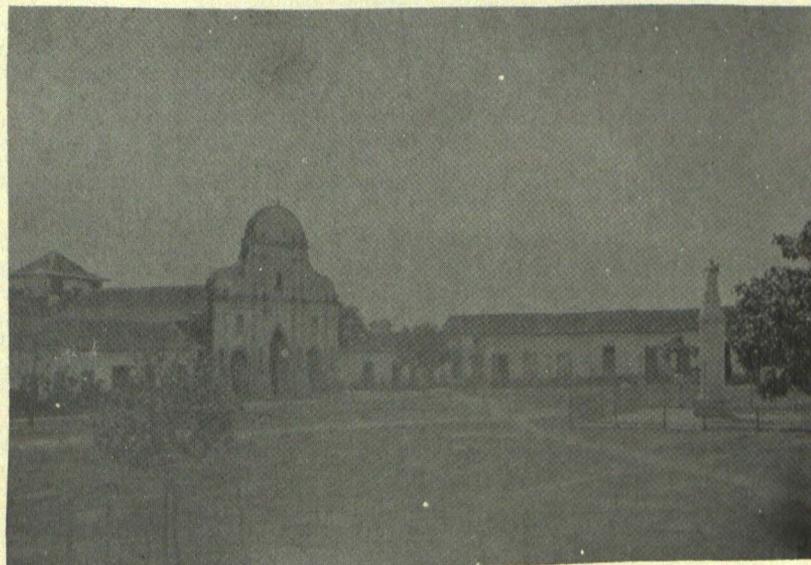
sonaje, del cual apenas se tienen más noticias que las que á continuación damos. Llamóse el doctor Ferrant Núñez, y fue del Consejo Real y médico del Duque del Infantado. A este magnate dedicó dos curiosos opúsculos, todavía inéditos, rotulado el uno: *Prohemio e declaracion del verdadero nombre de amor, intitulado al tractado de amiçicia*; y el otro: *Principio et introduction a un excelente tractado de la bienaventurança*. En el preámbulo del primero se lamenta de ejercitar su balbuciente lengua «en este vulgar, que pierde el dulçor de la eloquencia et en que ningún buen stillo se puede tomar como en la sacra lengua latina». En el segundo tratado, su confesión es más ingenua; terminando—no sin gran esfuerzo—el prefacio, dice á su protector:—«Et ante que comience, crea uestra señoría que con tan grand pena se escriue en romance, que non puede ser cosa más penosa e de mayor trabajo».

* **

En la corte de Alfonso V el Magnánimo, es donde mejor se echa de ver la transcendencia y significación de la reacción novísima; allí sorprendió á los entendidos la universal sabiduría de un Fernando de Córdoba; maravi-



Laguna del Pueblo — Valle de la Pascua



Templo y Plaza de Valle de la Pascua. — Fotografías de Avril

lló á los doctos la ilustración de un Príncipe de Viana; encantó á los cultos la discreción de un Eneas Silvio; regocijaron á los maldicientes las maliciosas agudezas de los Panormitanos, Trapezuncios, Vallas, Filelfos y Poggios, y pudo disfrutarse de los entusiasmos metafísicos de los Gazas y Bessariones. De aquella Corte, que rivaliza en esplendor con las de los Médicis y León X, en las que brillaron los Ficinos, Landinos, Policianos, Pulcis, Bombos, Sadoletos, Pomponazzis y Jovios, arrancan poderosos impulsos de nuestra cultura renaciente.

Algún tanto remisa anduvo España, sin duda alguna, en obedecer á la tendencia por el Humanismo representada, y preciso es reconocer también que una vez instaurado el último en nuestra patria—á lo cual no contribuyeron poco los trabajos de los erasmistas—todavía hubo rutinarios de aquellos perezosos é indolentes, de quienes dijo el Brocense «que aún después de descubierto el uso del trigo, continuaron alimentándose con bellotas, por no dejar los hábitos antiguos». Pero con creces indemnizó luego aquel retraso durante el siglo XVI, cual lo demuestra esa gloriosísima falange de filólogos, historiadores, filósofos, teólogos, juriconsultos y li-

teratos, entre los cuales baste rememorar, aparte de Vives, á Lebrija, el Pinciano, Juan Ginés de Sepúlveda, Luis de la Cadena, Juan de Vergara, los Valdés, Melchor Cano, Cardillo de Villalpando el Brocense, Luisa Siggea, Pedro Juan Núñez, Fox Morcillo, Arias Montano, Gouvea, Juan Gélida, Matamoros, Pedro de la Rúa, Simón Abril, Páez de Castro (el cronista de Felipe II), Francisco Sánchez, Antonio Agustín, y mil más que sería ocioso mencionar aquí.

Después, ese movimiento cambió de rumbo, y en vez de llegar á la restauración del verdadero espíritu antiguo para lograr vivir la vida de aquellos pueblos que de modo tan superior la comprendieron, se trocó en una imitación estrictamente formal y en materia de curiosidad erudita. En tal sentido, la historia del Renacimiento, como la de los grandes hechos en general, enseña que ninguna evolución se realiza por completo en un momento dado, y que es en vano dar por terminada la obra de las revoluciones, cuando los ideales que representan encierran soluciones totales de la vida.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTIN.

Madrid—1902.

SUETOS EDITORIALES

EN LA REAL LEGACIÓN ESPAÑOLA

El día 17 del mes próximo pasado, señalado como el de la mayoría de S. M. don Alfonso XIII y su juramento como Monarca constitucional de España, ante las Cortes del Reino, la Real Legación acreditada ante el Gobierno de Venezuela, abrió sus salones para dar acogida en brillante recepción á los altos funcionarios y á distinguidos representantes de nuestra culta sociedad.

Un espléndido banquete fue ofrecido por la Plenipotenciaria Española; y en el concierto que ofreció el señor Andrés Antón, en el local de la Legación, tuvimos oportunidad de notar la presencia del Primer Magistrado, los Ministros del Ejecutivo, las personas del Cuerpo Diplomático, las damas esposas de estos caballeros y selecta y numerosa concurrencia de nuestras más salientes personalidades sociales.

El Excelentísimo señor Ministro de España, la muy distinguida señora Gaitán de Ayala y el señor Secretario de la Legación, hicieron los honores de aquella mansión y del festival, con la selecta cultura y exquisita amabilidad que los distingue.

Todo fue digno, bajo las banderas de la Madre Patria y de la joven República, del memorable día en que, ante el Congreso y el Pueblo españoles, un vástago ilustre de la gloriosa estirpe de Fernando é Isabel promete á la faz de las naciones ser fiel á las tradiciones esclarecidas de su abolengo y de su raza; promesa que si exalta las esperanzas de la gran patria un día señora de la tierra, también interesa á los que llevamos en las venas sangre nobilísima de los que han colocado en cumbres esplendorosas su planta de conquistadores y de héroes, de hidalgos y paladines.

Sea ese día resurgimiento de las espléndidas é inmortales venturas de la noble España y reciban sus representantes en Venezuela la renovación de nuestros atentos cumplidos.

JOSEFINA RODRÍGUEZ SABOGAL

Otra alma de niña ha subido á las empíreas regiones.

Contaba apenas diez y siete años y le sonreían las hermosas halagüeñas ilusiones de la adolescencia, cuando cruel é inesperada enfermedad, contra la que fueron impotentes los recursos científicos y las solicitudes del afecto, la arrebató de la tierra, en donde como las rosas, "vivió tan sólo una mañana". Realizando la ficción de la leyenda, la tierra la devolvió á los cielos que la habían prestado.

Sus funerales fueron dignos de lo que es debido á la virtud, al candor, á la amarga despedida eterna de los seres caros á la vida. Sus compañeras, las alumnas del Colegio de las Reverendas Hermanas de la Caridad, damas pertenecientes á distinguidas familias y numerosa concurrencia de caballeros formaron el séquito fúnebre.

Los oficios religiosos revistieron la solemne pompa del culto católico; se celebró misa de cuerpo presente, con acompañamiento de voces de tenor, bajo y barítono; y cubrían el féretro las copiosas y artísticas ofrendas que tributaron el cariño y la ternura.

Tomamos participación en la pena de sus hermanos y deudos, á quienes enviamos nuestra condolencia, en especial al señor Simón L. Mendoza, que fue su tutor, y á las Reverendas Hermanas, sus maestras.

LA DISENTERÍA Y SUS COMPLICACIONES EN VENEZUELA

El de estas líneas es el título de la tesis que el joven bachiller Felipe Guevara Rojas, cursante de Medicina y Cirujía en la Universidad Central, ha presentado al Jurado de la Facultad respectiva, para optar al Doctorado en la mencionada ciencia.

El asunto de este trabajo y la manera como lo ha tratado, en opinión de las personas versadas en la materia, el nuevo facultativo, le prestan notable interés, digno de las más laudables recomendaciones.

El Gobierno universitario, al acoger este fruto de la consagración, del estudio y de las aptitudes del Doctor Guevara Rojas, dispuso eximirlo de los derechos de exámenes clínicos y de grado, en justicia y consideración á los méritos sobresalientes que han distinguido al autor en su carrera escolar y "al grande interés que encierra" el trabajo á que nos referimos.

Junto con nuestras congratulaciones, muy cordiales al nuevo académico por la brillante coronación de sus estudios, váyanle nuestros votos de reconocimiento por la galante dedicatoria que nos ha hecho de su obra.

Nuestro colaborador Alejandro Fernández García nos ha traído las siguientes líneas:

LOS ESPEJISMOS DEL SEÑOR VALDEMAR

Por casualidad ha caído en mis manos un periódico literario de Mérida, titulado *La Revista*, en donde al hablarse del señor Tulio Febres Cordero, leo estas frases firmadas por el señor Abelardo Valdemar.

«Alejandro Fernández García, el enfermo cincelador de «*Oro de Alquimia*,» al enumerar los nombres de los cuentistas venezolanos, se olvidó de este eminente cuentista de los Andes, quizás por no ser éste de la *comunidad literaria establecida en Caracas*, la cual formada fue por unos cuantos escritores que, á pesar de ser personas de renombre en el campo de las letras, conservan un *egoísmo azás chocante* y la ridícula pretensión de pasar por los maestros del Arte en Venezuela.»

Al escribir el artículo en cuestión, sólo escogí un número muy reducido de cuentistas, por considerarlos, sin hipérbole, como los maestros del cuento en Venezuela. De citar todos los que en este bendito país han escrito cuentos, con más ó menos fortuna, hubiera tenido que escribir un voluminoso infolio en colaboración con Landaeta Rosales, dado el curiosísimo caso, de que aquí los escritores como los generales nacen silvestres, ó como muy bien dice nuestro chispeante Núñez de Cáceres, se encuentran por toneladas en las esquinas. Creo pues, que no haya motivo para disgustarse conmigo ningún escritor de cuentos, por el hecho de no haberlo citado en el grupo de los que no vacilo en llamar «Maestros.» Quizás con el tiempo, puedan añadirse algunos nombres más á ese grupo de elegidos,—y así lo deseo para gloria de nuestra literatura—de los escritores que hoy hacen sus primeros pinitos en el campo de las letras patrias. En nada ha privado en mi ánimo, al omitir el nombre del señor Febres Cordero

en mi artículo, que no pertenezca dicho señor á la *comunidad literaria* establecida por nosotros en Caracas. Por desgracia, señor Valdemar, esta decantada «comunidad» no existe. Apenas somos amigos dos ó tres. No he visto cosa, después de las pasiones políticas, que separe más á los corazones, que la Literatura. No en vano tiene nombre de mujer. Yo le aconsejaría, señor Valdemar, la lectura del bello y doloroso artículo en que mi admirado y querido amigo Pedro—Emilio Coll, cantó los funerales de nuestra cacareada «Oligarquía literaria.» (*) Ya ve, pues, señor Valdemar, que ha sido un espejismo de su imaginación, acaso producido por la distancia desde donde nos mira y juzga, de que aquí en Caracas exista semejante oligarquía. Hace mucho tiempo que ha muerto. Y en cuanto á nuestro *egoísmo azás chocante*, es otro espejismo del señor Valdemar. No seríamos buenos artistas si no amáramos el arte en dondequiera que él apareciese. Y así se explican esas amistades lejanas que casi todos nosotros conservamos en nuestro propio país y en el extranjero. Creo que no hay hora más hermosa para el alma de un verdadero artista, que aquella en que contempla la flor de un bello talento hasta entonces ignorado. De esas horas felices quisiera tener muchas, y en estos últimos tiempos he tenido algunas, leyendo los versos y las prosas de muchas firmas nuevas, entre las cuales me es placentero citar las de Juan Duzán, Eduardo Carreño, Alejandro Carías, y Hernández H. y Semprun, estos dos últimos de Maracaibo. Del mismo modo desearía para tener una satisfacción más, que tanto el señor Valdemar, como el señor Febres Cordero, logran criar la rosa azul en su jardín intelectual.

Dejo, pues, así desvanecidos, los espejismos del señor Valdemar.

A. F. G.

Caracas: 1902.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

«*Flores de Sepulcro*.»—Recuerdo del primer aniversario del fallecimiento de la señora Isabel Teresa Pimentel de Marvez.

Horizontes, número 40, cuyo sumario es el siguiente:

Aldea lombarda—Manuel Díaz Rodríguez; Noche de luna—B. Tavera-Acosta; Símbolo—H. Machado; La última melodía—Pedro Felipe Escalona; A Salvador Rueda—Agosto Méndez; Hoja de album—Juan B. Araujo; La virgencita rubia—D. A. Blanco; Al Dr. Agosto Méndez—Federico S. Villena; Guayana (Continuación)—Luis Aristeguieta Grillet; Adultera—Arturo Reyes; Cristóbal Colón—J. M. Arroyo; Don Leopoldo Gómez Izassi—Juan M. Sucre; A S. . . .—J. M. Núñez; Días sin sol—José Gil Fortoul; Carta abierta—M. Gutiérrez Nájera; Actas y Correspondencia—Juan de Dios Méndez, hijo; Ecos y Notas.

El Base Ball, semanario de sport número 1. Redactor: Emerito Argudin.

El criterio de una Eva, diálogo filosófico por J. Gabriel Machado ex-catedrático de Filosofía del Colegio de Guayana.

Discursos pronunciados por el doctor R. Villanueva Mata al prestar el Juramento como Presidente de la Cámara de Diputados y al clausurar las sesiones—Año de 1902.

Oda—En la exaltación al trono de Su Majestad don Alfonso XIII, por Domingo Garbán—Caracas 1902.

Damos las gracias á los señores remitentes.

(*) En el próximo número de EL COJO ILUSTRADO se insertará.

NUESTROS GRABADOS

Los dos hermanos

CUADRO DE P. JAZET

Ambos partieron del lugar aldeano, del hogar ignorado y humilde; y ahora vuelven al lado de los buenos viejos, de quienes fueron esperanza y amor. Y así como al marcharse, el uno, juicioso, manso y sumiso, fué hacia la ciudad académica, adusta y claustral, y el otro, alegre, vivaz é inquieto, se dirigió tarareando aires marciales hacia la llanura y la montaña, que cruzaban y trepaban los batallones en campaña, hoy regresan también por distintas entradas del poblacho, siempre humilde y tímido el antiguo acólito ahora tonsurado, siempre risueño y parlanchín el garrido mancebo ahora ceñido de espada y dormán. Dentro del modesto aposento, bajo el mismo techo sin duda por infinitas plegarias santificado, en las eternas noches de insomnio de la piadosa viejecita, ha colocado el artista, en sencilla y conmovedora contraposición, los símbolos del destino humano; hijos de un mismo amor, amamantados á un mismo seno, el uno formado en la severa escuela de la virtud austera, del deber sañudo, de la vida vista al través del cristal de la tristeza ascética y contemplativa; y crecido el otro en la ruda y varia vida del batallar ruidoso y sanguinario, en que si es sombrío, también es alto y glorioso el deber y comienza en la tierra la promesa de la eterna ventura, naciendo en las cumbres del poder y de la gloria. Días tristes y melancólicos de antifonas y de plegarias aguardan al uno, en tanto que acaso horas no más, en que no haya tiempo sino para pronunciar alguna síntesis heroica ó para exhalar un grito inmortal, acechan al otro, desde el fondo péfido y cruel de los oráculos que lo desconocido pronuncia cada instante sobre la existencia de los que vienen á la tierra á morir por la patria y por la gloria. La visión consoladora de una muerte plácida, prometedora de inacabable ventura, se arrebujá bajo las fúnebres hopas del levita; y la mueca trágica de una agonía cruel y despiadada se mofa de la vida, bajo los brillantes galones del conscripto de Marte; en tanto que, como en un solo vuelo, las alas del materno corazón oscilan con el mismo ritmo de caricias y de mimos para aquel que el Sumo Dios de los creyentes acogerá en su piedad infinita y para aquel que quizá parta de la tierra arrebatado por la ráfaga colérica de una maldición homicida!

El Hogar

Fue dicho que de la mancha de una horrenda culpa, caída sobre el armiño de la primera inocencia, nacieron como de una laceria cancherosa las vegetaciones del dolor; y que ante el horror de su progreso homicida, fueron prometidos rescate y salvación. Los símbolos no han mentido: el artista que ha fijado en líneas y colores toda la leyenda, bajo la santa infabilidad de *El Hogar*, ha querido recordarnos toda esa historia humana, en cuyas interlíneas ha escrito el dedo misterioso el eterno nombre que Pascal veía enlazado al milagro de los mundos: Ella! La que fue penada por su culpa, en su sér y en sus frutos; á la que fue prometida la efusión dulcificadora de su amargura; la que debía saber cuándo fuese promovido su destino del Edén, en sus amores de novia, en sus deliquios de esposa, en el alto ministerio de la maternidad. Ella está en verdad cuando habla del cielo, porque lo forma bajo un techo que la naturaleza misma hace inviolable, con sus querubes que son potestades y dominaciones de amor; reina de la eterna creación, en cuya diadema fulgura la estrella de la primer mañana; vaso de devoción capaz de contener las letanías y las plegarias de todos los arrobamientos; flor de ternura en cuya corola han caído todos los besos; arca en donde van salvas en alianza

las promesas y las esperanzas; último refugio de los acosados por la vida; eminente cúpula de amor erguida sobre el tumulto de los naufragios mundanales, más allá de las regiones en donde zumba la tormenta y explotan las tempestades; indemne de todos los fragores, arriba de la altura que rasgan los rayos.

En el jardín

La escena pertenece al cuadro anterior, como un retazo de la vida íntima y dulce del hogar, desprendido del regazo de la madre, para irse bajo el follaje y entre las flores, en donde gorjean las aves y voltean las mariposas, hermanas de la niñez, poéticas y perfumadas iniciadoras del amor en la penumbra de las frondas, al borde de los nidos, y bajo los esplendores de la luz, sobre la lámina de los pétalos.

Las mismas emociones tiernas y cariñosas han movido los pinceles de los artistas que traen á la brutalidad de la vida estas páginas que piden tregua y que imploran, como las congojas del poeta:

Déjame ser bueno!

"Cotín mitad"

Sin duda: la vida tiene horas de infinita delicia, que valen por toda la amargura de la terrena existencia; y tan inenarrables, que las bendiciones mismas que sobre ellas cayesen con suavidad de amor, bastarían á profanar su santidad. ¿Qué pluma sería sabia á describir ante ese cuadro el poema de la edad primera? qué ritmo sería tan dulce y cándido como la contemplación misma de esa exquisita actitud tierna? ni en qué páginas se escribiría la historia, ya extraña para la tierra, de esos tenues y miriádicos acacimientos de ensueño, de quimeras, de visiones, que ahora nos parecen idos muy lejos, como si en el principio de la vida se hubiesen verificado por el conjuro misterioso y caritativo de un genio amable, el genio de los niños, que todavía se los hubiese traído al planeta como los últimos juguetes que tuvieron en el cielo, antes de caerse sobre este duro abismo?—No solamente van marchándose las inefables leyendas para que los que tramontamos la cuesta de la existencia, sino que van desapareciendo también de los anales de la vida colectiva: este furor de los intereses contemporáneos en delirio y en pelea, se hace fronterizo del delito y ya no queda ni rincón inviolable de edad y de hogar que no sea pisado brutalmente por los competidores encallecidos y rabiosos en esta pugna implacable de la ambición y del odio; y témesese que próximas generaciones se hallen de pronto en plena lid y plena vida, sin haber sabido en sus horas de inocencia y de candor nada de lo que para nosotros fueron esos mundos tan cercanos á los cielos, que creíamos fácil al poder de la nodriza el alcance de la luna. En esta pedrea incontestable de afañes pudiera preguntarse con terror:—¿jugarán los niños de mañana?.....

La esclava

A la alta antigüedad artística y gloriosa, Babilonia, Seleucia y Nínive; al viejo misterioso Egipto; á la Grecia de las maravillas y á la Roma prepotente, puede oponer la Edad Media, con justo orgullo, el portentoso esplendor del Imperio Musulmán, durante los días de siglos en que estuvieron abatidas todas las grandezas sobre el planeta.

Aquellos hijos del desierto, que por el alfanje y por el Corán soterraron los tronos y cautivaron potestades; aquellos formidables discípulos del Profeta, que trajeron á la obra de dominio los ardores de su patria arábiga, las visiones de sus arenales, los espejismos de sus horizontes, y las leyendas ismaelitas, el dolor de Agar, el culto de la *Caaba* y el amor de Fátima, fueron propicios al mundo en la hora suprema de las universales transiciones. Califas, imanes y emires, jeques y abencerrajes, señalaron las lindes de su colosal

imperio con las siluetas de sus mezquitas, desde cuyos vértices vigilaba el ojo tremulante de los ajimeces y gritaba cada hora de los vésperos la voz doliente y salmódica del muezzin: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta!» Desde las murallas de China, corridos por las llanuras del Oronte y por los valles del Líbano, llegados á las playas del grande Océano y á las riberas del Mediterráneo, hasta los pies del Pirineo, el Ganjes y el Jordán sagrados, la inviolable Benarés de los misterios indicos, y Bagdag, Jerusalem y Samarcanda, Córdoba, Toledo, Sevilla y Granada, proclaman la suma gloria esplendorosa que supieron dar al mundo Omars y Abderrhamanes, Boabdiles y Mohamedes, Gomeles y Zegríes, conquistadores y caudillos, soldados é industriales, comentaristas de Aristóteles y secuaces de Averroes.

Aman los historiadores pintar aquella vida y aquel mundo en los que se desarrollaban escenas como las que ofrece nuestro grabado, en el misterio poético de algunos palacios maravillosos, adonde llevaban las cautivas para servir á los deleites del señor, en mansiones cuyos jardines y fuentes y salones quedan todavía en las leyendas de Alí, como un encantamiento de las *Mil y una noches*.

Uno de nuestros compatriotas eminentes ha escrito: «La España cristiana se ha honrado en todos tiempos con el esplendor y la gloria de los califas omniadas. El Silense, el arzobispo don Rodrigo han hecho justicia al mérito de Abderraman y de otros. Noroña, si bien con poca fortuna, celebró esa raza ilustre; Marsilio no sólo sirve de tema á los poemas caballescicos de Puci, Bayardo, Ariosto, sino á infinitos romances llenos de gentileza y gracia.»

Chateaubriand se asombraba, aun después de su viaje á Oriente, de la soberbia y maravillosa Alhambra, en donde los encajes de su arquitectura parecen engarzarse á la fronda de los naranjos y de los granados; y un hálito sensual mezclado con sutil aroma religioso y vaho guerrero, percibía Mr. de Laborde «en ese claustro de amor en que están trazadas las aventuras de los Abencerrajes, retiro en que habitaban juntos el placer y la crueldad, y en que el rey moro hacía caer frecuentemente en la fuente de mármol la cabeza encantadora que acababa de acariciar.»

Esclavas que llevan nombres que suenan al canto erótico y guerrero de los hijos del Yemen: *Miryam, Aischa y Maryem*, Safos, Aspasias y Corinas de los alcázares incomparables, venidas de los confines del Kurdistán, ó vírgenes arrebatadas á la custodia del astur avasallado.

Hacienda Quintero

En la montaña llamada del Altar se anuda la cordillera de los Andes con la de la Costa y ambos sistemas demarcan, entre las líneas de sus cerros, teraces y riquísimos valles, entre los cuales se distingue el de San Felipe. En éste, que produce café, cacao, frutos menores y excelentes pastos y que posee algunos minerales, se halla situada la finca cuya vista reproducimos y que es una de las que embellecen las cercanías de la actual capital del Estado Yaracuy, capital también del distrito de su mismo nombre.

En Asamblea

CUADRO DE H. TORAU

Uno de nuestros colaboradores hacía votos cierta ocasión porque entre los jóvenes escritores que representan la actual generación literaria é intelectual, exhibiese alguno las dotes de tacto discreto y fino ingenio indispensables á la transcripción siquiera, en los moldes tradicionales, de las fábulas infantiles que hicieron inolvidable nuestra niñez y frescamente venturosos los días del hogar paterno, con el encanto inimitable de los relatos candorosos del *Tío Conejo*. El cuadro de Torau, sin duda habrá de refrescar los tiernos recuerdos de esas cándidas veladas en el umbral favorito, en no-

ches serenas y apacibles pobladas de hadas y áves milagrosas, de encantamientos y maravillas, de viajes portentosos y escenas lengendarias, fantásticos mundos estrellados, palpitanes de dulces regocijos á las francas vibraciones de carcajadas de niños, iluminados por las miradas atónitas de admiración de tanta pupila inocente. Acaso esos artistas de este otro género piadoso ignoran qué punzantes nostalgias se agitan en el fondo del espíritu, proscrito del país de ingenuidad, cuando relatan en sus lienzos la vieja historia de nuestra patria infantil, ya desaparecida!.....

Habana

El monumento de Alvear, el acueducto del mismo nombre, que es el del ingeniero constructor, la calle de Acosta y el observatorio de Belén, pertenecen al álbum de la capital cubana, que hoy, como metrópoli de la nueva República, es una fecunda promesa puesta en las vecindades de las repúblicas del Centro y Sud América, á todas las solicitudes de la actividad honrada, de las aspiraciones leales, y que sin duda tendrán brillante realización en tierra de Martí, si un permanente y sostenido consejo de cordura y de prudencia alienta el ánimo de los nobles y heroicos hijos de la Perla del Caribe.

También de la isla de Puerto Rico presentamos la reproducción de una vista de la Hacienda Borinquen.

Taller dental

DEL DOCTOR MORTIMER RICARDO

Una larga y sostenida reputación, numerosa y escogida clientela y veinte años de ejercicio profesional entre nosotros, hacen innecesarias las recomendaciones que merece la consagración de este caballero, laborioso y modesto.

Por la cultura de sus modales, por sus condiciones de carácter y por su conducta, el señor Ricardo se ha hecho un puesto de estimación y aprecio en nuestra sociedad, en cuyo seno ha formado una familia distinguida y digna de las más deferentes consideraciones.

Hoy ejerce la Presidencia de la Facultad Dental en la Universidad.

Parisiñas

Hace algún tiempo venimos publicando los retratos de las numerosas representantes del París femenino y artístico, cuya legión llena brillantemente el mundo galante de la metrópoli moderna, y por ella á toda Europa. Estrellas del arte, bohemias del espíritu, ninguna de esas exquisitas flores de belleza é ingenio, nacidas en todos los jardines del Viejo y Nuevo Continente, alcanza á exhibirse á la contemplación universal sino desde el maravilloso invernáculo del París fascinador y brillante, espiritual y vertiginoso.

Agregamos á nuestras reproducciones el retrato de Luisa Granjean, artista de la Academia nacional de Génova.

Val'e de la Pascua

Nuestras vistas de este número, la Capilla de San José, el Templo y la Plaza y la Laguna del pueblo de La Pascua, son continuación de las que comenzamos á publicar en el número anterior, pertenecientes á las bellas perspectivas y paisajes de las regiones del Tuy, y que ha tomado nuestro amigo el señor Avril.

SECCION RECREATIVA

El cultivo de las flores

El matiz de la corola ha de darnos preciosas indicaciones para proceder en concordancia con la misma naturaleza en lo que atañe al cultivo de las plantas de adorno dotadas de bellas flores.

Lo que constituye la belleza y ornamento de las flores no es un mero capricho del azar, ni tiene por exclusivo ni siquiera, por principal ob-

jeto revestir, al vegetal de atavíos espléndidos y hermosos. Todos estos brillantes accidentes de la vegetación que tanto atraen nuestra atención por la riqueza de detalles y colores, corresponden á muy delicados fines y designios del orden natural y se hallan subordinados, no á meros objetos de adorno, sino al más perfecto cumplimiento de las leyes que presiden las funciones vegetativas en especial las que se relacionan con la reproducción de la especie. El matiz de una corola es, por lo mismo, el color específico, el color que corresponde y conviene á la planta para sus fines.

El cultivo de las plantas de adorno debe ser en gran parte presidido por las indicaciones que puede proporcionarnos la corola. Las corolas azules y violadas indican que las correspondientes plantas, deben ser cultivadas en parajes sombríos y poco expuestos á los rayos directos del sol. Las corolas de colores subidos blancas, amarillas y rojas requieren sitios expuestos al sol, requieren mucha luz, para que con ella pueda ser suplida la escasa actividad química de las corolas que ostentan aquellos colores. Las corolas variegadas, con matices correspondientes á los dos grupos indicados, exigen términos medios en lo que se refiere á la insolación del terreno donde se implanten. De cambiar y alterar estas exigencias de la planta, que en la naturaleza se desarrolla en aquellos parajes que mejor le convienen, puede resultar marcado perjuicio en el sentido de su perspectiva. Las plantas con corolas monopétalas, más ó menos á campanadas, inclinadas hacia el suelo, requieren terrenos húmedos y sombríos. Las plantas que presentan sus corolas abiertas, erguidas y expuestas á toda intemperie requieren también terrenos abiertos, despejados, expuestos al sol y á las inclemencias. Las plantas de corolas personadas ó casi tal, como labiadas, leguminosas, escifulariaceas, aman en general, la acción directa y sin atenuantes de la luz solar. Esta es, después de la humedad, el elemento más indispensable á la vida, incremento y perfecto desarrollo de la vegetación.

El sauco

Arbusto ó arbolillo de la familia de las *Sambucáceas* ó *caprifoliáceas*. Crece espontáneo en varias comarcas del norte de España y en otros puntos de Europa. Sus flores ó sumidades floridas, se emplean para enriquecer ó comunicar cierto aroma á algunos vinos naturales destinados á remedar otros vinos de marca. El fruto de esta planta que tiene la forma de baya esférica, negra, jugosa y pequeña, ha tenido y sigue teniendo grandes aplicaciones por razón de la mucha proporción de materia colorante azul que contiene y se aplica principalmente en la coloración de los vinos de escaso cuerpo y desprovistos de materia colorante roja. Estas bayas, tanto secas como recientes han sido en determinadas ocasiones muy solicitadas por los grandes comerciantes en vinos, hasta el extremo de haberse pagado las bayas secas á 400 bolveres el quintal. Hoy día se expenden á precios más reducidos aunque en realidad lo suficientemente elevados para que la explotación de este artículo pueda resultar ventajosa.

El zumo de bayas de sauco lo mismo que su extracto presenta color azulado según acontece con la mayor parte de los colores vegetales que vulgarmente se califican de negros. Para avivar el color de este zumo y comunicarle un tinte rojizo ó vinoso, conviene ponerlo bajo la acción modificante de un ácido, siendo para este caso preferibles los ácidos orgánicos, como el tartárico y el cítrico.

Cuando los zumos ó extractos de bayas de sauco se aplican á la coloración de los vinos, algunas veces no es necesario acidificarlos toda vez que el vino lleva con frecuencia suficientes principios ácidos que cumplen por entero este designio.

Las bayas de sauco que deben cogerse muy maduras se secan en parajes poco expuestos á la humedad, que tiende á facilitar su fermentación.

El sauco se desarrolla mejor junto á las corrientes de las aguas.

El genio de un crustaceo.

La vivacidad de la tortuga es completamente intelectual. Es un animal sagaz y de espíritu perfeccionable.

El profesor Yerkes encerró una tortuga en una caja que había transformado en laberinto por medio de tabiques: formaban éstos cámaras sucesivas, y adrede había dispuesto sin simetría las puertas de cada una de ellas. La disposición era tal, que para ir del primer cuarto de la izquierda al último de la derecha, que era su cuarto de dormir, la tortuga tenía que recorrer un camino cuya forma era la de una W. Los primeros ensayos fueron laboriosos: el animal erró en todo sentido, en un dominio tan estrecho, durante 35 minutos antes de llegar á su cuarto. En la segunda prueba hizo el viaje en 15 minutos; en la tercera en 5 m.; en la cuarta en 3 m. $\frac{3}{4}$, y sin equivocarse más que una sola vez de camino. Desde entonces no tuvo más que vacunaciones, que muy pronto desaparecieron. El vigésimo viaje duró 3 m. 45 s.; el trigésimo 3 m. 40 s.; el quincuagésimo 3 m. 30 s. Entonces se complicó el laberinto agregándose callejones sin salida. La tortuga cayó prontamente en la trampa y estuvo una hora tanteando. Pero á la décima prueba llegó al cabo de 16 minutos, después en 4 y luego en 3. Parece que estos 3 minutos son el tiempo mínimo que ella puede emplear para llegar al término. No quiere decir ésto que pierde el tiempo en vanas reflexiones. Su genio, por el contrario, ha adquirido una seguridad y decisión sorprendentes. Pero, desgraciadamente, Dios no la ha hecho para las carreras de velocidad.

Pintura al huevo

Los escritores de la época del Renacimiento nos hablan de la *pintura al huevo*, como de un procedimiento generalmente conocido y de ordinario empleado en aquella fecha y en otras más remotas. Era simplemente un procedimiento que tenía por objeto amasar los colores, destinados á la pintura, con la clara del huevo, en reemplazo del aceite, del agua, de la cola, etc. Se destinaba, en especial, á la pintura de cuadros y objetos delicados, toda vez que empleado en la decoración de superficies de alguna extensión no podía menos de resultar algo dispendioso. En realidad tienen, tanto la yema como la clara del huevo, propiedades insustituibles para comunicar á la pintura cierto brillo y tersura que en vano se buscan en las producciones actuales.

Bajo este concepto, pueden tener aplicación las dos porciones líquidas de que se compone el huevo tanto separadamente como en conjunto. Los colores pueden mezclarse con la yema solamente ó con la clara ó bien con las dos substancias á la vez. La yema comunica á la masa del color una suavidad especial y una completa uniformidad y la clara la reviste de brillo y de consistencia adecuada para que pueda aplicarse con el más cumplido resultado. Tienen además la ventaja, en virtud de su viscosidad, de admitir á toda suerte de colores cualquiera que sea su composición y origen.

A pesar de las indiscutibles ventajas que dejamos apuntadas, tiene el huevo, en sus aplicaciones á las artes pictóricas, un pequeño inconveniente, que, por otra parte, es susceptible de evitar en algunos casos. Uno de los elementos componentes de la yema es el azufre. Este tiene la propiedad de atacar las substancias de origen metálico, y entre ellas se cuentan gran número de materias colorantes empleadas en la pintura. El azufre que contiene el huevo puede alterar con el tiempo algunos colores cambiando los matices en sentido generalmente más obscuro. Los colores á base de mercurio, plomo, plata, cobre, y arsénico, pueden ser en parte descompuestos por la acción del azufre de dicha procedencia. Si, no obstante, se tiene la precaución de hacer que la pintura se seque rápidamente y en paraje bien aireado, la alteración puede resultar insensible ó nula.

El Específico

de la

Tuberculosis.

De todas las especialidades farmacéuticas conocidas ninguna es tan agradable al paladar, tan indispensable á la salud y de reputación tan sólida como la Emulsión de Scott.

Ningún medicamento la aventaja en eficacia. La fama de que goza tan mercedamente no ha sido disputada por ninguna otra sustancia farmacológica; los médicos de todo el mundo la preconizan como el más excelente agente terapéutico contra la tuberculosis, la escrófula, el raquitismo, el linfatismo y todas las enfermedades que reducen el organismo á la miseria fisiológica. La

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y Sosa

casi puede decirse y no sin razón que es el específico de la tuberculosis, especialmente cuando se usa á tiempo. Tales son sus admirables resultados en esta común enfermedad.

Exíjase la legítima.

De venta en las Boticas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

7 A

Preparación de perfumes naturales

Tomando violetas secas, cuyo olor es quizá el que menos se parece al de la flor fresca, y poniéndolas en diez veces su volumen de agua, se les añaden sustancias capaces de impedir las fermentaciones parasitarias, tales como los cloruros sódico y minio, el sulfato ferroso y el sublimado corrosivo, y después se añade la sustancia capaz de producir el perfume, que proviene de las reacciones autógenas que se ejercen entre las sustancias constitutivas de la misma planta.

No olvidarse de que hoy día no sólo se falsifican los cigarrillos y los vinos, sino también los medicamentos. La legítima "Emulsión de Scott" lleva por marca un "hombre con un bacalao á cuestras."

Señores Scott y Bowne.

Nueva York.

Muy señores míos: Hace algunos años recomiendo en mi práctica médica el uso de la Emulsión que ustedes preparan. La eficacia de este remedio es notoria é inmediata en todas las manifestaciones de la diatesis escrofulosa, á saber: infartos ganglionares, corisa crónica, oftalmías, granulaciones de la faringe, etc., en la tuberculosis pulmonar, en el raquitismo y en general en todas las enfermedades que determinan en el sistema deterioros orgánicos y decadencia de los poderes vitales. Su incontestable utilidad da un lugar preferente frente los agentes terapéuticos para las afecciones de que he hablado.

Soy de ustedes atento servidor,

DR. JOSÉ MANUEL DE LOS RÍOS.

Caracas, Venezuela.

Medio práctico para reconocer la adición de alcohol en los vinos

Se vierte una pequeña porción del vino sospechoso sobre la palma de la mano y se extiende entre las dos manos frotando con alguna suavidad por espacio de unos 8 segundos. Acercando luego las dos manos á la nariz se percibe un olor vinoso en que no predomina el olor de sustancia alguna determinada si el vino no tiene alcohol libre. Si lo tiene se siente perfectamente el olor característico del alcohol.

El cerdo y los Rothschild

No hay hombre, por escéptico que sea, que no tenga una superstición.

Los Rothschild tienen y cultivan desde hace porción de años una muy extravagante que ha llegado á constituir una especie de canon en la casa.

Cuando un Rothschild ve un cerdo al ir á la oficina, no hace absolutamente ningún negocio financiero aquel día.

En cierta ocasión el jefe de la casa quiso dominar aquella debilidad, y para demostrarse á sí mismo que la superstición era ridícula, concluyó un empréstito importantísimo un día en que había visto un cerdo al ir á la oficina.

El negocio le costó á la casa una pérdida de quinientos mil bolívares.

Es poco poético. Pero por lo visto el cerdo viene á ser para los Rothschild algo parecido á la Dama Blanca para los Hohenzollern.

El Rey de Siam y el Apóstol San Pablo

Una americana, de nombre Miss Anna Harriett Leonowens, que ejerció durante seis años el cargo de ama de llaves en la corte de Siam, refiere en sus *Recuerdos* recientemente publicados una interesante conversación que tuvo un día con el Rey.

Este preguntó:

—¿Ha comprendido usted, Miss Leonowens, el sentido de la palabra *caridad* en el capítulo XIII de la primera epístola de San Pablo á los Corintios: «Aunque hable todas las lenguas de los hombres y aun de los ángeles, si no tengo caridad, seré como el bronce que resuena ó como un címbalo que repercute»? ¿Comprende usted en particular el sentido del versículo 3: «Aunque distribuya todos mis bienes para alimento de los pobres y entregue mi cuerpo para ser quemado, si no tengo caridad, de nada me servirá todo eso»?

—«Oh sí—respondió Miss Leonowens bastante desconcertada—sí, Majestad, creo haber comprendido el sentido de ese capítulo. Es un magnífico elogio de la caridad cristiana. En cuanto al versículo 3, contiene sin duda una alusión á un uso de ese tiempo.

«El Apóstol San Pablo cree que la mayor prueba de abandono que puede dar el hombre después de una vida de abstinencia, consiste en hacer quemar su cadáver después de la muerte. Todo eso es muy bello y muy sencillo.

—«No soy de vuestra opinión—respondió el monarca recorriendo á paso largo su biblioteca.—Ese texto me parece menos claro de

lo que usted cree. San Pablo ha debido referirse, al escribir ese capítulo, á la palabra budista «*matri*», que se traduce por caridad, y hace, según me parece, alusión muy clara á un uso muy antiguo que existe todavía en ciertas partes de la China, de Ceylan y de Siam. Los budistas fervientes de estos países consideran como acto de abnegación suprema la orden dada por un moribundo de entregar su cuerpo á las llamas.

«Abandonar sus bienes á los pobres» como lo recomienda San Pablo en el mismo capítulo, se ve frecuentemente entre nosotros—prosiguió el Rey de Siam.—Conozco gran número de budistas ricos que han distribuido sus bienes á los indigentes sin reservarse el menor *kauri*, y que han vivido miserablemente de la caridad pública. Sí, conozco un hombre de sangre real que ha dado al mundo este ejemplo de sublime abnegación. Desde su juventud tuvo una sola pasión: aliviar los males de los pobres y de los enfermos. Nadie recuerda haberlo visto reír nunca; llevaba en su corazón todos los sufrimientos de la humanidad. Un día reunió todos sus bienes, que eran inmensos, los distribuyó á los mendigos y en seguida entró á un convento. Este hombre no ha leído ni una sola línea de la Epístola á los Corintios; pero conoce la palabra budista «*matri*» y ha practicado esta virtud hasta el supremo sacrificio.

«Hace sesenta y cinco años que el santo de quien os hablo practicó este acto magnífico. Tenía entonces treinta. No he conocido más ferviente «cristiano» que este discípulo de Boudha: es bueno, puro, generoso, magnánimo.

«Antes de hacerse monje, se entregó por algún tiempo con pasión al oficio de jardinero. Cultivaba plantas con las cuales hacía remedios maravillosos, y de esa manera hizo innumerables curaciones. Un enfermo á quien le había dado la salud le robó un día la mayor parte de sus instrumentos aratorios, por lo cual nuestro piadoso jardinero sintió inmensa tristeza, pero no dirigió al culpable ni una sola palabra de reproche. Algunos días después encontró al Rey, su pariente, quien le preguntó si tenía necesidad de algo. «Sí—respondió el santo—necesito instrumentos aratorios». El Rey se sonrió é hizo enviar á su pariente gran profusión de rastrillos, palas y azadas. El ermitaño escogió los mejores y los envió á la casa del que lo había robado.

«Durante los sesenta y cinco años que ha vivido en el convento, ha sido la admiración de todos los que le rodean. Hoy es el jefe espiritual de mi Reino y el arbitrio religioso de Siam. Su modestia, bondad y piedad son legendarias y no han sido un solo instante desmentidas en el curso de su larga carrera. Este hombre se precipitaría entre las llamas, si creyera poder salvar de ese modo algún hermano desgraciado. . . .»

Diez y ocho meses habían transcurrido desde esta conversación, cuando una noche el Rey de Siam hizo llamar precipitadamente á Miss Leonowens. Un paje debía acompañarla. Muy inquieta, Miss Leonowens siguió á su compañero por la larga avenida de cocoteros que termina en el templo de Bangkok. Al pie de las gradas, el paje le suplicó que esperase un instante y penetró en uno de los numerosos conventos que rodean el inmenso santuario. Miss Leonowens, cada vez más inquieta, contemplaba la luna ascender en el horizonte, tratando de adivinar la naturaleza del espectáculo que el Rey deseaba mostrarle á esa avanzada hora. Al fin, un joven apareció en el umbral de un convento. Vestía una larga túnica blanca con pliegues flotantes. Tenía en la mano derecha una azucena y en la izquierda un cirio encendido. Con la cabeza le indicó á Miss Leonowens que lo siguiera. Ella obedeció, y recorrió un laberinto de estrechos corredores. De pronto, llegó á sus oídos un ruido confuso y reconoció los himnos de la liturgia budista cantados en coro por voces de hombres. La profunda obscuridad



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullié

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los
primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

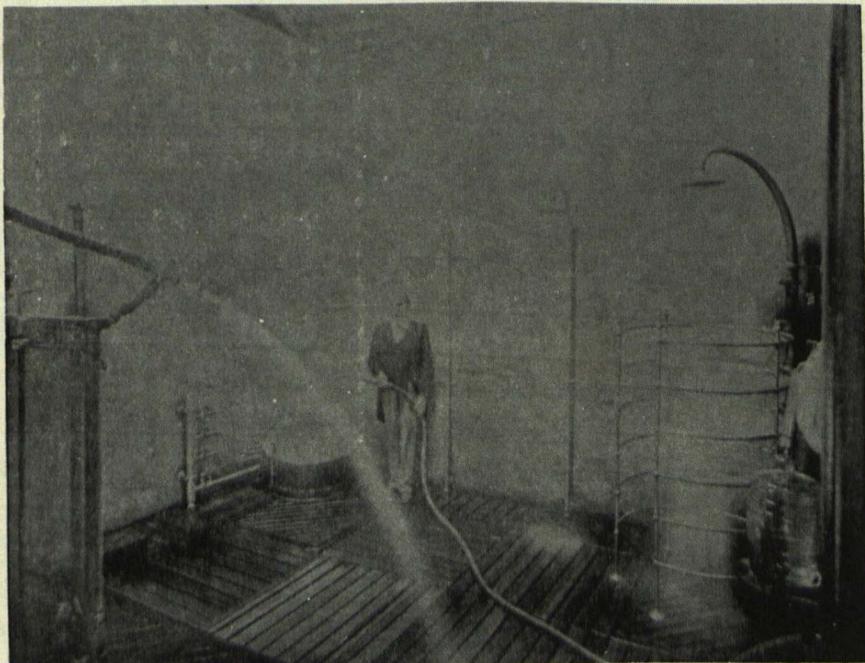
Precio en toda Venezuela :
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIÉ es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

BAÑOS HIDROTERAPICOS

Baños de todos los sistemas: ducha, regadera, círculo, asiento, dorsal
SITUADOS DETRAS DE SANTA INES

Agua fría á 4 atmósferas de presión



A este importante Establecimiento, fundado por el Doctor Dubreuil según todas las prescripciones científicas, se le han hecho convenientes modificaciones en el sentido de proporcionar mayores comodidades, tanto á los bañistas que allí concurren por prescripciones médicas, como á los que van sólo por placer.

El baño es indispensable para la buena salud.

Y los baños de placer son siempre beneficiosos.

Precios módicos. Se aceptan abonos desde 10 hasta 100 baños, con descuentos de consideración.

Hay 2 departamentos separados: uno para caballeros; y otro para familias, servido por una señora.

Propietario, E. A. RENDILES.

en que caminaba, el singular aparato del personaje que la precedía y el lúgubre rumor que oía á lo lejos, empezaban á obrar fuertemente en su ánimo.

En el umbral de una celda, el gufa de Miss Leonowens se detuvo y suplicó á su compañera que quitara el calzado de sus pies; en seguida, la introdujo en un cuartico sin

muebles, alumbrado sólo por algunos cirios. El Rey avanzó á su encuentro y la hizo sentar á su lado en un banco de madera. Entonces un espectáculo extraño y trágico se ofreció á los ojos de Miss Leonowens. Sobre un estrecho jergón agonizaba un monje. Una larga túnica de tela gruesa cubría su flaquísimo cuerpo; tenía las manos cruzadas

sobre el pecho y los pies fuera de la túnica y del jergón. La falta absoluta de cabello y de ceja aumentaban la extrañeza de su mirada dirigida fijamente hacia el techo.

Aunque conservaba entera posesión de sus facultades, el moribundo no desvió la vista para considerar la persona que acababa de entrar. Sus labios murmuraban una oración y parecía que conversaba ya con el cielo. Setenta y cinco monjes rodeaban su lecho, y todos tenían en la mano una azucena, símbolo de la pureza y de la fe. De tiempo en tiempo, uno de los asistentes se ponía de pie y salmodiaba la oración de los agonizantes repetida en coro por toda la comunidad.

Una sonrisa angelical brilló en los labios del moribundo. Este hombre, que había poseído inmensas riquezas y que hubiera podido saborear todos los placeres de la tierra, pero que había renunciado á esas miserias para acercarse á su Dios, llegaba por fin al término de sus penas y al objeto de sus deseos. Entreveía la muerte como un rescate y con el corazón inflamado de agradecimiento y de fe, volaba al encuentro del instante supremo. Siempre sonreído, murmuró: «Recomiendo los pobres á la benevolencia de Su Majestad y entrego á las llamas lo que quede de mi cuerpo».

Después su respiración fue más penosa y más precipitada: no obstante, tuvo fuerzas para volverse hacia el Rey y exclamar: «Ahora, me voy». Al oír estas palabras, los monjes entonaron en coro la oración de los agonizantes. Aún el himno no había sido terminado, cuando el jefe espiritual de Siam entregó su alma á Dios. Copiosas lagrimas corrieron por el rostro de los asistentes y Mis Leonowens se retiró profundamente conmovida por la edificante muerte de aquel «pagano».

Las exequias fueron celebradas, en la tarde del siguiente día, en el cementerio de Watt Sah Kâte. Miss Leonowens asistió á ellas siempre al lado del Rey. La última voluntad del difunto fue ejecutada al pie de la letra. Los sepulcros despedazaron el cuerpo del santo y lo arrojaron á los perros que erraban en el cementerio. En seguida quemaron el esqueleto sobre una hoguera. Las cenizas, reunidas en una urna de tierra, fueron esparcidas en un jardín perteneciente á unos pobres demasiado miserables para comprar estiércol.

—«Hé allí—repitió el Rey á Miss Leonowens, al salir de la tremenda ceremonia—hé allí el uso al cual hace alusión San Pablo, cuando dice: «Aunque entregue mi cuerpo para que sea quemado, si no tengo caridad, de nada me servirá». ¿Qué pensáis de la muerte del jefe espiritual de mi Reino? ¿La *mat-hi* budista no os parece muy semejante á la caridad cristiana? . . . »

JARABE AUBERGIER

TOS

CATARROS BRONQUITIS INFLUENZA INSOMNIO

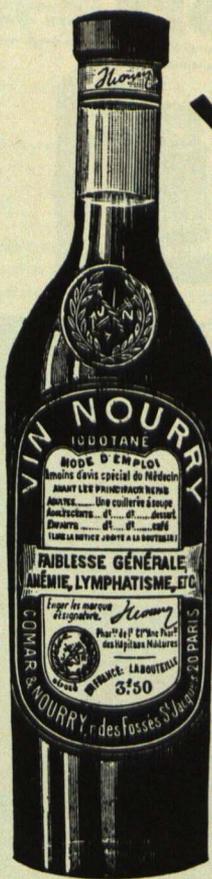
Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias Jaquaca Ciática.

CLIN Y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias. 607



VINO NOURRY

YODOTÁNICO à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL ANEMIA LINFATISMO ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS 619

F. COMAR & FILS PARIS

GARGANTA VOZ y BODA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Escotes perniciosos del Mercurio, Irritaciones que produce el Tabaco, y especialmente à los Sars PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

POBREZA DE LA SANGRE

VINO DE BELLINI

con QUINA y COLUMBO

Este VINO fortificante sefrítago, antinervioso, cura las Afecciones escrofulosas, Fiebr-s, Nevroses, Falidas, y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente à los Niños, à las Señoras delicadas y à las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendadas contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Sueños Azules, por J. I. Vargas Vila
está de venta A UN BOLIVAR EL EJEMPLAR

Este comentario de un texto de San Pablo por un monarca del Extremo Oriente nos parece digno de ser citado. ¿Tendrá algún fundamento la hipótesis filológica emitida por el Rey de Siam? Los teólogos responderán, si lo creen oportuno ó necesario.

MAURICE MURET.

Gente que come cosas raras.—Hace poco, anunciaron los periódicos diarios que en los Estados Unidos se había fundado y estaba tomando incremento una secta que preconizaba el comer barro como medida altamente higiénica.

El caso no es nuevo ni mucho menos. La costumbre, más generalizada de lo que se cree, de comer arcilla ó yeso, se llama *pica* y la citan autores muy antiguos. Castro y Bartholinus hablan de ella, y está bastante generalizada en las Antillas, en América del Sur y en las comarcas meridionales de los Estados Unidos, entre los negros y las clases más pobres. También son muy frecuentes los geófagos, pues así se llama à los comedores de tierra, en España, en Portugal, en Irlanda, en Java, en China y en el Japón.

Durante los siglos XVI y XVII, hubo mucho gente que se dedicó à comer piedrecitas pequeñas de río à modo de postre; dió en tal costumbre después de observar que las aves comen arena con mucho gusto después de atracarse de sus alimentos ordinarios, y sabido es que las aves gozan justa fama de tener un gran estómago.

De casos particulares pueden citarse algunos muy notables. Uno de ellos es el de un hombre que vivía en Wurtemberg, y que es-

taba dotado de tal apetito que se comía de una sentada un marranillo ó un carnero. Comía arcilla, yeso, piedrecitas y cristales, y además era un gran borracho. Vivió sesenta años de esa manera; después se volvió muy sobrio y murió à los setenta y nueve años. Ely cita à un enfermo que comía cal para aliviarse una irritación gástrica que padecía: en veinticinco años se comió más de media tonelada de cal. Adams habla de un niño de tres años tan aficionado à comerse la mezcla que se usa en las construcciones, que la estaba siempre arrancando de la pared y comiéndosela. Si se le impedía hacerlo vomitaba toda la comida. Se le quiso quitar aquel vicio dándole agua de cal; pero el cambio no dió resultado, y al fin y al cabo, por consejo del mismo médico, se daba al niño cal revuelta con un poco de arena. La cantidad que consumía cada veinticuatro horas era media taza. Repulsivo hasta más no poder es el caso de una niña de seis años, de quien habla Foulton, y que tenía una afición desmedida à comer cucarachas, arañas, escarabajos y demás insectos asquerosos, todos vivos. Era una niña de buena familia, que había recibido excelente educación y que tenía doce hermanos, ninguno de los cuales padecía de aquella perversión de apetito. Borellus habla de individuos que comen piedras, cuernos, serpientes y sapos. En Plater se lee la relación de otras personas aficionadas à comer anguilas y caracoles vivos. Rhodius vió à gente que se tragaba arañas y escorpiones. Avicena, Rufus y Gentilis, enumeran casos de niños aficionados à comer sustancias y animales venenosos y los digerían con impunidad perfecta.

Dijoux habla de un mozo del Jardín de Plantas, de París, que era tan glotón y tenía el apetito tan pervertido, que se comió el cuerpo de un león que había muerto de enfermedad, y que devoraba con avidez los manjares más repugnantes para saciar su depravado apetito. Clasificaba à los animales de la colección según la forma de sus excrementos, y conservaba una colección de éstos. Murió de indigestión un día que se comió más de ocho kilos y medio de pan caliente.

El famoso Tarrara, que murió en Versalles à los veintiseis años de edad, pesaba 45 kilos y medio à los diez y siete años, y se comía un cuarto de buey cada veinticuatro horas. Gustaba de las cosas más asquerosas. Tenía una afición desmedida à la carne de serpiente, y se comía de una sentada las mayores que podía procurarse. En presencia de Lorenze cogió con los dientes un gato vivo, lo destripó, le bebió la sangre y se lo comió, no dejando más que el esqueleto. Comía perros de la misma manera. Se dice que en una ocasión se tragó una anguila viva sin mascarla, pero antes la arrancó de un bocado la cabeza. En pocos minutos se comió la comida que había preparada para quince trabajadores y bebió la cantidad de agua proporcional, y se tomó la sal que había dispuesta para el mismo número de hombres; después de aquella comida tenía el vientre tan hinchado, que parecía un globo. Fue llevado un día al Hospital Militar de Versalles porque se había tragado una caja de madera envuelta en papel blanco; al día siguiente devolvió aquel objeto y pudo verse que el papel estaba intacto. Otra vez devoró sin pararse 13 kilos y medio de hígado crudo.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAÍCES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre. Rehúese los productos similares.

J. SIMON
13, r. Grange butelière, París



PARNASO VENEZOLANO

POR

D. JULIO CALCAÑO

PRECIOS

A la rústicaBs. 3
Empastado.....Bs. 4

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del **Hígado**, del **Estómago**, del **Corazón**, **Gota**, **Rumatismos**, **Fiebres Palúdicas** y **Perniciosas**, la **Díscuteria**, la **Grippe** ó **Influenza**, las enfermedades del **Cutis**, las **Lombrices** y todas las enfermedades ocasionadas por la **Bilis** y las **Flemas**.

Rehúese todo antifebrílico que no lleve la Firma **Paul GAGE**
Depósito General, D^o **Paul GAGE** Hijo, 2^a de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, París y en todas las farmacias

EXÍJASE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMATICO DEL D^r GUILLIE

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard**.

Murió cuando se le iba á formar proceso porque se había descubierto que se comía los cadáveres del anfiteatro del Hospital. Además se sospecha que mató y devoró á un niño de catorce meses.

Por último, sabido es que los campesinos de Estiria tienen la costumbre de tomar todos los días de dos á cinco granos de arsénico, pues creen que así fortalecen su salud, evitan infecciones y entonan el cuerpo. Está comprobado que muchos de ellos toman en un día una cantidad de arsénico que produciría la muerte instantánea en otras personas que no hubieran creado tal hábito.

De los comedores de cristal, tragadores de navajas, etc., no hablamos porque son generalmente juglares, más bien que personas que sufren perversión de apetito.

Se suele recomendar á los cloróticos, á los anémicos y á los neurasténicos la estancia en regiones montañosas para que la sangre empobrecida adquiera los vigos que le faltan, porque los glóbulos rojos aumentan en las alturas.

Las observaciones realizadas, lo mismo en la torre Eiffel de París que en los Alpes, demuestran la exactitud de la suposición.

A medida que una persona asciende, los glóbulos sanguíneos se multiplican. A 1500 metros de altura la sangre es más rica que en escalas inferiores; pero también hay que tener en cuenta que al llegar al valle vuelve el cuerpo á perder los beneficios obtenidos, quedando en el estado primitivo.

En cambio si del nivel ordinario en que se vive se descende al fondo de una mina, por ejemplo, la sangre se empobrece más y

disminuye en ella la cantidad de los glóbulos rojos. El efecto es más sensible á partir de 200 metros de profundidad.

De modo que bajo la influencia de la presión atmosférica los glóbulos aumentan, y bajo la influencia de la presión disminuyen.

En las experiencias realizadas por médicos que han subido en globos, observó Mr. Gaulle que entre 4.200 metros y 4.700 el aeronauta que se prestó á que le extrajesen un poco de sangre, tenía 7.040.000 glóbulos sanguíneos por centímetro cúbico, y él, el médico, 8.800.000, cantidades que, comparadas con la prueba hecha antes de subir, arrojaban un aumento considerable.

Varios profesores refirieron hace pocos días en la Sociedad biológica de París las observaciones realizadas en sus viajes en globo, y todos convienen en el aumento enorme de los corpúsculos rojos á medida que se sube en el espacio.

Uno de los profesores hizo una revelación curiosa: la de que, á partir de 2.000 metros, el oído no percibe los sonidos, y en cambio éstos se transmiten por el cuerpo.

Disminución del agua en el globo terrestre

El agua que contiene nuestro planeta disminuye constantemente y en cantidad respetable. Las descargas eléctricas, que pueden considerarse como incesantes en toda la redondez de la tierra, descomponen siempre alguna porción del agua de que se halla impregnado el aire atmosférico. Las constantes oxidaciones que se verifican en el globo, mejor á expensas de la humedad que á beneficio del oxígeno del aire, descomponen igualmente parte del agua terrestre. Los volcanes, las combustiones, las industrias

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HONOLLE

CURA

LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUJAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso.

St-Denis

humanas y otros agentes concurren por su parte al mismo resultado.

El hidrógeno resultante de estas descomposiciones es un cuerpo sumamente sutil que invade al desprenderse las más elevadas regiones de la atmósfera, fuera del contacto del oxígeno. El agua descompuesta no puede con tal motivo regenerarse ya que por otra parte el hidrógeno y el oxígeno solo se combinan á temperaturas relativamente altas. El agua de nuestro globo disminuye por tanto constantemente.

ADMINISTRACION
de
El Cojo Ilustrado

ESTAFETA

Señor Fabián Portillo.—Trujillo.

El montante de su cuenta es de \$ 56,20, por líquido valor de suscripciones á EL COJO ILUSTRADO. Urge la remesa de esos fondos. Suspendimos envío del periódico por falta de cumplimiento de esa agencia á las condiciones establecidas.

Señor Dámaso Velasco Cañas.—Acarigua.

Esperamos la remesa de la suma de \$ 52,97 que es el montante de su cuenta.

Al enviárenos las sumas á que nos referimos, se avisará el recibo y el abono por esta misma estafeta

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.